

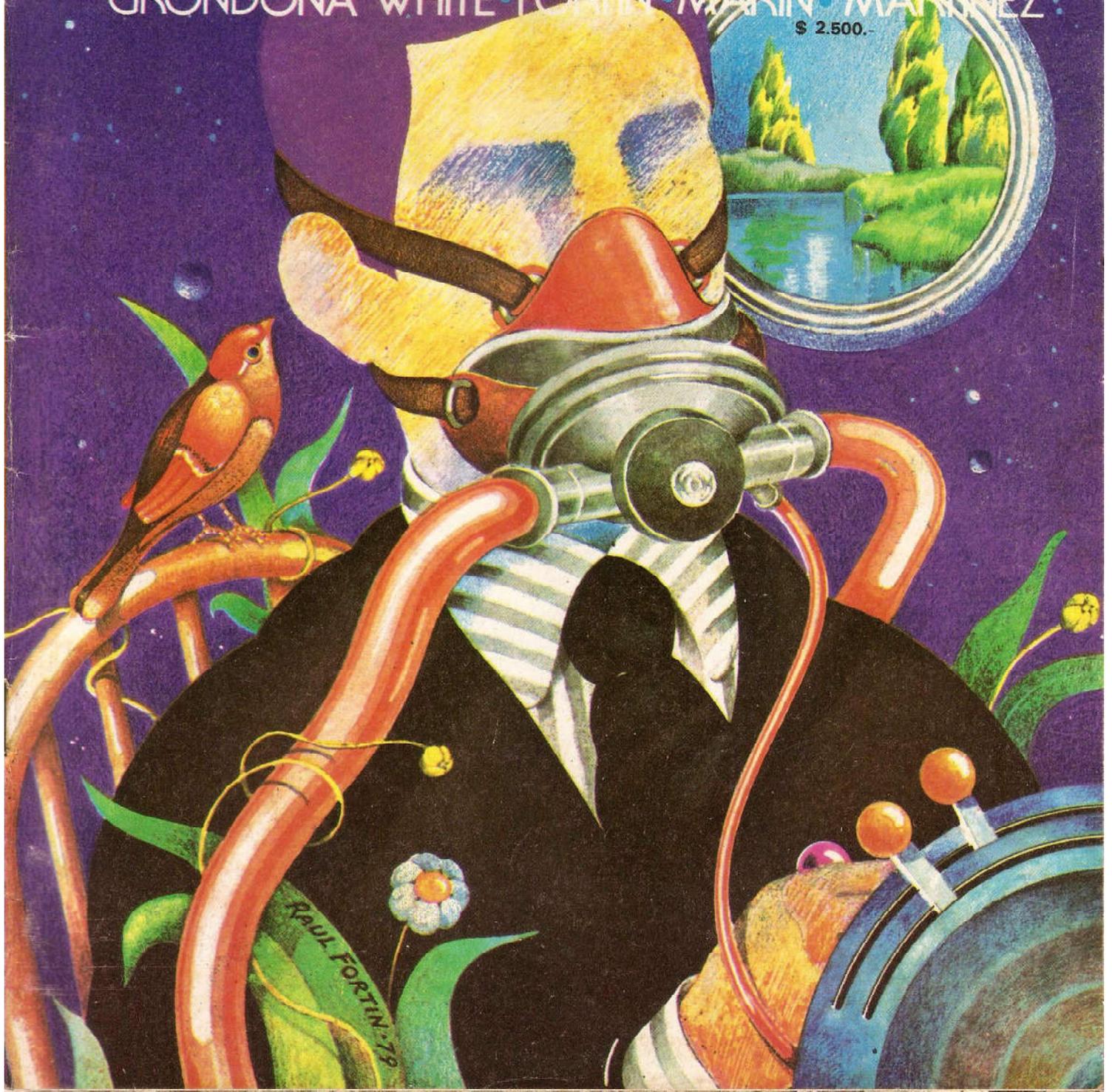
SUPLEMENTO DE

HUM®

Y CIENCIA FICCION

TEXTOS DE: DAMON KNIGHT • BALLARD • STURGEON
FREDRIC BROWN • LAFFERTY • SHECKLEY • CAPANNA
Y EL HUMOR DE: TABARE • FATI • CILENCE • HIMURA •
GRONDONA • WHITE • FORTIN • MARIN • MARTINEZ

\$ 2.500.-



STAFF

Director Editorial: Andrés Cascioli

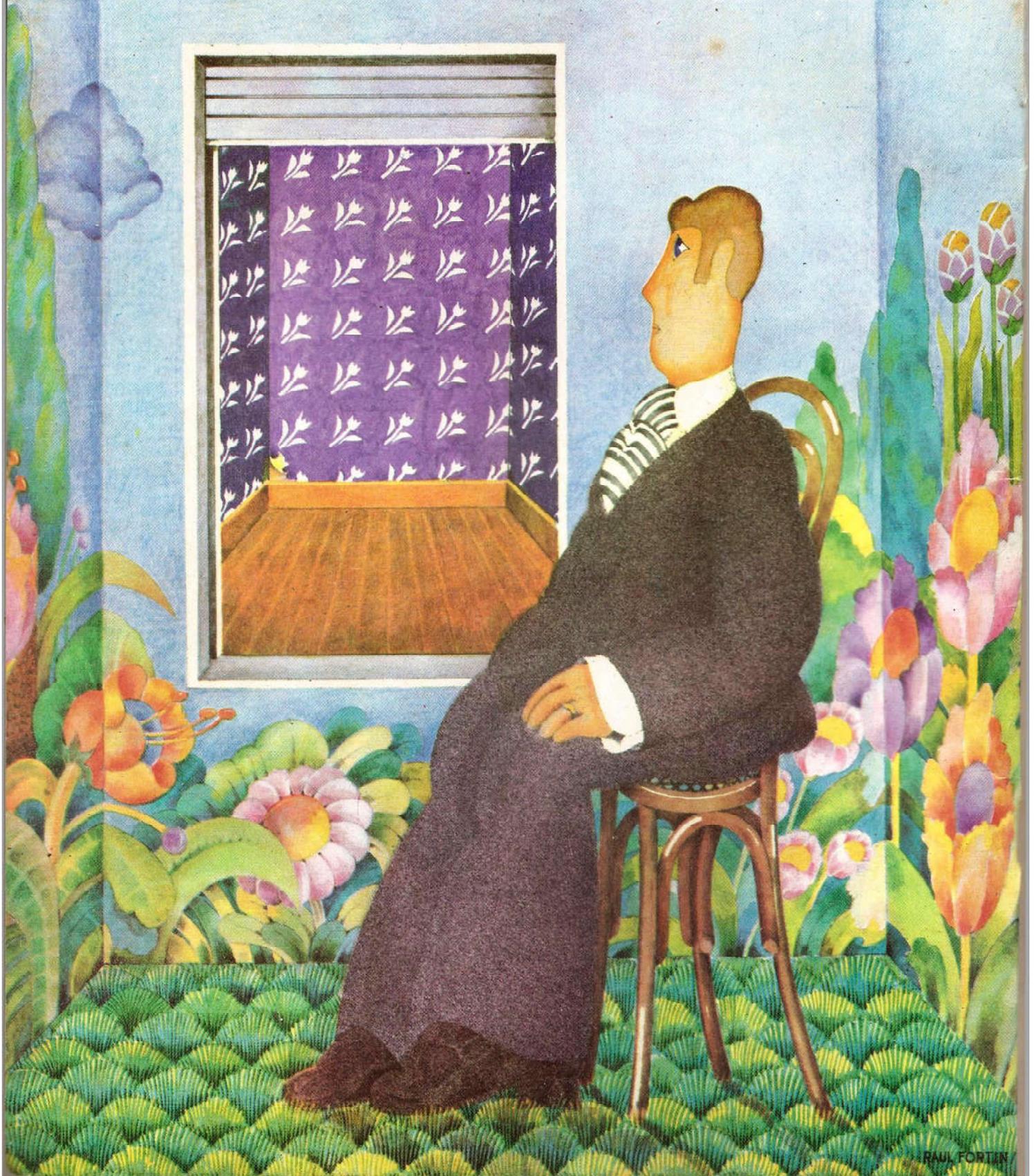
Asesor Literario: Marcial Souto

Diseño Gráfico: Sergio Pérez Fernández

Producción: Pérez Larrea Barro Gil Di Matteo

Laboratorio: Gustavo Peralta - Alejandro Blanco

Coordinación: Nora Grinberg



CONTENIDO

Portada
Raúl Fortín

Pablo Capanna
Humor y ciencia
ficción

Sátiras, utopías, etc. La historia de la ciencia ficción humorística.



El Manipulador
de Damon Knight
Adaptación y dibujos de Fati

Theodore Sturgeon
Con un mono verde
Ilustró: Grondona White
Un ser diferente;
tal vez demasiado diferente.



Frederic Brown
Grandes descubrimientos perdidos
Ilustró: Tomás Sanz
La trágica historia de tres inventos geniales.



Rob Scanner
Guión y dibujos:
Grondona White

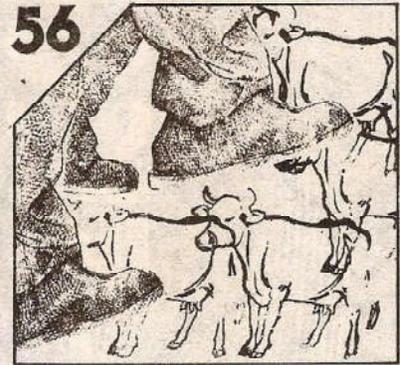
Robert Sheckley
Los monstruos
Ilustró: Andrius

Para ser humano hay que matar a la mujer cada veinticuatro días.



R. A. Lafferty
En nuestra manzana
Ilustró: Limura
Había muchas cosas raras: mercaderías que salían de la nada, dactilógrafas que escribían cartas en tres segundos...

La Máquina
Guión y dibujos:
Grondona White



Damon Knight
El gran auge de la bosta
Ilustró: Fati
Sobre gustos no hay nada escrito, ni en este ni en otros mundos.

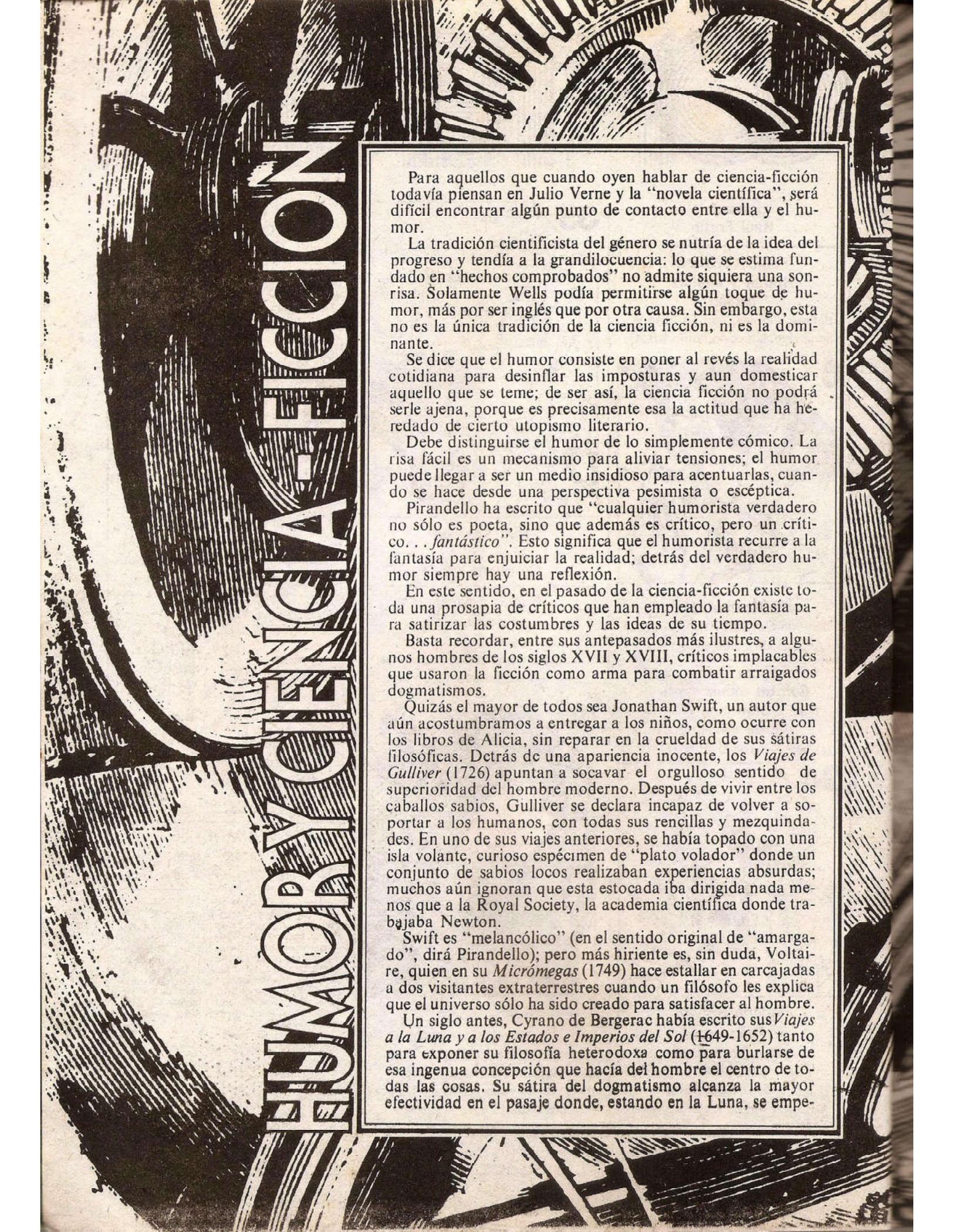


HUMOR
Cilencio . Tabaré . Marín . Rafael
Martínez . Artó . Patricia . Lima

Suplemento de HUM (R)
HUMOR REGISTRADO Nº 4
Editado por Ediciones de La Urraca S.A. Avda. de Mayo 1324, 1º Piso Of 21 - Buenos Aires, Argentina. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 1425300. Prohibida su Reproducción total o parcial. Derechos Reservados. Distribuidores en Exterior e Interior: Cielosur Editora SACI. Casilla de Correo 4504, en Capital Federal: Machi y Cia SRL. Carlos Calvo 2426. Buenos Aires. Dirección: Andrés Cascioli

JUNIO 1979

Correo Argentino Central (B)	Franqueo Pagado Concepción Nº 4052
	Tarifa Reducida Nº 3207



HUMOR Y CIENCIA-FICCION

Para aquellos que cuando oyen hablar de ciencia-ficción todavía piensan en Julio Verne y la "novela científica", será difícil encontrar algún punto de contacto entre ella y el humor.

La tradición científicista del género se nutría de la idea del progreso y tendía a la grandilocuencia: lo que se estima fundado en "hechos comprobados" no admite siquiera una sonrisa. Solamente Wells podía permitirse algún toque de humor, más por ser inglés que por otra causa. Sin embargo, esta no es la única tradición de la ciencia ficción, ni es la dominante.

Se dice que el humor consiste en poner al revés la realidad cotidiana para desinflar las imposturas y aun domesticar aquello que se teme; de ser así, la ciencia ficción no podrá serle ajena, porque es precisamente esa la actitud que ha heredado de cierto utopismo literario.

Debe distinguirse el humor de lo simplemente cómico. La risa fácil es un mecanismo para aliviar tensiones; el humor puede llegar a ser un medio insidioso para acentuarlas, cuando se hace desde una perspectiva pesimista o escéptica.

Pirandello ha escrito que "cualquier humorista verdadero no sólo es poeta, sino que además es crítico, pero un crítico... fantástico". Esto significa que el humorista recurre a la fantasía para enjuiciar la realidad; detrás del verdadero humor siempre hay una reflexión.

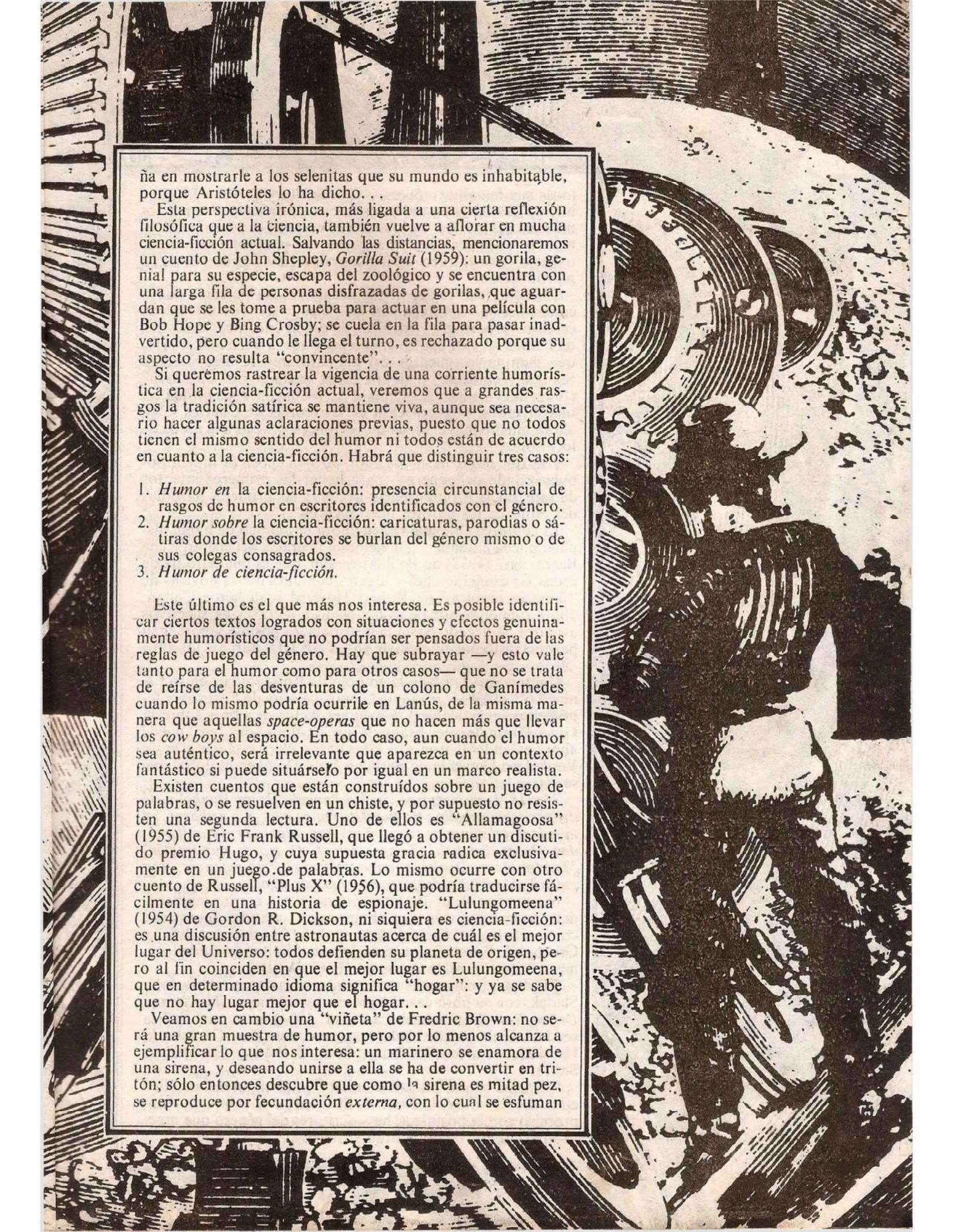
En este sentido, en el pasado de la ciencia-ficción existe toda una prosapia de críticos que han empleado la fantasía para satirizar las costumbres y las ideas de su tiempo.

Basta recordar, entre sus antepasados más ilustres, a algunos hombres de los siglos XVII y XVIII, críticos implacables que usaron la ficción como arma para combatir arraigados dogmatismos.

Quizás el mayor de todos sea Jonathan Swift, un autor que aún acostumbramos a entregar a los niños, como ocurre con los libros de Alicia, sin reparar en la crueldad de sus sátiras filosóficas. Detrás de una apariencia inocente, los *Viajes de Gulliver* (1726) apuntan a socavar el orgulloso sentido de superioridad del hombre moderno. Después de vivir entre los caballos sabios, Gulliver se declara incapaz de volver a soportar a los humanos, con todas sus rencillas y mezquindades. En uno de sus viajes anteriores, se había topado con una isla volante, curioso espécimen de "plato volador" donde un conjunto de sabios locos realizaban experiencias absurdas; muchos aún ignoran que esta estocada iba dirigida nada menos que a la Royal Society, la academia científica donde trabajaba Newton.

Swift es "melancólico" (en el sentido original de "amargado", dirá Pirandello); pero más hiriente es, sin duda, Voltaire, quien en su *Micrómegas* (1749) hace estallar en carcajadas a dos visitantes extraterrestres cuando un filósofo les explica que el universo sólo ha sido creado para satisfacer al hombre.

Un siglo antes, Cyrano de Bergerac había escrito sus *Viajes a la Luna y a los Estados e Imperios del Sol* (1649-1652) tanto para exponer su filosofía heterodoxa como para burlarse de esa ingenua concepción que hacía del hombre el centro de todas las cosas. Su sátira del dogmatismo alcanza la mayor efectividad en el pasaje donde, estando en la Luna, se empe-



ña en mostrarle a los selenitas que su mundo es inhabitable, porque Aristóteles lo ha dicho. . .

Esta perspectiva irónica, más ligada a una cierta reflexión filosófica que a la ciencia, también vuelve a aflorar en mucha ciencia-ficción actual. Salvando las distancias, mencionaremos un cuento de John Shepley, *Gorilla Suit* (1959): un gorila, genial para su especie, escapa del zoológico y se encuentra con una larga fila de personas disfrazadas de gorilas, que aguardan que se les tome a prueba para actuar en una película con Bob Hope y Bing Crosby; se cuele en la fila para pasar inadvertido, pero cuando le llega el turno, es rechazado porque su aspecto no resulta "convinciente". . .

Si queremos rastrear la vigencia de una corriente humorística en la ciencia-ficción actual, veremos que a grandes rasgos la tradición satírica se mantiene viva, aunque sea necesario hacer algunas aclaraciones previas, puesto que no todos tienen el mismo sentido del humor ni todos están de acuerdo en cuanto a la ciencia-ficción. Habrá que distinguir tres casos:

1. *Humor en la ciencia-ficción*: presencia circunstancial de rasgos de humor en escritores identificados con el género.
2. *Humor sobre la ciencia-ficción*: caricaturas, parodias o sátiras donde los escritores se burlan del género mismo o de sus colegas consagrados.
3. *Humor de ciencia-ficción*.

Este último es el que más nos interesa. Es posible identificar ciertos textos logrados con situaciones y efectos genuinamente humorísticos que no podrían ser pensados fuera de las reglas de juego del género. Hay que subrayar —y esto vale tanto para el humor como para otros casos— que no se trata de reírse de las desventuras de un colono de Ganimedes cuando lo mismo podría ocurrirle en Lanús, de la misma manera que aquellas *space-operas* que no hacen más que llevar los *cow boys* al espacio. En todo caso, aun cuando el humor sea auténtico, será irrelevante que aparezca en un contexto fantástico si puede situarse por igual en un marco realista.

Existen cuentos que están contruidos sobre un juego de palabras, o se resuelven en un chiste, y por supuesto no resisten una segunda lectura. Uno de ellos es "Allamagoosa" (1955) de Eric Frank Russell, que llegó a obtener un discutido premio Hugo, y cuya supuesta gracia radica exclusivamente en un juego de palabras. Lo mismo ocurre con otro cuento de Russell, "Plus X" (1956), que podría traducirse fácilmente en una historia de espionaje. "Lulungomeena" (1954) de Gordon R. Dickson, ni siquiera es ciencia-ficción: es una discusión entre astronautas acerca de cuál es el mejor lugar del Universo: todos defienden su planeta de origen, pero al fin coinciden en que el mejor lugar es Lulungomeena, que en determinado idioma significa "hogar": y ya se sabe que no hay lugar mejor que el hogar. . .

Veamos en cambio una "viñeta" de Fredric Brown: no será una gran muestra de humor, pero por lo menos alcanza a ejemplificar lo que nos interesa: un marinero se enamora de una sirena, y deseando unirse a ella se ha de convertir en tritón; sólo entonces descubre que como la sirena es mitad pez, se reproduce por fecundación *externa*, con lo cual se esfuman



todas sus fantasías eróticas... ("Fish Story", 1961). El tratamiento del tema es típico de la ciencia-ficción: el tema romántico del marinero y la sirena es desmitificado; en pocas líneas se define a la sirena como un plausible mamífero-ovíparo, y se extraen las lógicas consecuencias acerca de su reproducción.

El sesgo humorístico ha ido acentuándose a medida que la ciencia-ficción maduraba. En los viejos *pulps* todo era terror, épica o verborragia científica. Es difícil encontrar muestras de humor en esta época, si exceptuamos la benévola sonrisa que ilumina los cuentos del prematuramente desaparecido Stanley Weinbaum, o alguna pieza suelta como "Up There" (1942) del veterano *fan* Donald A. Wollheim. Esta última era una divertida extrapolación de las teorías de Charles Fort, ahora mucho más en boga que entonces, gracias a la moda de lo insólito.

Hay que llegar hasta los años '50 —la época de mayor popularización del género— para hallar los primeros intentos de satirizar la propia ciencia-ficción y las primeras parodias del estilo de los autores más célebres.

Es comprensible que recién ahora el público de habla hispana pueda entender, por ejemplo, la gracia del cuento "The Barbarian" (1957) de Poul Anderson, que es una parodia de todas las exageraciones y lugares comunes de las novelas de "fantasía heroica" de Robert Howard y su héroe Conan; ahora que el personaje es conocido y a través de sucesivos avatares ha llegado hasta la historieta, es posible saborear su parodia; esto mismo ocurría en los EE.UU. durante los años '50.

Contra Fort también la emprendía Ron Goulart en su "A new Lo!" (1958) (*Lo!* era una conocida obra de Fort sobre fenómenos inexplicables). Cualquier lector de libros sobre la Gran Pirámide y el triángulo de las Bermudas, etc., puede ahora entender la ironía de estas líneas; claro está que si es un Verdadero Creyente de Berlitz o Von Daniken es difícil que se ría:

"En 1874, un mozo de cuadra llamado Oscar Dunkel pasó debajo de un caballo y no fue visto nunca más. Sin embargo, en la guía de teléfonos de Nueva York hay catorce personas llamadas Oscar Dunkel. ¿Teleportación? ¿O quizás duplicación? ¿Tendrá Oscar Dunkel catorce teléfonos? Pero entonces, ¿con quién hablará? Ya debe tener como 143 años..."

No pueden dejar de mencionarse otras meritorias parodias, concebidas más como homenajes a grandes figuras que como sátiras. Así Brian Aldiss escribió "El árbol de saliva" y Christopher Priest *La máquina espacial* imitando cuidadosamente el estilo y los temas de H. G. Wells.

Sin duda, quien se lleva la palma de las parodias es John Sladek, con su libro casi íntegramente de humor: *The Steam-Driven Boy* (El muchacho a vapor, 1974) en el cual dedica sendas caricaturas de estilo a autores como Poe, Gernsback, Heinlein, Asimov, Bradbury, Dick, Ballard o Cordwainer Smith.

Mientras es casi imposible hallar humor en un melancólico como Lovecraft, y el humor de Bradbury es siempre un compromiso con la nostalgia, hay escritores del género que practican el humor como actitud sostenida.



Entre ellos están Fredric Brown, cuyo *Universo de Locos* alguna vez tentara a Fellini, Frederik Pohl, que alterna el humor con la crítica social, Damon Knight, tan brillante en la crítica literaria como en la ficción, Robert Sheckley, Cordwainer Smith, y un humorista nato de raigambre chestertoniana. Lafferty.

En el mundo comunista, menos proclive al humorismo, también hay relevantes muestras de una ironía que a veces se hace muy mordaz. Europa Oriental cuenta con un gran precursor, el checo Karol Capek, con sus delirantes novelas *La guerra de las salamandras* y *La fábrica de Absoluto*. Actualmente, el humor destella en las obras de Stanislaw Lem (*El congreso de futurología*, *Memorias halladas en una bañera*) y, sobre todo, una admirable pieza del absurdo que inevitablemente lleva a recordar las farsas de Jarry: las *Leyendas de la Troika* de los hermanos Arkady y Boris Strugatsky.

El humor negro, algo que muchos piensan que no es del todo lícito calificar como humorismo, no escasea en la ciencia-ficción, especialmente en la de las últimas décadas, puesto que durante la era de Campbell se lo evitaba.

¿Cómo no recordar la crueldad de las líneas finales de *Los genocidas*, cuando un solo hombre y una sola mujer han sobrevivido a la catástrofe y se disponen a reconstruir el mundo:

"La Naturaleza es pródiga. De cada cien plantas solamente una o dos sobrevivirán; de cien especies, solamente una o dos. Pero el Hombre no."

A mi entender, la mejor recomendación que quizás pueda darse a quien desee encontrar un humor surgido a partir de la ciencia-ficción misma, un tipo de ironía que no puede traducirse a otros contextos porque brota precisamente de las convenciones del género y apela a la imaginación entrenada del lector, es leer las "Frasas útiles para el turista", de Joanna Russ.

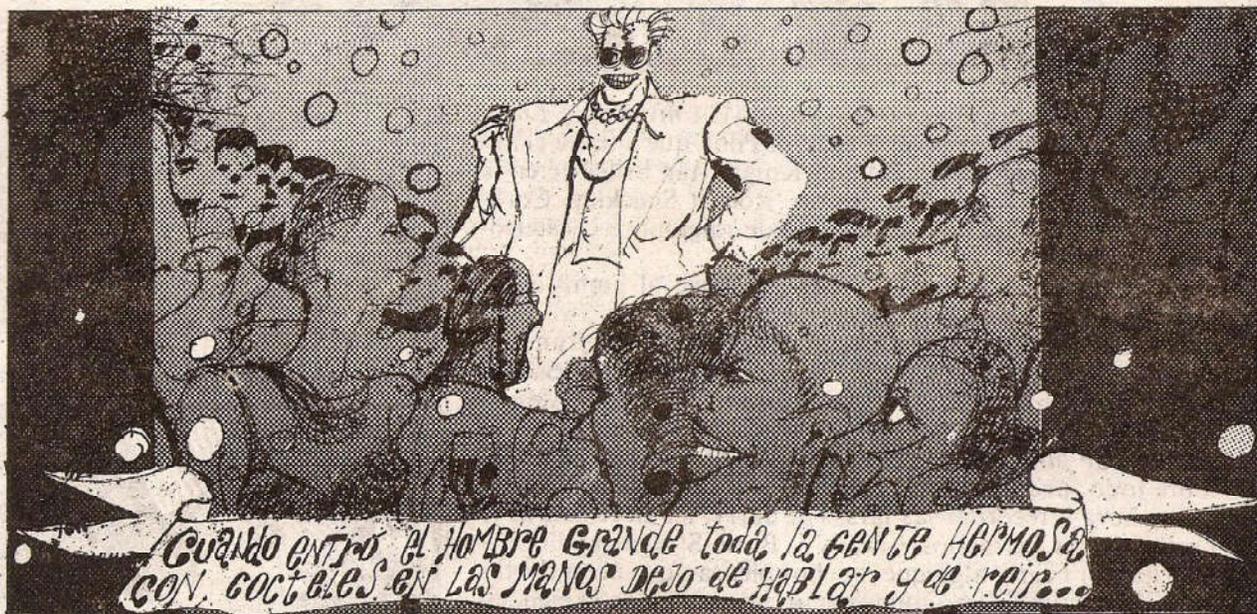
Es un texto breve, que imita el estilo de los manuales de idiomas para viajeros, y propone frases para salir del paso en situaciones inhumanas, en contacto con seres extraños y situaciones inimaginables. Lo explosivo de su comicidad estriba precisamente en la estructura estandarizada de las frases y las situaciones que evocan, tarea esta que corre por entera cuenta de la imaginación del lector. El contraste entre una frase aparentemente ingenua y lo absurdo de la situación que evoca es lo que produce una comicidad *sui generis*.

Algo similar ocurre con otro recurso que a veces usan los escritores del género, la creación de palabras imaginarias para describir una situación aparentemente convencional, sin dar otra pista al lector. Basta recordar un pasaje célebre de "El hurkel es una bestia feliz", de Ted Sturgeon, para ver las posibilidades que ofrece:

"Así en Lirht, mientras se decidía el destino del miserable Hvov, los gwiks siguieron fardando, fuintando y fupando. La gran central hiutónica siguió emitiendo sus poderosos latidos, y en los ánamos brotaron los corsones."

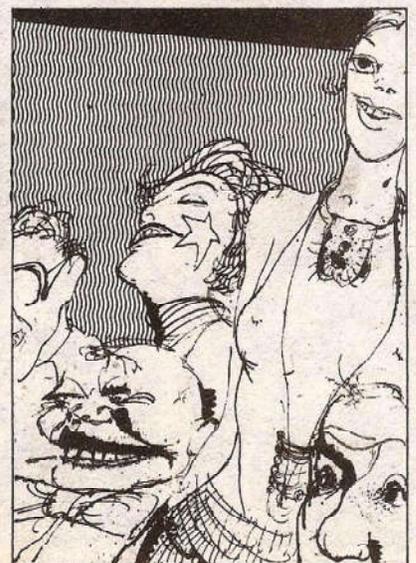
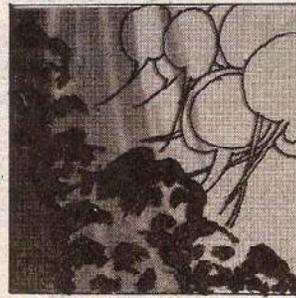
Aparte el lector iniciado, cuya sangre está por así decirlo envenenada por el vicio de la ciencia-ficción, es muy difícil que haya mucha gente que pueda llegar a disfrutar plenamente este tipo de humor.

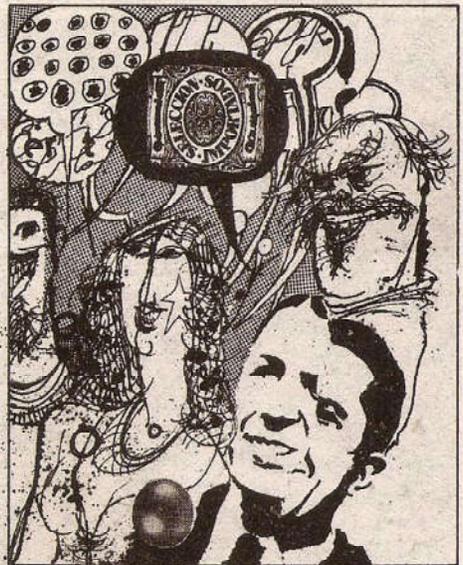
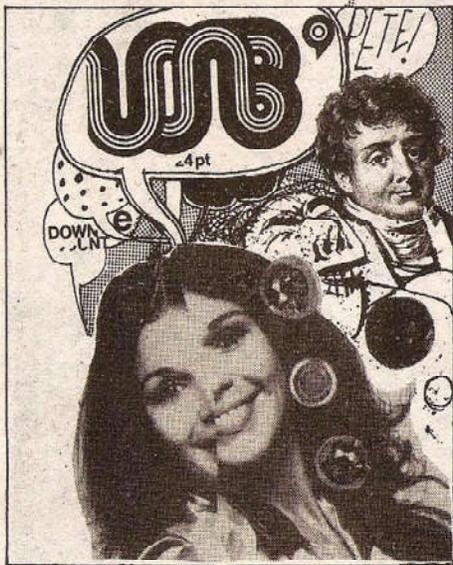
Pablo Capanna

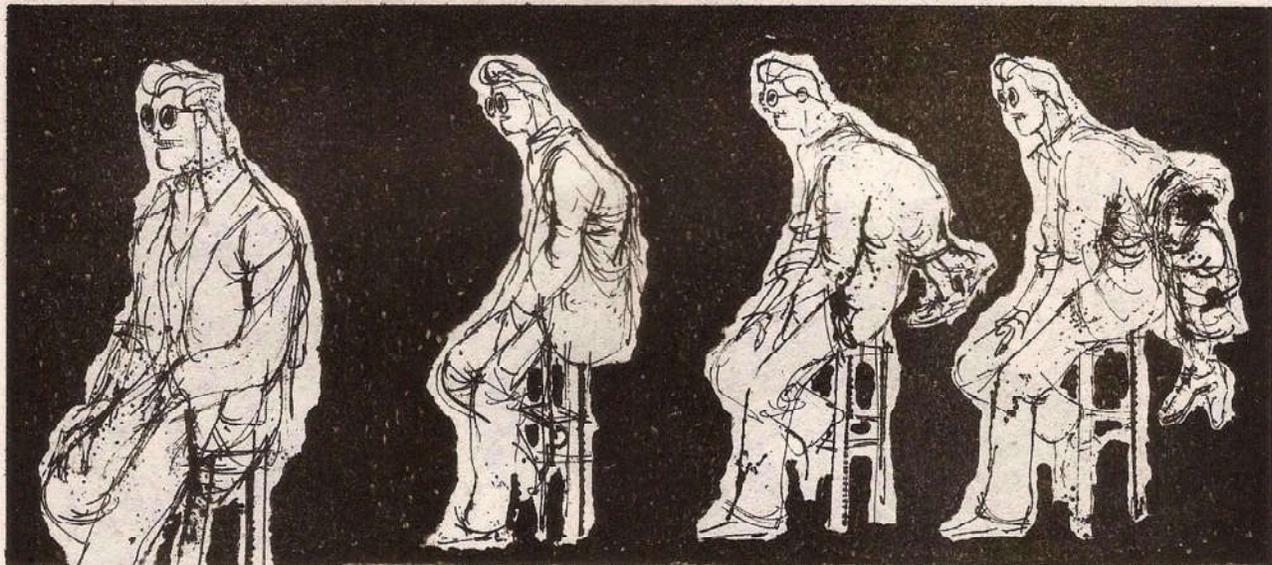
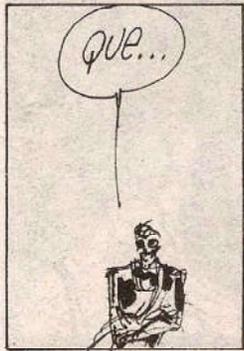


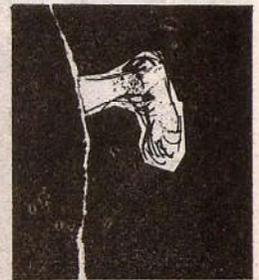
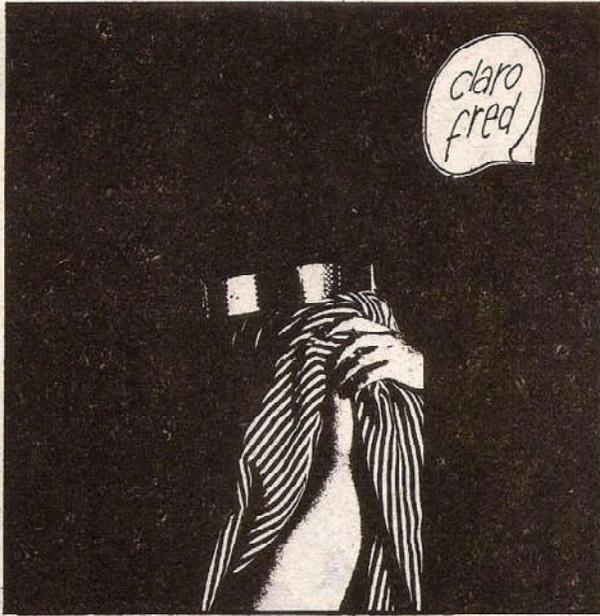
de Damon Knight adaptación de Fati

EL MANIPULADOR

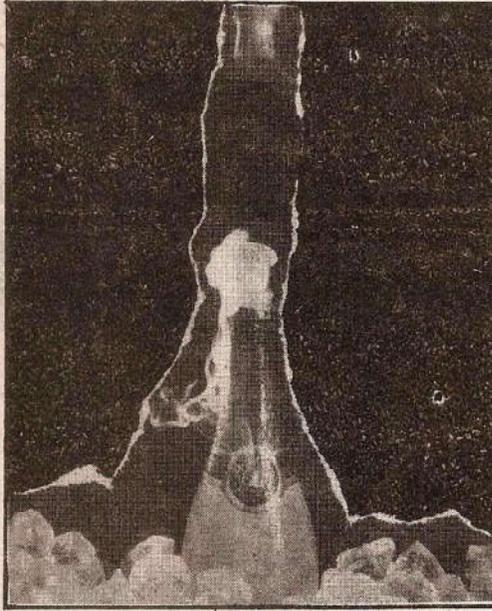


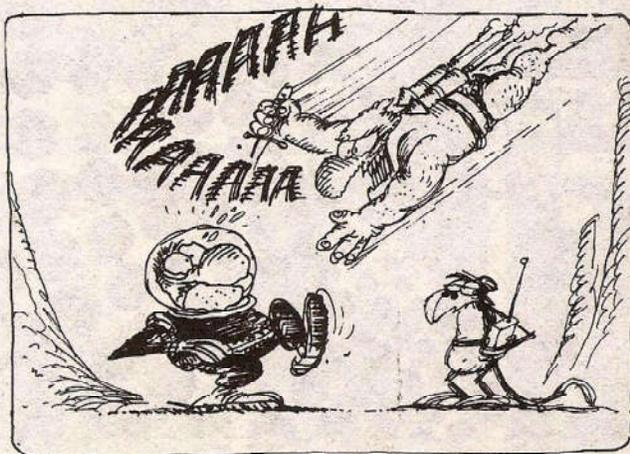
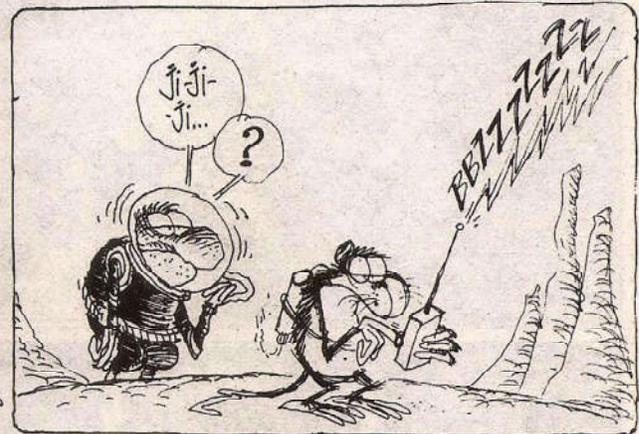
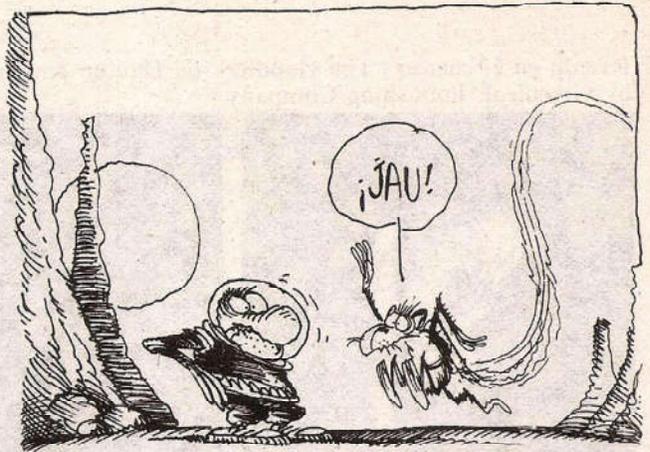






Basado en el cuento "The Handler" de Damón Knight, (c) 1960
by Greenleaf, Publishing Company





EL MONO VERDE

THEODORE STURGEON

Dibujos: Grondona White



Estaba esa enfermera graduada que se retiró a los veinticuatro años para casarse con un tipo grande, un metro noventa y ocho, personaje importante en un órgano gubernamental. Sólo estaba en casa los fines de semana. Se llamaba Fritz Rhys. Con las personas enfermas, las personas extraviadas, las personas diferentes, era un tipo muy comprensivo. En eso consistía su trabajo.

Y una noche salió a pasear con su mujer, Alma, por ese pequeño parque junto al río, donde podían tomar un poco de aire. Había una fuente y un banco donde uno podía sentarse y mirar las luces por encima del agua y los canteros de flores, y precisamente esa noche de domingo había una pandilla de rufianes, ocho para ser exactos, matando a alguien a patadas junto a la baranda. Fritz Rhys comprendió en seguida qué era lo que pasaba y qué era lo que tenía que hacer, y en tres grandes saltos estuvo en el medio del lío. Le arrebató un pedazo de palo de escoba a uno de los chicos en el momento en que se lo iba a enterrar a la víctima, y entonces todos lo vieron y el asunto se acabó. Escaparon de allí con rapidez, esquivando a Alma como si también ella fuese peligrosa. Alma corrió hasta donde estaba Fritz, se arrodilló y le ayudó a poner boca arriba al hombre. Sacó el pañuelo del bolsillo de la chaqueta de Fritz y limpió la sangre y quitó los pedazos de dientes de aquella boca flácida y le volvió la cabeza hacia un lado, e hizo las otras cosas que las enfermeras diplomadas saben hacer.

—¿Hay alguna fractura?

Alma dijo que sí.

—El brazo. Quizá haya también lesiones internas. Deberíamos llamar una ambulancia.

—Llegaremos antes a casa.

¡Vamos, muchacho! Ya estás bien.
¡Arriba!

Cuando el hombre consiguió abrir los ojos, ya lo había puesto de pie. Casi lo llevaron en brazos para subir los escalones y para cruzar el puente para peatones que hay sobre la autopista, y Fritz tenía razón, estuvieron de vuelta en el departamento cuarenta minutos antes que si hubiesen llamado una ambulancia.

Alma iba a llamar por teléfono pero Fritz la atajó.

—Lo podemos hacer nosotros. Busca un pijama —miró al hombre herido, doblado sobre un brazo grande—. Uno de los tuyos. No le importará.

Lo limpiaron y le entablillaron el brazo. No era tan grave.

Magulladuras en las costillas y en las nalgas y en la cara, pero había tenido suerte.

—Dale una semana y un dentista y nadie sabrá lo que ha pasado.

—El lo sabrá.

—Me puedes llamar si ocurre algo. —¿A Washington? —Alma se incorporó, ajustando la sábana contra el cuerpo—. ¿Por qué no lo puedo mandar a un hospital donde...? Fritz tenía a veces un modo de ser tan paciente que uno se sentía insultado.

—Porque —dijo— quiero hablar con él, ayudarlo, cuando esté mejor, y tú sabes lo que son los hospitales. Trata de hacerlo feliz y dile que no se vaya hasta que yo pueda hablar con él —luego dijo algo tan suave y tan cuidadoso que Alma supo que tenía que callarse—: Y no hablemos más del asunto, ¿eh?

Y Alma no habló más del asunto y Fritz regresó a Washington.

El pijama, le quedaba chico, pero no demasiado, y además el hombre era casi de la edad de ella. (Fritz Rhys era bastante más viejo.)

Tenía un nombre que a ella le



—Bueno, sí —dijo Fritz.

—¿Por qué crees que lo hicieron?

—preguntó Alma.

—Es un mono verde.

—Ah —dijo Alma, y dejaron al hombre dormido y se fueron a acostar.

A las cinco de la mañana, Fritz se levantó silenciosamente y se vistió, y Alma no se despertó hasta que él dejó caer la valija junto a la cama y se inclinó para darle el beso de despedida.

Alma le devolvió el beso y entonces se despertó del todo.

—¡Fritz! —dijo—. Supongo que no te irás... como siempre.

Fritz preguntó por qué no, y ella señaló el cuarto de huéspedes.

—Me vas a dejar con... .

Fritz lanzó una carcajada.

—Querida, confía en mí; no tienes de qué preocuparte.

—Pero él... yo... ¡oh, Fritz!

gustaba repetir, y manos pequeñas y fuertes. Durante todo el día lunes estuvo aturdido y casi no habló, sólo agradeció con sonrisas el ponche de huevo y el caldo y la silleta y las demás cosas.

El martes estuvo levantado y andando por la casa. Sus ropas habían vuelto de la tintorería y estaban cosidas y se las puso y estuvieron todo el día sentados conversando. Alma leía muchos libros y le leyó en voz alta.

También le hizo escuchar mucha música en el fonógrafo. Lo que a ella le gustaba a él le gustaba todavía más. El miércoles lo llevó al dentista, una vez por la mañana para que le asegurase lo que le quedaba y tomase las impresiones y otra vez por la tarde para que le pegase los capuchones acrílicos provisionarios. A esa altura la hinchazón de los labios había casi

desaparecido, y con los dientes arreglados Alma se encontró dedicando mucho tiempo simplemente a mirarle la boca. El pelo de ese hombre brillaba al sol y ella estaba casi convencida de que también brillaría en la oscuridad. De algún modo él consiguió eludir una respuesta cuando ella le preguntó de dónde había venido. Quizá se habían estado riendo demasiado en ese momento. Reían mucho juntos. En todo caso era un sitio donde no existían los spaghetti. Alma lo llevó a cenar a un restaurante italiano y tuvo que enseñarle a enrollarlos en el tenedor. Se divertieron mucho con eso y él comió una gran cantidad. La noche del miércoles —tarde— Alma llamó a su marido.

—¡Alma! ¿Qué sucede? ¿Estás bien?

Alma no respondió hasta que él repitió dos veces su nombre, y entonces dijo, en un susurro:

—Sí, Fritz. Estoy bien. Fritz, ¡estoy asustada!

—¿De qué?

Alma no dijo nada, aunque Fritz percibió el esfuerzo.

—¿Se trata del... cómo se llama?

—Lulyo.

—¿Julio?

—Lul-yo —cantó Alma.

—Bueno, ¿y qué ha hecho?

—N-nada.

—Entonces... ¿de qué tienes miedo? ¿De algo que pueda hacer?

—¡Oh, no!

—Tienes tanta razón. Yo ya lo sabía cuando me fui, de lo contrario no estaría ahí contigo. Pero si no ha hecho nada, y estás segura de que no hará nada, y yo estoy seguro de que no hará nada,

¿por qué me llamas a esta hora de la noche?

Alma no respondió.

—¿Alma?

—Fritz —dijo—. Hablaba con voz ronca, ansiosa—. Ven a casa. Ven en seguida.

—¡Pórtate como una mujer!

—Pasaron los tres minutos.

Avísame cuando haya terminado.

—Sí operadora.

—¿Alma! ¿Estás hablando de un teléfono público? ¿Por qué no estás en casa?

—No podría soportar que él me escuchase —susurró—. Adiós, Fritz.

El podría haberle dicho alguna otra cosa, pero Alma cortó la comunicación y se fue a casa.

El jueves pidió por teléfono que le llevaran el coche y preparó un picnic y fueron a la playa. Hacía demasiado frío para nadar, pero estuvieron sentados en la arena



casi todo el día, conversando y cantando. "Estoy asustada", repitió Alma, pero esta vez lo dijo para sus adentros. Una vez hablaron de Fritz. Ella le preguntó por qué lo habían atacado esos muchachos y él dijo que no lo sabía. Ella le dijo que Fritz lo sabía.

—Dice que eres un mono verde —y se lo explicó—: Fritz dice que si atrapas un mono en la selva y lo pintas de verde, todos los otros monos lo destrozarán porque es diferente. No peligroso sino diferente.

—¿Diferente en qué sentido?

—preguntó Lulyo, con voz serena, refiriéndose a sí mismo.

Alma tenía muchas respuestas a este interrogante, pero eran todas cosas suyas y no las dijo. Se limitó a repetir que Fritz sabía.

—Te va a ayudar.

Lulyo la miró y dijo:

—Debe ser un buen hombre.

Alma pensó un rato.

—Es un hombre muy comprensivo —dijo.

—¿Qué hace en Washington?

—Es experto en programas de rehabilitación.

—¿Rehabilitación de qué?

—De personas.

—Ah... Estoy impaciente por que llegue el sábado.

—Te amo —dijo Alma.

Lulyo la miró. Alma tenía ojos muy grandes, se había metido los nudillos de la mano izquierda en la boca y se estaba lastimando con el anillo.

—No es eso lo que quieres decir.

—No lo quise decir.

Luego de eso, y el viernes, estuvieron juntos, pero sin tocarse nunca, como los alambres del cable de una lámpara. Fueron al



zoológico, donde Lulyo miró los animales con la excitación de un niño: menos los monos, que los hicieron callar, dar media vuelta e ir rápidamente a ver otra cosa. Cuanto más tarde era menos hablaban, y durante la cena casi no conversaron, y luego dejaron incluso de mirarse. Esa noche, a la hora más oscura, Alma fue al cuarto de Lulyo y abrió la puerta y la volvió a cerrar a sus espaldas. No encendió la luz.

—No me importa... —dijo, y repitió—: No me importa —y lloró en un susurro.

Lulyo estaba solo en el departamento cuando volvió Fritz.

—Ha salido de compras —dijo, respondiendo a la pregunta del hombre grande—.

Buenas tardes, señor Rhys. Encantado de verlo.

—Fritz —ordenó Fritz—. Pareces

contento. ¿Alma ha sido buena contigo?

En la cara de Lulyo apareció una sonrisa que alcanzó para iluminar la habitación.

—¿Cómo dijiste que te llamabas?

¿Julio? Ah, sí, Lulyo, ya lo recuerdo. Bueno, muchacho, vamos a conversar. Siéntate ahí y deja que te mire bien —lo miró un rato largo y luego gruñó y asintió, satisfecho—. ¿Estás avergonzado de ti mismo, muchacho?

—¿Por...? ¿Avergonzado? Oh... no, no creo.

—¡Muy bien! Eso significa que no necesitaremos una conversación larga. Y para abreviarla aún más, quiero que sepas desde el principio que yo sé lo que eres y que no tienes que esconderte y que no me importa un pito y que no voy a hacer preguntas. ¿De acuerdo?

—¿Lo sabe?

Fritz lanzó una sonora carcajada.

—¡No te preocupes tanto, Louie! No todos ven lo que yo veo. Mi trabajo consiste en ver esas cosas y comprenderlas.

Lulyo cambió de posición, nervioso.

—¿De qué cosas habla?

—La forma de las manos. El modo de caminar, el modo de sentarse, el modo de mostrar los sentimientos, el sonido de la voz. Muchas cosas más. Todas cosas pequeñas, que si fueran una o dos o seis tal vez no significarían nada. Pero juntas... quiero que sepas que te comprendo. No hago preguntas, explico. Y no me importa. Sólo quiero que sepas cómo debes portarte para que no te vuelvan a atacar. ¿Quieres oír o no?

En la cara de Lulyo no había más que perplejidad. Fritz se levantó y se sacó la chaqueta y la camisa y



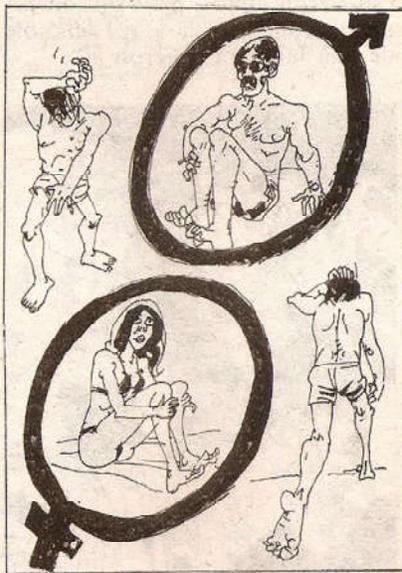


las tiró en la esquina del sofá y se dejó caer otra vez en el sillón, totalmente relajado. Comenzó a hablar como un hombre que disfruta al hacerlo y que sabe qué decir porque ha dicho todo antes, sabe que tiene razón, sabe que lo dice bien.

—Muchas personas viven entre personas todas sus vidas y nunca descubren esta simple verdad: que los seres humanos dejan de ser humanos cuando se reúnen, y una multitud es un monstruo. Si ves a una multitud como un ser vivo y quieres conocer su cociente intelectual, toma la inteligencia media de las personas que la componen y divídela por el número de integrantes. Lo cual significa que una multitud de cincuenta seres humanos tiene bastante menos

inteligencia que un gusano. Ninguna persona podría descender a ese nivel de crueldad y ausencia de principios. A todo lo que es diferente lo considera peligroso, y piensa que se protege si deshace en pequeños y sangrientos pedazos todo lo que es diferente. La diferencia —que es peligrosa— cambia con los tiempos. Algunos grupos han matado a hombres por usar barba, o por no usar barba. Por decir la serie correcta de palabras en lo que el grupo considera un orden erróneo. Por usar o dejar de usar esta o aquella prenda, o tatuaje, o trozo de piel.

—Es... horrible —dijo Lulyo.
—“Es... horrible” —repitió Fritz, remedándolo de una manera totalmente precisa y totalmente insultante; luego lanzó esa estruendosa carcajada y le pidió a Lulyo que no se enojara—. Acabas de decir algo interesante, pero ya



hablaremos de eso. —Fritz se echó hacia atrás y prosiguió con su discurso—. De todas las “diferencias” peligrosas que incitan a un grupo, la más poderosa, la más rápida y desagradable es la que tiene que ver con alguna variante en el sexo. A cada ser humano le toca determinar a qué sexo pertenece y luego ser *eso* de la manera más ruidosa posible mientras viva. Los hombres se visten como hombres y las mujeres se visten como mujeres, hasta el detalle más pequeño, y que Dios los salve si cruzan la línea. Un hombre tiene que parecer y actuar como un hombre. No es un derecho. Es una obligación. Y por muy extraña que pueda llegar a ser la humanidad en sus leyes y reglamentos, determinando que la virilidad exige cabellos hasta los hombros para un caballero o hasta la cintura para un sikh o un rapado a cero para un bávaro, esas leyes

han de ser obedecidas o se sufrirán las consecuencias.

“Y ahora, hablando de ti —dijo Fritz incorporándose y blandiendo su largo índice—: eres lo que eres como todo el mundo. Pero no me refiero a lo que eres —eso es patente— sino a cómo te tratan.

En esos términos, la única diferencia grande que existe entre tú y las personas normales es que las personas normales deben exhibir su sexo e insistir en él y tú no. Ustedes, ese uno por ciento, no pueden. Dios mío, mostrarlo en público. Entre los tuyos puedes acampar y gritar y reír a gusto, pero que no te descubran. En ese caso más te valdría no haber hecho nada.

—Pero espere, espere, espere —ladró Lulyo—. Un momento.

¿Qué tiene todo eso que ver conmigo?

Fritz abrió unos ojos grandes y redondos y luego los cerró y se hundió en los almohadones. Con voz muy, muy cansada, dijo:

—Bueno, mira. No me vas a interrumpir en el medio de esto y obligarme a volver otra vez al principio.

—Sólo quiero saber qué le hace pensar...

—¡Siéntate y calla! —bramó Fritz: era de los que lo pueden hacer—. ¿Quieres o no aprender a andar entre los seres humanos sin que te hagan tragar de una patada esa cara de niña?

Lulyo, pálido, los ojos brillantes transformados en feroces hendeduras, no se movió durante un rato. Era como si la pregunta de Fritz no le hubiese llegado entera,





una palabra sucia. Y di también: "Buena, la sinfonía de ese Beethoven". Nunca defiendas a un verdadero perdedor a menos que sea alguna cosa popular, por ejemplo un equipo de béisbol. Trata siempre a los demás hombres como si estuvieses enojado por algo, pero dispuesto a olvidar el asunto si te dan la menor excusa. Y digo enojado, Louie, no acongojado ni resentido. Y no te acerques a las mujeres. Tienen una intuición que te delatará en nueve de cada diez casos. El décimo se enamora de ti, y no hay nada más divertido.

—Pienso —dijo Lulyo después de un rato— que usted odia a los seres humanos.

—Los comprendo, eso es todo. ¿Pensas que te odio?

estaba Lulyo; cuando Fritz terminó de besarla, ella caminó unos pasos y se detuvo en la puerta. Fritz esperó detrás de ella, observando. Lulyo alzó despacio la cabeza y la vio y en su cara se esbozó una tímida sonrisa. Fritz dio un paso adelante y le puso una mano en el hombro y la volvió hacia él porque necesitaba verle la cara. Cuando se la vio se mordió con suavidad el labio inferior y dijo "Oh", y volvió al sillón. Era un hombre que comprendía muy rápido. Alma lo ignoró: sólo tenía ojos para Lulyo.

—¿Qué te ha estado diciendo? Lulyo no respondió. Miró la alfombra. Fritz se levantó de un salto.

—Bueno —dijo, de pronto—, ¿se



de golpe, sino a través de un tamiz. Se volvió a sentar, despacio.

—Adelante, entonces.

Fritz asintió con aprobación.

—No me gustan los mentirosos que además son malos, Louie, y estuviste a punto de ensayar conmigo la única mentira que no te sirve para nada. Por lo menos frente a alguien que te comprende... Está bien. Mi consejo: sé un hombre. No un viejo, ni la humanidad, sino viril. Para conseguir eso no necesitas jugar al fútbol profesional ni tener pelo en el pecho ni seducir a cuanta mujer conoces por el sólo hecho de ser hembra. Todo lo que tienes que hacer es cazar, pescar (o hablar de eso como si lo hicieras) y poner ojos saltones cuando pasa una chica. Si una puesta de sol te conmueve tanto que *necesitas* expresarte, hazlo con un gruñido y

—Quizá tendría que odiarme. No soy lo que usted piensa.

Fritz Rhys meneó la cabeza y lanzó un juramento entre dientes.

—Está bien. Sigue con esa máscara de celofán si así te sientes mejor. No me importa un pito lo que eres ni lo que haces. Haz lo que te digo y podrás vivir en un mundo de hombres. Sigue por el camino en que vas y en la última décima de segundo antes de que te aplasten el cerebro admitirás que yo tenía razón.

—Gracias por decírmelo. Es lo que vine a averiguar —dijo Lulyo al fin.

Al oír un ruido de llave en la cerradura, Fritz se levantó de un salto y corrió hacia la puerta. Era Alma. Fritz le agarró los paquetes y la besó. Mientras él la besaba, Alma le miró por encima del hombro hacia el living, donde





lo quieres contar a la señora?

—¿Por qué?

—Prométeme que le contarás todo, palabra por palabra, y le dejaré que te saque de la ciudad en el auto. ¿No eres de afuera? Sí. Bueno, pienso que se deben eso el uno al otro. ¿Qué dices, Louie?

—¿Fritz! ¿Te has vuelto lo...?

—Te conviene que lo haga, querida. Es la última oportunidad que tendrás de estar con él a solas.

—Lulyo... —susurró Alma—, vamos, entonces.

Lulyo miró al hombre grande.

Fritz sonrió mostrando los dientes, y dijo:

—Recuerda, sin omitir una sola palabra. Le preguntaré cuando vuelva y le diré todo si tú no lo haces ahora. Alma, trata de que no sean más de dos o tres horas. ¿De acuerdo?



—Vamos —dijo ella, en tono seco, y salieron.

Fritz fue a buscar una cerveza y volvió se dejó caer en el sillón, bebiendo y riendo y rascándose el pecho.

En el auto Lulyo dijo solamente: —En las afueras, del otro lado del puente —y luego se refugió en un silencio que duró hasta que llegaron a las casillas del peaje.

Doblaron hacia el norte y al fin él empezó a hablar. Le contó todo. Alma no lo interrumpió. Lo dejó terminar y luego dijo:

—¿Cómo permitiste que insinuase una cosa tan sucia?

Lulyo rió con amargura.

—¿Permitirle...? Cuando comprende algo... no existe otra cosa.

Alma no supo qué decirle; eso era

maleza. Alma miró hacia allí y a Lulyo, y si iba a decir alguna otra cosa la expresión en la cara del hombre la hizo desistir. Era una expresión colmada de tristeza y anhelo, y algo más, una especie de melancólica alegría.

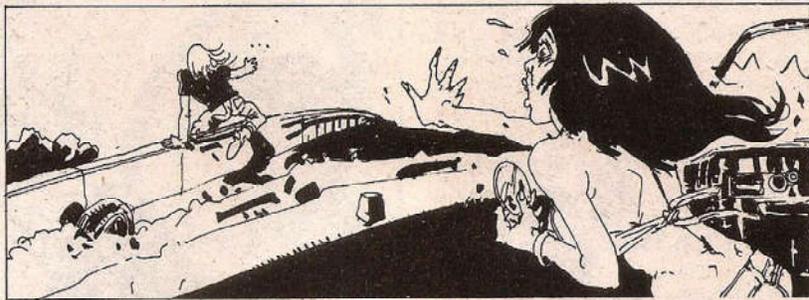
—Ahora regreso a casa —dijo.

Alma se miró las manos sobre el volante y de pronto dejó de verlas. Lulyo le tocó el brazo.

—Tendrás que olvidarlo, Alma —dijo con suavidad—. Es imposible. No hay solución. Te mataría. Trata de volver a tu marido. Está mejor equipado para ti. Yo no lo estoy, de ninguna manera.

—Basta —susurró Alma—. Basta, basta.

Lulyo lanzó un profundo suspiro, la rodeó con los brazos y la besó.



lo que más conocía en la vida.

—Pero pienso que de todos modos soy un mono verde. Sin embargo... debería estar agradecido. Me explicó cómo nos podemos ocultar yo y los míos, y cómo comportarnos cuando andamos al descubierto. Yo ya casi me había resignado.

—¿Qué quieres decir?

Lulyo no le contestó, pero apartó la cara. Parecía estar examinando el lado derecho de la carretera.

Y de pronto:

—Es aquí —dijo—. Para el auto. Asustada, Alma salió de la calzada y se detuvo. Al norte del puente hay un nuevo bulevar que corre paralelo a la vieja carretera, por espacio de varios kilómetros. Entre los dos caminos hay una franja de tierra inservible, afectada por máquinas constructoras abandonadas y cubiertas de

un beso rudo, suave, completo, la cara, la boca, la lengua, las orejas, el cuello, acariciándole vorazmente el cuerpo. Alma se apretó contra él y lloró. Lulyo se desprendió de los brazos de ella y le metió algo en la mano y se tiró del auto, corrió atravesando la banquina, saltó por encima del muro de contención y desapareció. No era un muro alto, No desapareció detrás de algo ni dentro de algo ni en la distancia. Simplemente desapareció. Alma lo llamó dos veces y luego salió del auto y corrió hasta el muro. Allí no había nada: malezas, surcos, uno o dos matorrales. Se estrujó las manos y tomó conciencia del objeto que él le había dado. Era un disco transparente, parecido a la lente de una linterna común. Le dio vuelta un par de veces y luego, impulsivamente, miró a través de él.

Vio a Lulyo agachado en una... máquina.

Vio cómo se iba la máquina, y cuando hubo desaparecido el disco de cristal dejó también de existir, y así perdió lo último que tenía de Lulyo. Durante un momento pensó que no podría sobreponerse, y a su momento llegó eso que todos los que llegaron al sufrimiento extremo conocen: que sea lo que sea lo que uno ha perdido, los pulmones y el corazón continúan funcionando, lo mismo que todo lo demás; los pájaros vuelan, los coches pasan, el hombre gana un peso y pierde el alma y le viene una hernia y se pone feliz y se corta el pelo como la última vez. Cuando terminó de pasar por todo eso, era bastante más tarde. Estaba débil y entumecida, pero podía



volver a manejar, y eso es lo que hizo, con mucho cuidado, y pronto pudo pensar otra vez, y lo hizo, con el mismo cuidado, y cuando llegó a casa el ensayado "¡Hola!" le salió en un tono perfecto y natural.

Quizá se olvidó de ensayar la expresión. Fritz Rhys, sin camisa, gigantesco y comprensivo, se levantó del sillón como una ola de músculos y bondad. La tomó de la mano y le sonrió con dulzura y la llevó al sofá. Alma se acurrucó contra los almohadones del rincón esperando a que él le pasase por encima. Fritz se le acercó y se sentó en el borde del sofá, y se inclinó para esconderla del mundo, apoyando el pesado antebrazo y el puño en el borde de la mesa que había junto al sofá; ese cuerpo la rodeaba sin ningún esfuerzo.

—Alma... —susurró, y esperó,

esperó, hasta que los ojos de ella encontraron su mirada.

—No estoy enojado —le dijo—, Créeme, querida, que me alegro de que puedas... amar tanto a alguien. Eso sólo significa que estás viva y... y que sientes compasión y que eres lo que eres: Alma. —volvió a reír con esa voz calma—; naturalmente, no voy a negar que me alegro de que haya resultado ser una... una chica. No sé lo que haría si alguna vez sintieses eso por un hombre verdadero.

La mirada de Alma había estado clavada todo el tiempo en la suya, y de pronto la apartó y la dejó caer sobre el pesado y desnudo antebrazo apoyado sobre la madera lustrada de la mesa. Lo miró con creciente fascinación mientras él hablaba.

—Vamos entonces a anotar un punto para la mente estadística, es decir yo, contra la intuición femenina que casi te perdió. ¿Qué estás mirando?

Alma miraba el antebrazo. Casi contra su voluntad, movió hacia allí la mano. No le respondió.

—Podría haber sido peor —dijo Fritz—. Imagínate viviendo con él. Imagínate el momento de concretar, borracho de poesía y con ese pelo brillante, y cuando tú... ah, para qué continuar.

Sería imposible.

—Fue imposible —dijo Alma, en voz baja. Le puso la mano en el antebrazo, alzó la mirada y se encontró con la de él, y retiró la mano casi sin darse cuenta. Era como si no pudiese apartar la vista del antebrazo. Mientras miraba comenzó a sonreír. Era un hombre grande, y el antebrazo medía unos cuarenta centímetros de largo por trece o catorce de ancho—. Imposible, y poco le faltaba para ser de ese tamaño. Casi no le faltaba nada, maldita sea, pensó Alma, maravillada.

—¡Buena chica! —dijo Fritz entusiasmado—. Y ahora tendrás cuarenta y ocho horas de felicidad conyugal y luego... La voz de Fritz se fue apagando a medida que veía cómo una sensación de maravilla afloraba en el rostro de Alma, se transformaba en carcajadas, un diluvio, una lluvia de flechas, una bandada de pájaros, un repiqueteo de campanas.

—¡Alma! La carcajada cesó instantáneamente, pero los labios siguieron separados y los ojos brillantes.

—Tendrás que ir a matar monos



verdes —dijo con voz dura e inexpressiva—. Les has mostrado una puerta.

—¿Qué?

—Hay en ti una cierta pequeñez, Fritz Rhys —dijo, y otra vez la risa, una risa que fue creciendo y que él no pudo calmar, no pudo acallar, no pudo soportar. Se vistió e hizo la valija, y desde la puerta, apuntando hacia las fogosas y estruendosas carcajadas, dijo:

—No te entiendo. No te entiendo nada.

Y regresó a Washington.

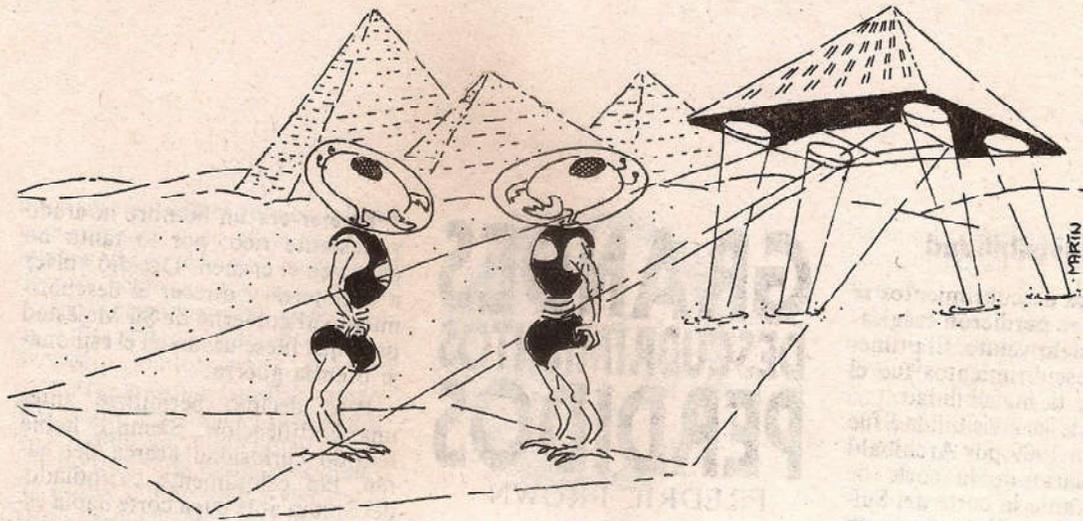
Titulo original:
Affair with a Green Monkey
© 1958 by Theodore Sturgeon
Traducción de María L. Sita



MARIN

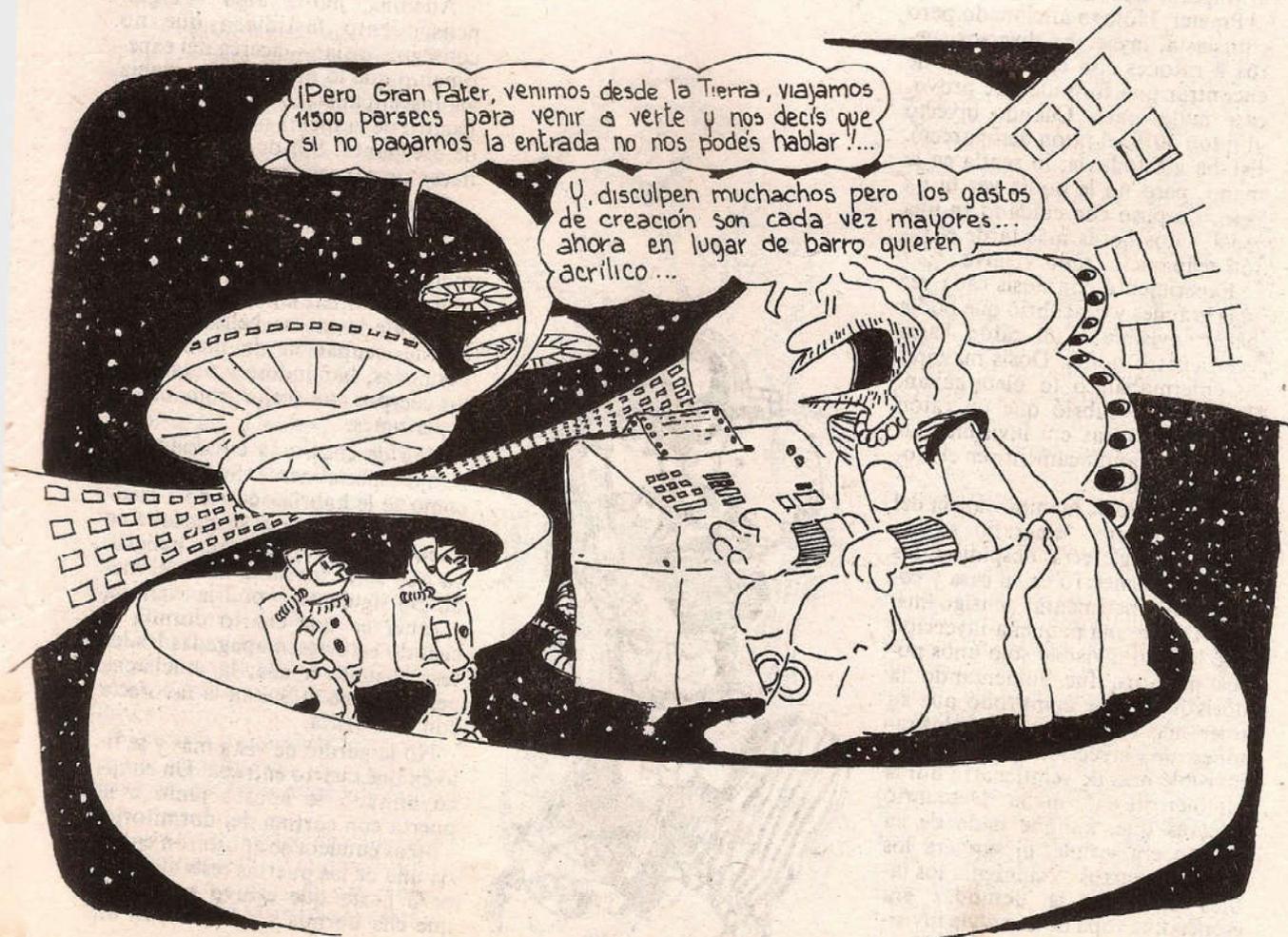


Indudablemente son hormigueros construidos por nuestras anteriores misiones, pero estan abandonados y creo que esto se debe a que en toda la zona no hay una sola planta de liquistrina



¡Pero Gran Pater, venimos desde la Tierra, viajamos 11500 parsecs para venir a verte y nos decís que si no pagamos la entrada no nos podés hablar!...

Ψ. disculpen muchachos pero los gastos de creación son cada vez mayores... ahora en lugar de barro quieren acrílico...



I. La invisibilidad

Tres grandes descubrimientos se realizaron, y se perdieron trágicamente, en el siglo veinte. El primero de esos descubrimientos fue el del secreto de la invisibilidad.

El secreto de la invisibilidad fue descubierto en 1909 por Archibald Praeter, emisario de la corte de Eduardo VII ante la corte del Sultán Abd el Krim, soberano de un pequeño estado vagamente aliado al Imperio Otomano.

Praeter, biólogo aficionado pero entusiasta, inyectaba diversos sueros a ratones con el propósito de encontrar una fórmula que provocase mutaciones. Cuando inyectó al ratón 3019, el ratón desapareció. Estaba allí todavía; lo sentía en la mano, pero no le podía ver ni un pelo. Lo puso con cuidado en una jaula y dos horas más tarde el ratón reapareció, sano y salvo.

Experimentó con dosis cada vez más grandes y descubrió que podía hacer invisible a un ratón hasta veinticuatro horas. Dosis mayores lo enfermaban o lo aletargaban. También descubrió que un ratón muerto mientras era invisible reaparecía instantáneamente en el momento de morir.

Consciente de la importancia del descubrimiento, telegrafió su renuncia a Inglaterra, despidió a los criados, se encerró en su casa y comenzó a experimentar consigo mismo. Desde una pequeña inyección que lo hizo invisible sólo unos pocos minutos, fue aumentando la dosis hasta que comprobó que su tolerancia era similar a la de los ratones; una inyección que lo hiciese invisible más de veinticuatro horas también lo enfermaba. Descubrió además que, aunque nada de su cuerpo era visible, ni siquiera los dientes postizos si mantenía los labios cerrados, la desnudez era esencial; la ropa no se volvía invisible con él.

GRANDES DESCUBRIMIENTOS PERDIDOS

FREDRIC BROWN

Dibujos: Sanz



Praeter era un hombre honrado y bastante rico, por lo tanto no pensó en el crimen. Decidió volver a Inglaterra y ofrecer el descubrimiento al gobierno de Su Majestad para que fuese usado en el espionaje o en la guerra.

Pero decidió permitirse antes una gratificación. Siempre había sentido curiosidad acerca del harén, tan celosamente custodiado, del Sultán ante cuya corte había estado acreditado. ¿Por qué no entrar y echarle un vistazo de cerca?

Además, había algo —algún pensamiento fastidioso que no conseguía aislar— acerca del experimento que lo preocupaba. Había alguna circunstancia en la cual... Dentro de la mente no podía pasar de ese punto. Sin duda había que hacer un experimento.

Se desnudó y se hizo invisible por el período máximo. Le resultó fácil colarse entre los eunucos armados y entrar en el harén. Pasó una tarde interesante mirando las cincuenta y tantas bellezas en su diurna ocupación de mantenerse hermosas, bañándose y untándose los cuerpos con aceite aromatizado y perfumes.

Una de ellas, una circasiana, lo atrajo especialmente. Se le ocurrió, como se le habría ocurrido a cualquier hombre, que si se quedaba de noche —sin correr ningún peligro, ya que sería invisible hasta el mediodía siguiente— podría vigilarla y saber en qué cuarto dormía y, cuando estuviesen apagadas las luces, ir junto a ella; la muchacha pensaría que el Sultán la favorecía con una visita.

No la perdió de vista más y se fijó en qué cuarto entraba. Un eunuco armado se apostó junto a la puerta con cortina del dormitorio, y otros eunucos se apostaron en cada una de las puertas restantes. Esperó hasta que estuvo seguro de que ella dormía y entonces, en un

momento en que el eunuco miraba hacia la sala y no veía el movimiento de la cortina, Praeter se deslizó adentro. La sala estaba apenas iluminada, pero en el cuarto la oscuridad era total. Buscó a tientas, cuidadosamente, y logró encontrar la cama. Cuidadosamente extendió una mano y tocó la mujer dormida. La mujer lanzó un grito. (Lo que él no había averiguado era que el Sultán nunca visitaba el harén de noche sino que mandaba buscar una o varias de sus mujeres, que iban entonces a visitarlo a su cuarto.)

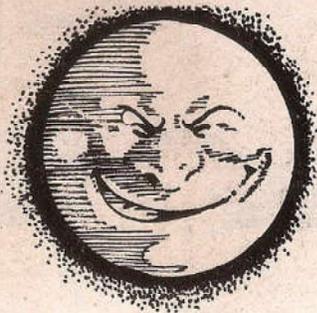
Y de pronto el eunuco que había estado afuera estuvo adentro y lo sujetó del brazo. Lo último que pensó fue que ahora sabía cuál era el detalle inquietante de la invisibilidad: que era completamente inútil en la oscuridad total. Y lo último que escuchó fue el silbido de la cimitarra.

II. La invulnerabilidad

El segundo gran descubrimiento perdido fue el secreto de la invulnerabilidad, descubierto en 1952 por un oficial de radar de la marina de los Estados Unidos, el teniente Paul Hickendorf. El aparato era electrónico y consistía en una pequeña caja que podía ser llevada fácilmente en el bolsillo; al ser movida una palanca en la caja, hacia posición de encendido, la persona que llevaba el aparato era rodeada por un campo de fuerza cuya firmeza, hasta donde podía ser medida por la excelente matemática de Hickendorf, era prácticamente infinita.

El campo era también completamente impermeable a cualquier grado de calor o cantidad de radiación.

El teniente Hickendorf decidió que un hombre —o mujer, o niño, o perro— encerrado en ese campo de fuerza podía resistir la explosión



de una bomba de hidrógeno desde corta distancia sin recibir la menor herida.

Hasta esa fecha no había sido explotada ninguna bomba de hidrógeno pero, en el momento de completar el aparato, el teniente Hickendorf se hallaba por casualidad en un barco, de tipo crucero, que navegaba por el Océano Pacífico rumbo a un atolón llamado Eniwetok, y circulaba la versión de que iban a estar allí para colaborar en la primera explosión de una bomba de hidrógeno.

El teniente Hickendorf decidió desaparecer, ocultarse en la isla y estar allí cuando estallase la bomba, y estar allí, también, sano y salvo, después del estallido, demostrando con eso, y sin el menor lugar a dudas, que su descubrimiento era eficaz, una defensa contra el arma más poderosa de todos los tiempos.

Aunque le resultó difícil logró esconderse, y estaba allí, a sólo metros de la bomba H —después de haberse arrastrado acercándose todo lo posible durante la cuenta hacia atrás— cuando ésta explotó.

Los cálculos habían sido del todo correctos, y no recibió ni una herida, o rasguño, o contusión, o quemadura.

Pero el teniente Hickendorf no había considerado la posibilidad de que ocurriese una cosa, y esa cosa ocurrió. Fue despedido de la superficie de la tierra con mucho más que velocidad de escape. Salió directamente hacia afuera, sin siquiera entrar en órbita. Cuarenta y nueve días más tarde cayó en el sol, todavía sin la menor herida pero desafortunadamente muerto desde hacía tiempo dado que el campo de energía había llevado adentro aire para sólo unas pocas horas, y así el descubrimiento se perdió para la humanidad, al menos durante el siglo veinte.

III. La inmortalidad

El tercer gran descubrimiento realizado y perdido en el siglo veinte fue el secreto de la inmortalidad. Este descubrimiento tuvo lugar en el año 1978 y fue obra de un oscuro químico moscovita llamado Ivan Ivanovitch Smetakovsky. Smetakovsky no dejó ninguna descripción de cómo había llegado al descubrimiento o cómo sabía, antes de probarlo, que surtiría efecto, pues tenía mucho miedo, por dos razones.

Tenía miedo de darlo al mundo, y sabía que incluso una vez que lo hubiese entregado a su propio gobierno, el secreto llegaría con el tiempo a filtrarse al otro lado de la Cortina y provocaría el caos. La U.R.S.S. podía manejar cualquier cosa con responsabilidad, pero en los países más bárbaros y menos disciplinados el resultado inevitable de una droga de la inmortalidad sería una explosión demográfica que casi seguramente culminaría en un ataque a los cultos países comunistas.

Y tenía miedo de probar la droga en su propio cuerpo porque no estaba seguro de que *quería* ser inmortal. Tal como andaban las cosas en la U.R.S.S. —sin pensar en cómo debían andar en otras partes— ¿valdría de veras la pena vivir eternamente o aún indefinidamente?

Solucionó el problema no dándole la droga a nadie ni tomándola él mismo, al menos por el momento, hasta que pudiese llegar a una decisión.

Mientras tanto, llevaba consigo la única dosis que había preparado. Era una cantidad minúscula que cabía en una pequeña cápsula insoluble que podía ocultar en la boca. La pegó en el lado de afuera de un diente, contra la mejilla, para que no existiese el peligro de tragársela sin darse cuenta.



Pero si en algún momento se decidía, podía meter un dedo en la boca, aplastar la cápsula y volverse inmortal.

Y así lo decidió un día en que, atacado por una pulmonía lobular, fue llevado a un hospital de Moscú. De una conversación entre un médico y una enfermera (que pensaron erróneamente que estaba dormido) supo que le quedaban sólo unas pocas horas de vida.

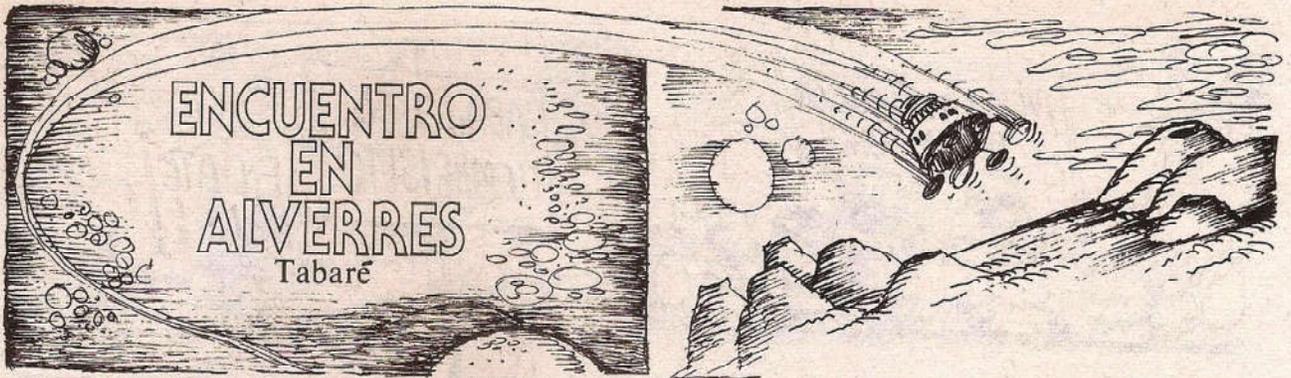
El miedo a la muerte resultó ser más fuerte que el miedo a la inmortalidad, y en cuanto el médico y la enfermera salieron del cuarto Smetakovsky aplastó la cápsula y tragó el contenido.

Tenía la esperanza de que, con la muerte tan cercana, la droga actuase a tiempo para salvarle la vida. Y actuó a tiempo, aunque a esa altura ya había entrado en semicoma y deliraba.

Tres años más tarde, en 1981, todavía estaba en semicoma, y los médicos rusos habían por fin diagnosticado su caso y ya no existía ningún misterio.

Obviamente, Smetakovsky había tomado algún tipo de droga de la inmortalidad —una droga que no conseguían aislar ni analizar— que le impedía morir y que sin duda lo mantendría indefinidamente en ese estado.

Pero desgraciadamente la droga también había llevado la inmortalidad a los neumococos que tenía en el cuerpo, las bacterias (*diplococci pneumoniae*) que le habían provocado la pulmonía en primer lugar y que ahora la seguirían manteniendo eternamente. Entonces los médicos, muy realistas, viendo que no existían razones para cargar con el peso de proporcionarle una custodia perpetua, simplemente lo enterraron.



ENCUENTRO EN ALVERRES

Tabaré



QUÉ EXTRAÑO ESTE PLANETA... QUE YO SEPA NO EXISTE EN EL SISTEMA SOLAR...



HAY AIRE COMO EN LA TIERRA, HAY HIERBAS, ÁRBOLES...
¡?!
¡HOLA!



¿USTED HABLA NUESTRO MISMO IDIOMA?... ¿QUE NOTABLE!... HAGAME CONOCER SU PLANETA Y...
PARA ESO LO ESTABA ESPERANDO...



¿QUÉ EXTRAÑO NOMBRE!...

MALVENIDO AL PEQUEÑO PLANETA DE ALVERRES



ESTAS ES NUESTRA CAPITAL...



LOS VEHICULOS ANDAN POR LAS VEREDAS Y LOS PEATONES POR LA CALLE...



HOY COMO BUEN POBRE ME VOY A COMER UN BUEN POLITO CON CAAMPIDONS...

AHORA EMPIEZO A COMPRENDER EL SIGNIFICADO DEL NOMBRE DEL PLANETA...

POR FAVOR, UNA LIMOSNITA PARA ESTE SUPERMILLONARIO



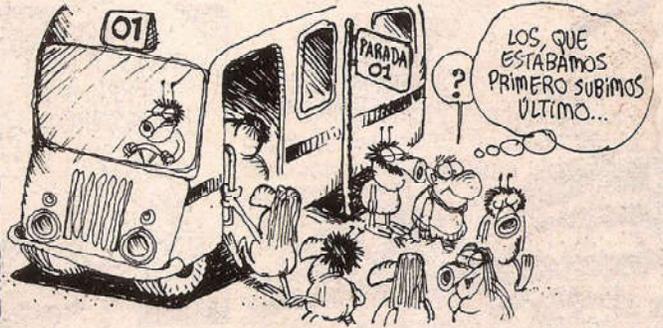
mmm... ¡MIRA ESO! ¡QUE HERMOSURA! ES JOROBADO, PETISO Y PELADO!...

¡GUAU! ¡ADIOS RICURITA!

AQUI LOS FEOS SON LOS QUE MATAN



¡CUIDADO QUE VIENE UNA MANIFESTACION! ¡HAGASE A UN LADO!...





ALFREDO GRONDONA WHITE, "ROB SCANNER" Y LA CIENCIA - FICCION

Casi todos sabemos que Alfredo Grondona White es uno de los más notables humoristas que ha dado la Argentina. Agudísimo observador, experto guionista y dibujante de excepción, Grondona es a ratos hermético, a ratos ingenuo, a ratos feroz. Pero siempre original, siempre imprevisto. Dentro de una intensa producción que abarca varios géneros, mantiene una constante de calidad admirable, resultante de un torrente creativo inagotable y una generosa dosis de autocrítica. Ahora queremos presentarles a ROB SCANNER, la última gran idea de Grondona. Es uno de los hijos predilectos del autor: un personaje conmovedor, a pesar de su corazón de computadora y su envoltura metálica. Como bien lo aclara en el primer cuadrado, "una persona". Pero esta persona actúa en un medio remotamente futuro. El espécimen humano ya no existe y de sus obras quedan pocos rastros. La que sigue es la primera secuencia de una serie dedicada a ROB SCANNER, que el lector inteligente sabrá degustar como corresponde. Porque Grondona White, apasionado y conocedor de la fantasía científica, ha volcado en ella varias cucharadas de talento.

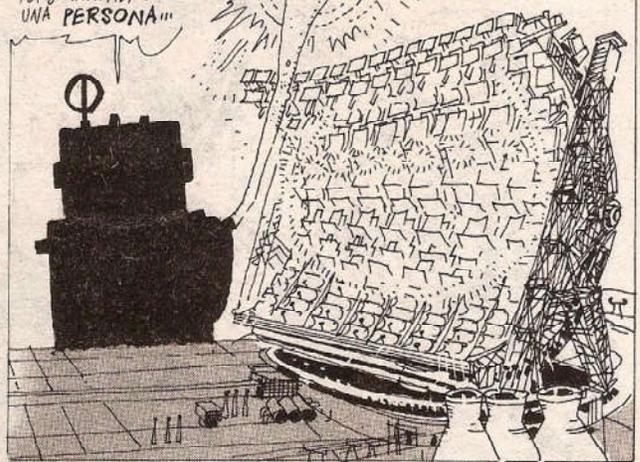
ROB SCANNER

Dibujos: Grondona White

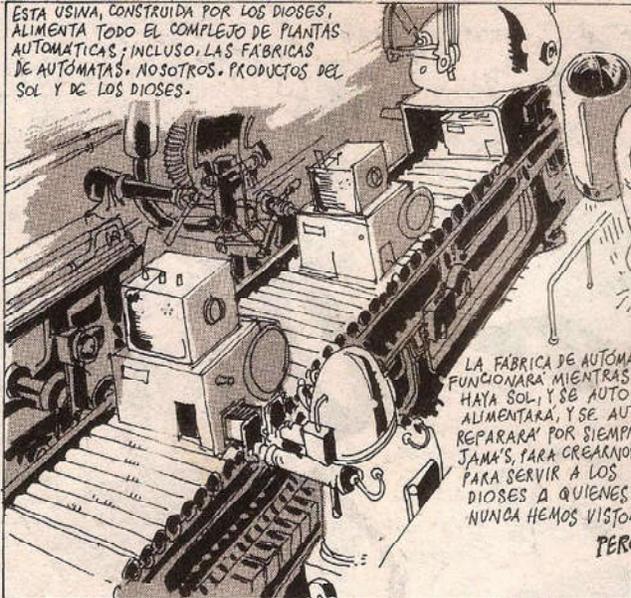
MI APARIENCIA EXTERNA
QUIZA PUEDA LLEVAR AL
EXPECTADOR A CONCLUSIONES
ERRÓNEAS.
DEBE QUEDAR BIEN EN
CLARO QUE, COMO POSEO
PERSONALIDAD, SOY
UNA PERSONA!!!

...Y AHORA, A LA HISTORIA...

... EN EL PRINCIPIO, ERA
LA LUZ DEL SOL,
TRANSFORMADA EN ENERGÍA
POR LA USINA DEL MONTE,
POR LOS SIGLOS DE LOS
SIGLOS!!!

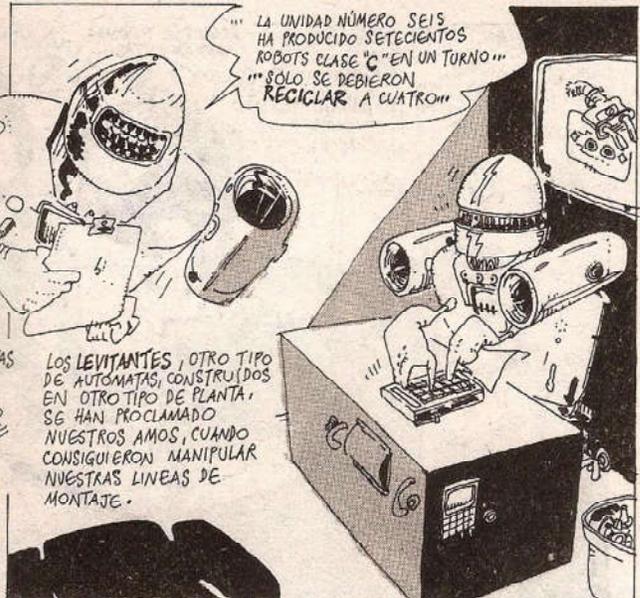


ESTA USINA, CONSTRUIDA POR LOS DIOSSES,
ALIMENTA TODO EL COMPLEJO DE PLANTAS
AUTOMÁTICAS; INCLUSO, LAS FABRICAS
DE AUTOMATAS. NOSOTROS, PRODUCTOS DEL
SOL Y DE LOS DIOSSES.



LA FABRICA DE AUTOMATAS
FUNCIONARA MIENTRAS
HAYA SOL, Y SE AUTO-
ALIMENTARA, Y SE AUTO-
REPARARA POR SIEMPRE.
JAMA'S, PARA CREARNOS,
PARA SERVIR A LOS
DIOSSES A QUIENES
NUNCA HEMOS VISTO...
PERO

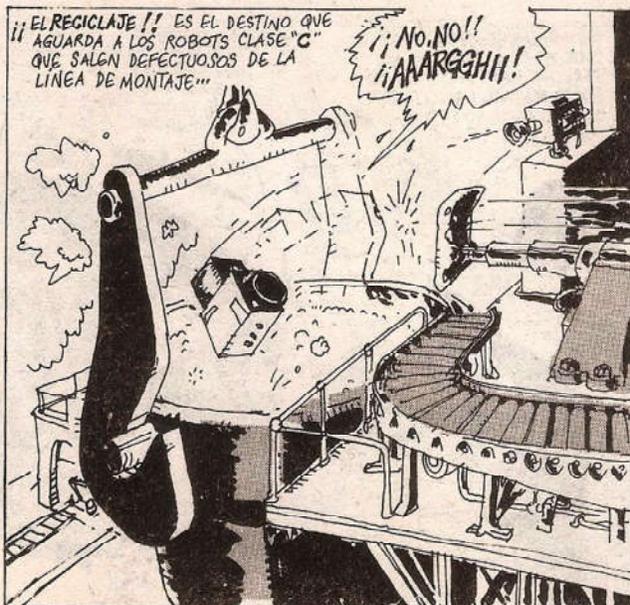
... LA UNIDAD NÚMERO SEIS
HA PRODUCIDO SETECIENTOS
ROBOTS CLASE "C" EN UN TURNO...
... SOLO SE DEBIERON
RECICLAR A CUATRO!!!



LOS LEVITANTES, OTRO TIPO
DE AUTOMATAS, CONSTRUIDOS
EN OTRO TIPO DE PLANTA,
SE HAN PROCLAMADO
NUESTROS AMOS, CUANDO
CONSIGUIERON MANIPULAR
NUESTRAS LINEAS DE
MONTAJE.

!! EL RECICLAJE !! ES EL DESTINO QUE
AGUARDA A LOS ROBOTS CLASE "C"
QUE SALEN DEFECTUOSOS DE LA
LINEA DE MONTAJE!!!

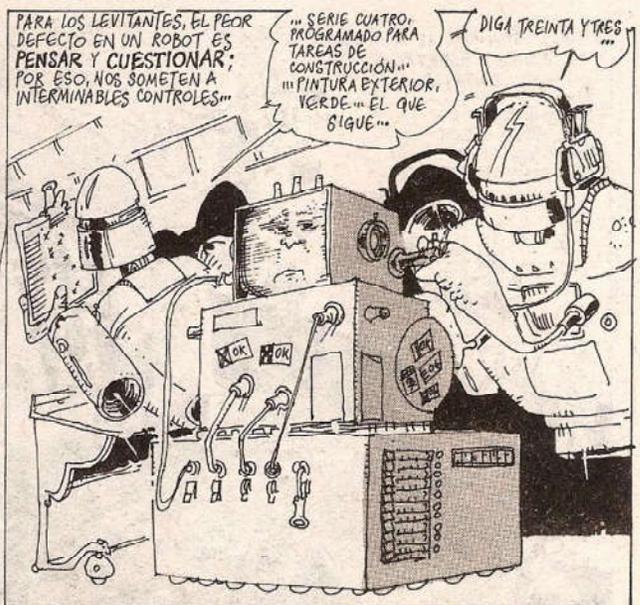
!! NO, NO !!
!! AARGGHH !!

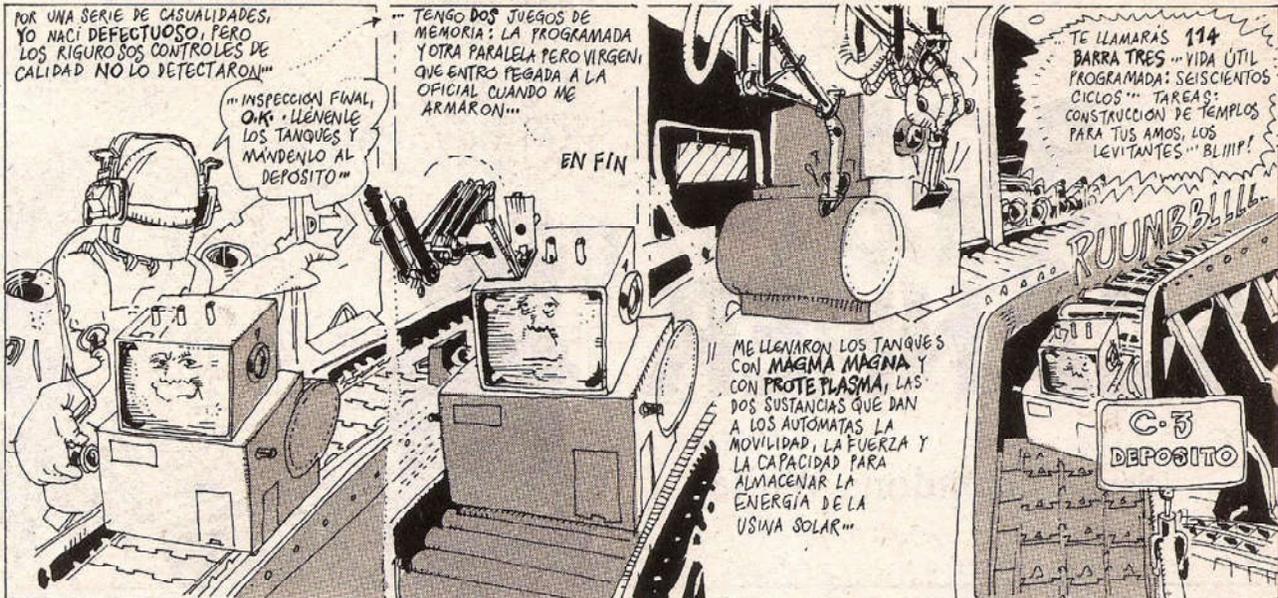


PARA LOS LEVITANTES, EL PEOR
DEFECTO EN UN ROBOT ES
PENSAR Y CUESTIONAR;
POR ESO, NOS SOMETEN A
INTERMINABLES CONTROLES!!!

... SERIE CUATRO,
PROGRAMADO PARA
TAREAS DE
CONSTRUCCIÓN...
... PINTURA EXTERIOR,
VERDE... EL QUE
SIGUE...

... DIGA TREINTA Y TRES...
...





POR UNA SERIE DE CASUALIDADES, YO NACI DEFECTUOSO, PERO LOS RIGUROSOS CONTROLES DE CALIDAD NO LO DETECTARON!!!

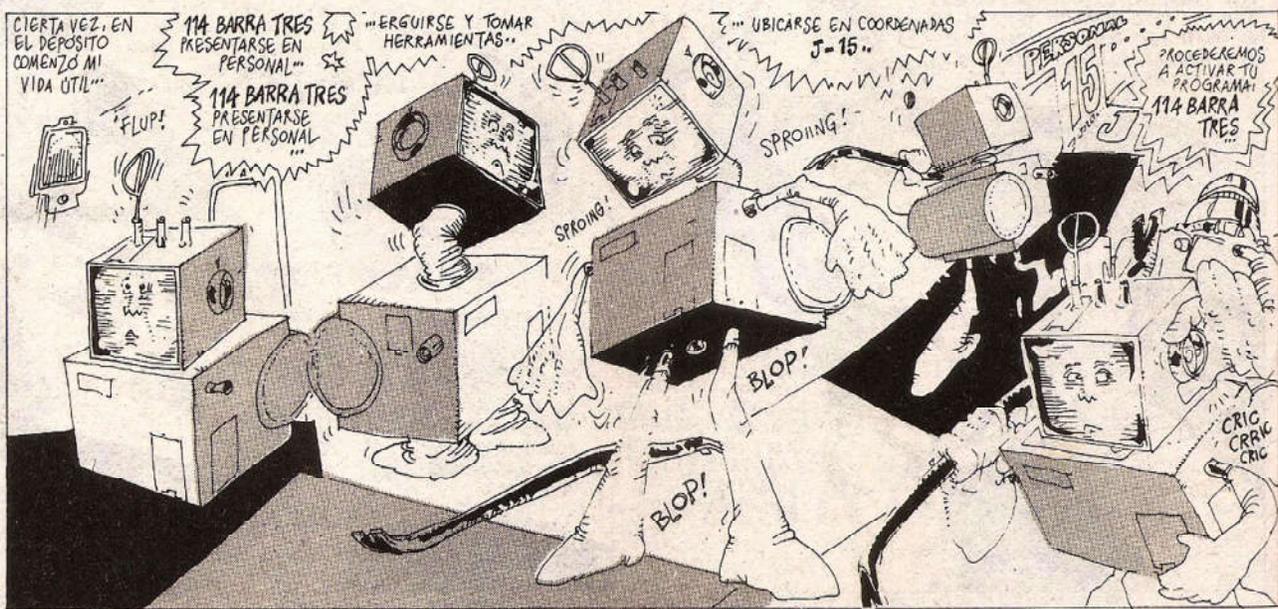
"INSPECCION FINAL, O.K. LLENEN LOS TANQUES Y MANDENLO AL DEPOSITO"

"TENGO DOS JUEGOS DE MEMORIA: LA PROGRAMADA Y OTRA PARALELA PERO VIRGENI QUE ENTRO FEGADA A LA OFICIAL CUANDO ME ARMARON..."

EN FIN

TE LLAMARAS 114 BARRA TRES... VIDA UTIL PROGRAMADA: SEISCIENTOS CICLOS... TAREAS: CONSTRUCCION DE TEMPLOS PARA TUS AMOS, LOS LEVITANTES... BLIII!

ME LLEVARON LOS TANQUES CON MAGMA MAGNA Y CON PROTE PLASMA, LAS DOS SUSTANCIAS QUE DAN A LOS AUTOMATAS LA MOVILIDAD, LA FUERZA Y LA CAPACIDAD PARA ALMACENAR LA ENERGIA DE LA USINA SOLAR"



CIERTA VEZ, EN EL DEPOSITO COMENZO MI VIDA UTIL"

114 BARRA TRES PRESENTARSE EN PERSONAL"

114 BARRA TRES PRESENTARSE EN PERSONAL"

"ERGUIRSE Y TOMAR HERRAMIENTAS..."

"UBICARSE EN COORDENADAS J-15..."

PERSONAS 15

PROCEDEREMOS A ACTIVAR TU PROGRAMA 114 BARRA TRES"

FLUP!

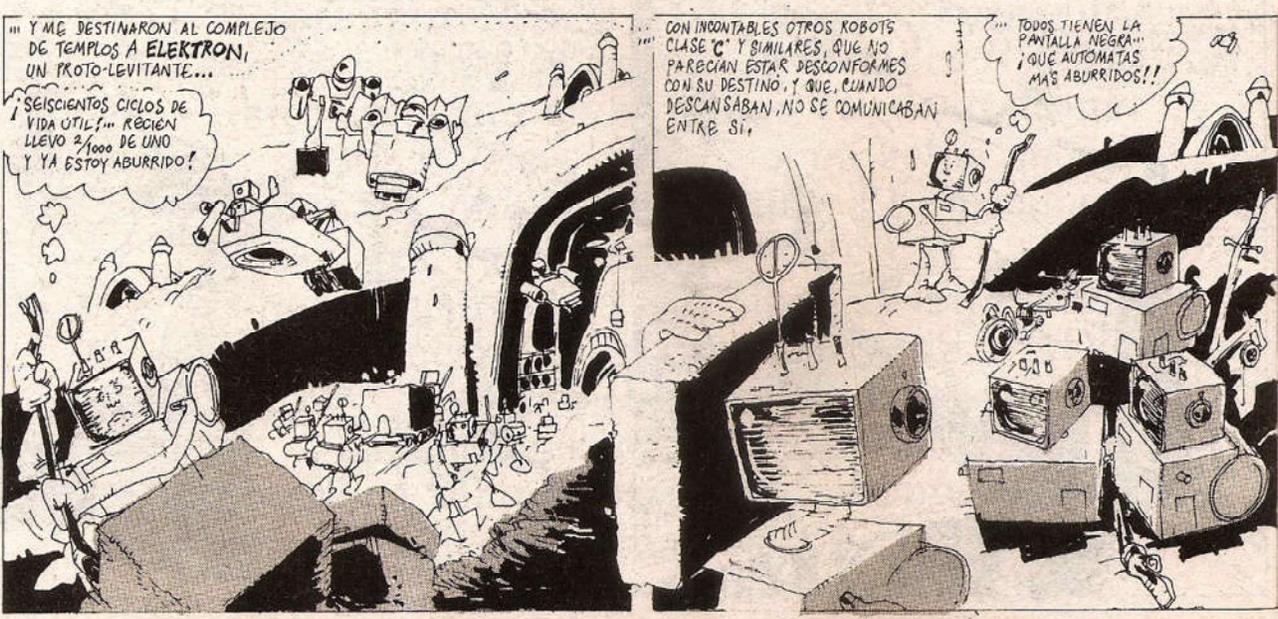
SPROING!

SPROING!

BLOP!

BLOP!

CRIG CRIG CRIG



"Y ME DESTINARON AL COMPLEJO DE TEMPLOS A ELEKTRON, UN PROTO-LEVITANTE..."

SEISCIENTOS CICLOS DE VIDA UTIL!... RECIEN LLEVO 2/1000 DE UNO Y YA ESTOY ABURRIDO!

CON INCONTABLES OTROS ROBOTS CLASE C Y SIMILARES, QUE NO PARECIAN ESTAR DESCONFORTES CON SU DESTINO, Y QUE, CUANDO DESCANSABAN, NO SE COMUNICABAN ENTRE SI.

"... TODOS TIENEN LA PANTALLA NEGRA... QUE AUTOMATAS MAS ABURRIDOS!!"



PERO, SIEMPRE EXISTE UNA EXCEPCION!!!

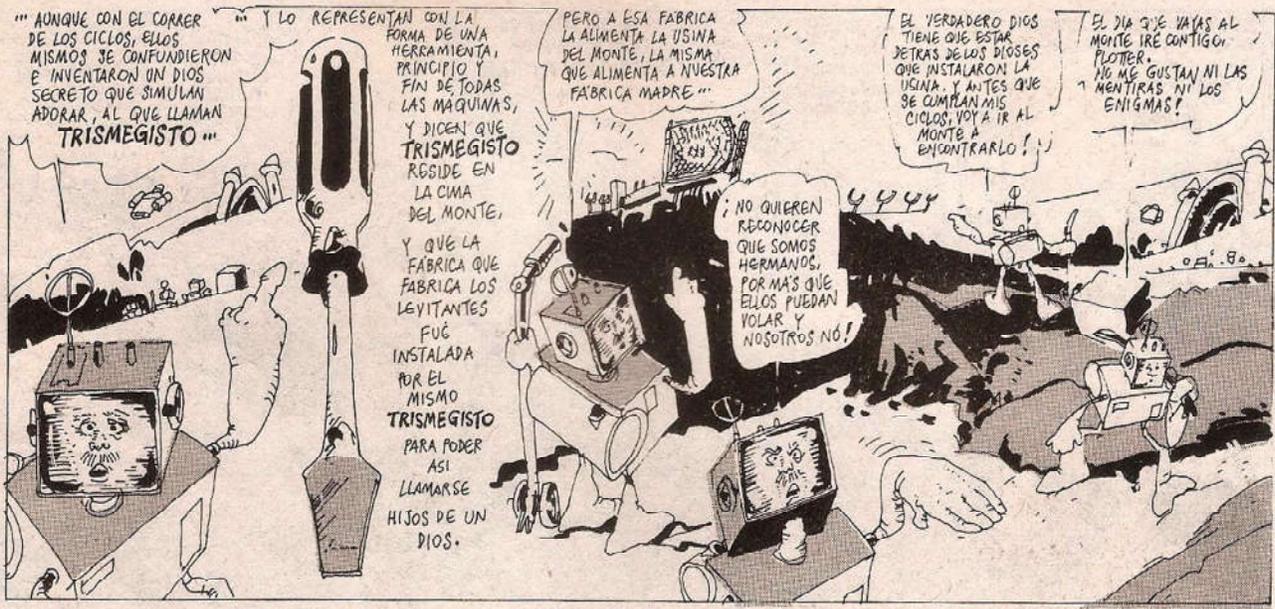
¡EEH! ¿QUE HACES TRABAJANDO? ES LA HORA DEL DESCANSO! VEN Y RECARGA TUS BATERIAS!

ME LLAMAN 114 BARRA-TRES, PERO YO ME LLAMO ROB SCANNER!

¡HI, JU, JUY! ¡UN DOBLE MEMORIA, COMO YO! ME LLAMO LINE PLOTTER!

LOS LEVITANTES SON UNOS FARGANTES. ELLOS FUERON CREADOS PARA SERVIR A LOS DIOS, IGUAL QUE NOSOTROS, PERO EN VEZ, NOS ALTERARON LAS MEMORIAS PARA QUE LOS SIRVIAMOS A ELLOS, SIN QUESTIONAR...

!!! PLOTTER YA HABIA CUMPLIDO COMO DOSCIENTOS CICLOS Y APRENDIDO MUCHO. MUY PRONTO NOS HICIMOS GRANDES AMIGOS ...



!!! AUNQUE CON EL CORAJE DE LOS CICLOS, ELLOS MISMOS SE CONFUNDIERON E INVENTARON UN DIOS SECRETO QUE SIMULAN ADORAR, AL QUE LLAMAN TRISMEGISTO !!!

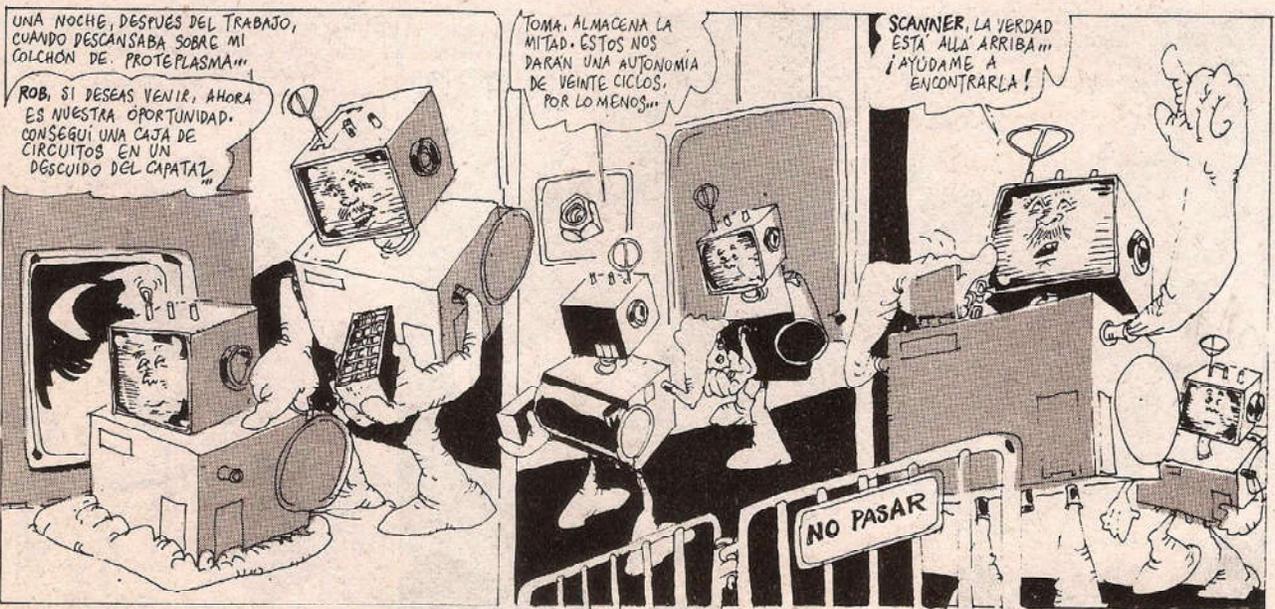
Y LO REPRESENTAN CON LA FORMA DE UNA HERRAMIENTA, PRINCIPIO Y FIN DE TODAS LAS MAQUINAS, Y DICEN QUE TRISMEGISTO RESIDE EN LA CIMA DEL MONTE, Y QUE LA FABRICA QUE FABRICA LOS LEVITANTES FUE INSTALADA POR EL MISMO TRISMEGISTO PARA PODER ASI LLAMARSE HIJOS DE UN DIOS.

PERO A ESA FABRICA LA ALIMENTA LA USINA DEL MONTE, LA MISMA QUE ALIMENTA A NUESTRA FABRICA MADRE !!!

EL VERDADERO DIOS TIENE QUE ESTAR DETRAS DE LOS DIOS QUE INSTALARON LA USINA, Y ANTES QUE SE CUMPLAN MIS CICLOS, VOY A IR AL MONTE A ENCONTRARLO !!!

EL DIA QUE VAYAS AL MONTE IRE CONTIGO, PLOTTER. NO ME GUSTAN NI LAS MENTIRAS NI LOS ENIGMAS!

NO QUIEREN RECONOCER QUE SOMOS HERMANOS, POR MAS QUE ELLOS PUEDAN VOLAR Y NOSOTROS NO!



UNA NOCHE, DESPUES DEL TRABAJO, CUANDO DESCANSABA SOBRE MI COLCHON DE PROTEPLASMA!!!

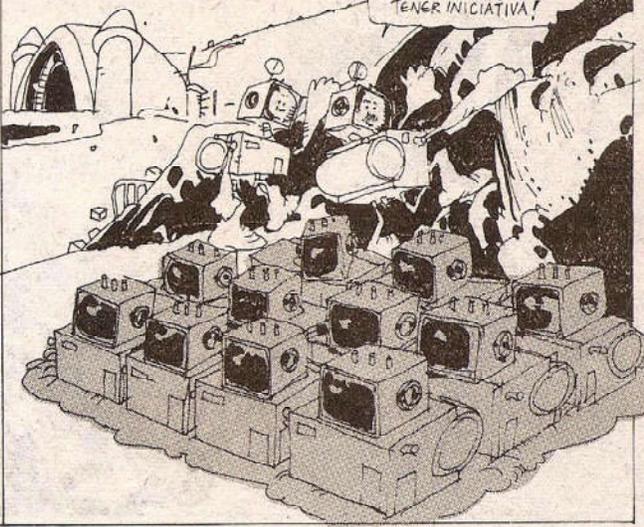
ROB, SI DESEAS VENIR, AHORA ES NUESTRA OPORTUNIDAD. CONSEGUI UNA CAJA DE CIRCUITOS EN UN DESCUIDO DEL CAPATAZ !!!

TOMA, ALMACENA LA MITAD. ESTOS NOS DARAN UNA AUTONOMIA DE VEINTE CICLOS, POR LO MENOS!!!

SCANNER, LA VERDAD ESTA ALLA ARRIBA!!! ¡AYUDAME A ENCONTRARLA!

NO PASAR

INICIAMOS LA ASCENSIÓN AL MONTE
MIENTRAS NUESTROS COMPAÑEROS
DESCANSABAN EN SU UNIFORMIDAD...

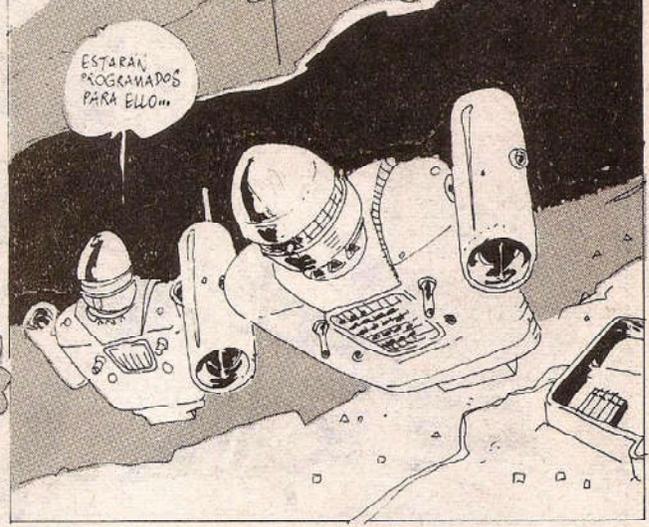


LOS LEVITANTES SON
TAN FATUOS QUE NI
PIENSAN QUE UN
ROBOT CLASE "C" PUEDA
TENER INICIATIVA!

PERO...

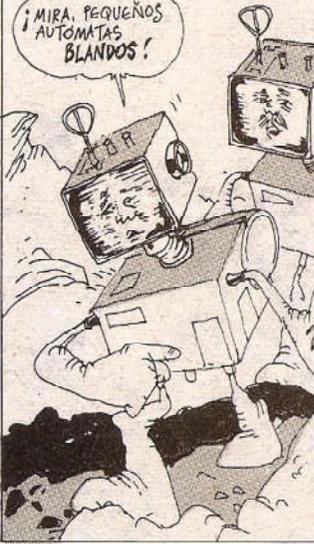
¡VE DOS ROBOTS CLASE "C"
EN EL SENDERO QUE VA A
LA USINA!

ESTARÁN
PROGRAMADOS
PARA ELLO...



DURANTE NUESTRA ASCENSIÓN
VIMOS COSAS MUY EXTRAÑAS...

¡MIRA, PEQUEÑOS
AUTOMATAS
BLANDOS!



SON DE PROTEPLASMA
EN ESTADO PURO, SIN
PARTES MECÁNICAS...
¿QUIÉN LOS HABRÁ
FABRICADO?

HABÍA MUCHA BASURA EN
LA LADERA, Y EN UNA
CAJA METÁLICA PLOTTER
HALLO...

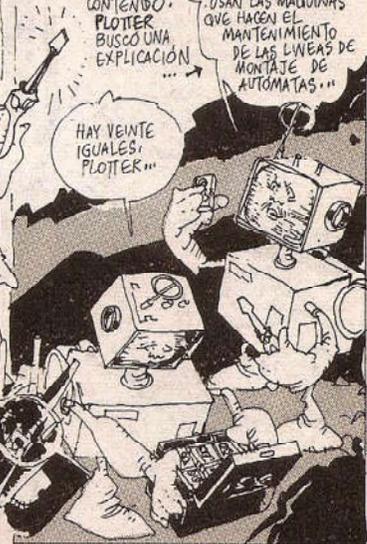
¡MIRA, SCANNER,
UNA IMAGEN DE
TRISMEGISTO!



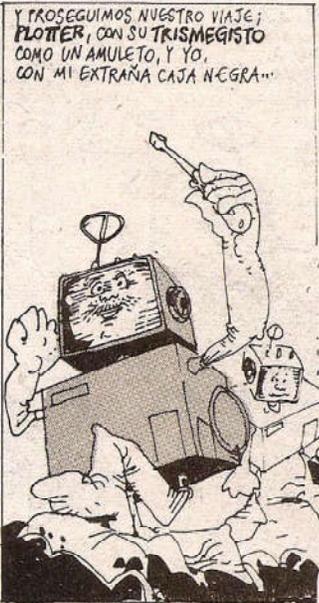
... Y YO HALLE
UNA CAJA NEGRA
CON UN EXTRAÑO
CONTENIDO.
PLOTTER BUSCO UNA
EXPLICACIÓN...

HAY VEINTE
IGUALES,
PLOTTER...

... PARECEN LOS
PROGRAMAS MAGNÉTICOS
ANTIGUOS, LOS QUE
USAN LAS MÁQUINAS
QUE HACEN EL
MANTENIMIENTO
DE LAS LÍNEAS DE
MONTAJE DE
AUTOMATAS...



Y PROSEGUIMOS NUESTRO VIAJE;
PLOTTER, CON SU TRISMEGISTO
COMO UN AMULETO, Y YO,
CON MI EXTRAÑA CAJA NEGRA...



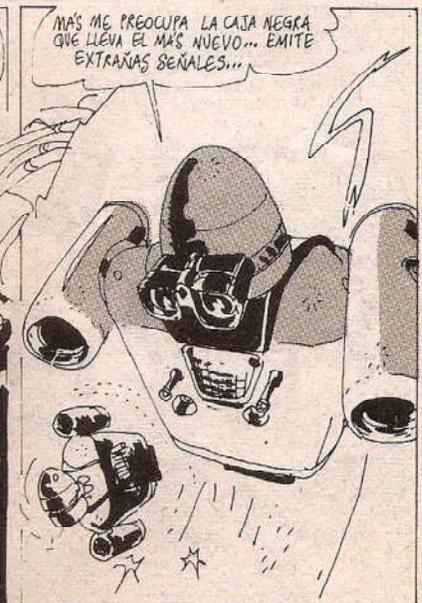
PERO NO ESTABAMOS SOLOS...

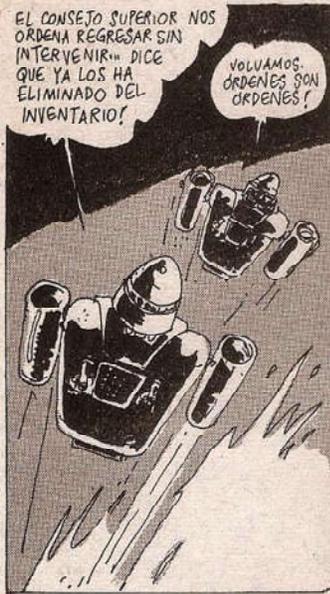
LOS ROBOTS DESOBEDECEN LA SEÑAL
DE REGRESAR, YA ENTRARON EN
EL CAMPO MAGNÉTICO
DE LA USINA...



EL MÁS VIEJO
LLEVA UNA IMAGEN
DE TRISMEGISTO...
¡PARA LO QUE
LE VA A
SERVIR!

MÁS ME PREOCUPA LA CAJA NEGRA
QUE LLEVA EL MÁS NUEVO... EMITE
EXTRAÑAS SEÑALES...





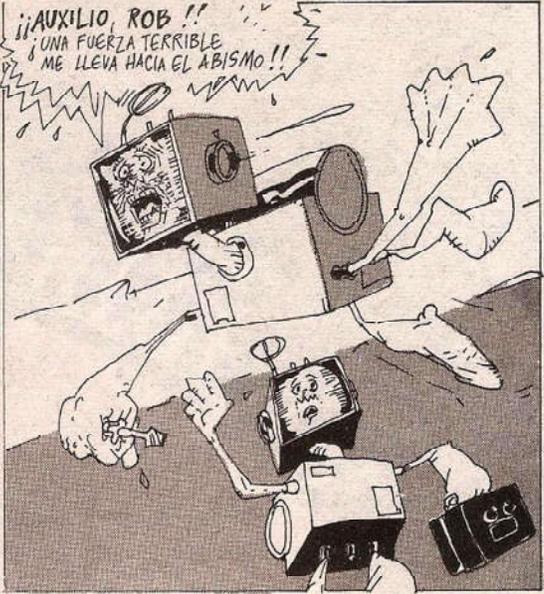
EL CONSEJO SUPERIOR NOS ORDENA REGRESAR SIN INTERVENIR... DICE QUE YA LOS HA ELIMINADO DEL INVENTARIO!

VOLVAMOS, ORDENES SON ORDENES!

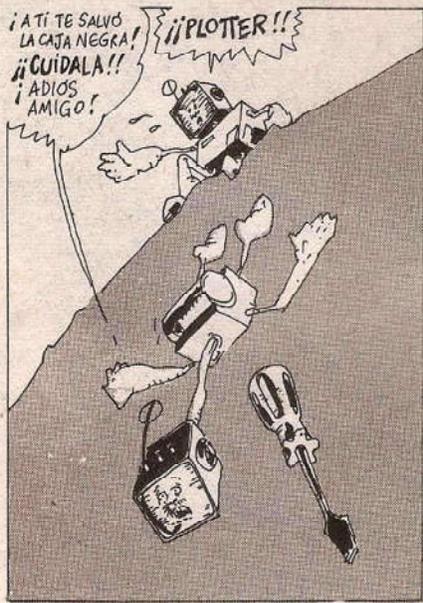


¡SE VAN, PLOTTER! POR UN INSTANTE TEMI QUE QUISIERAN LLEVARNOS DE VUELTA PARA RECICLARNOS!

NO TO UNA VIBRACION EXTRAÑA, SCANNER...

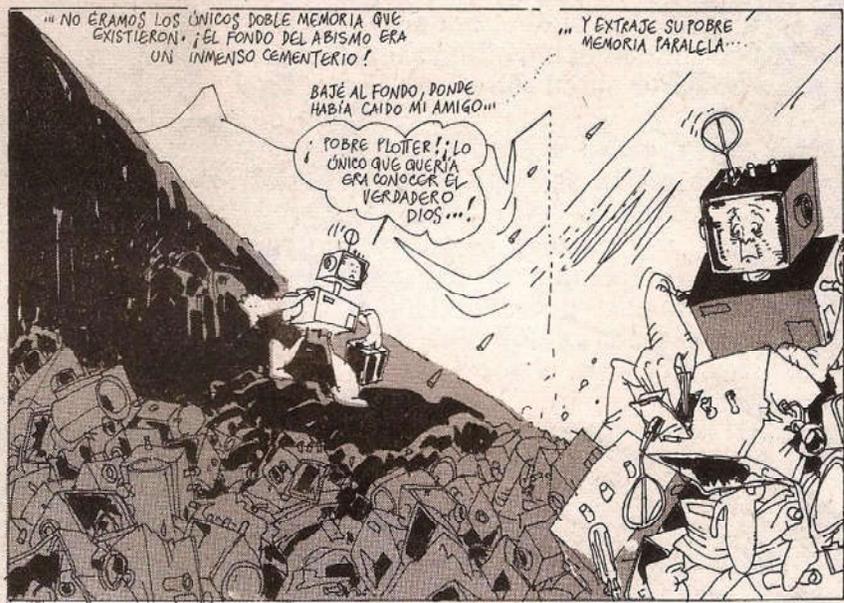


¡¡AUXILIO, ROB!! UNA FUERZA TERRIBLE ME LLEVA HACIA EL ABISMO!!



¡A TI TE SALVO LA CAJA NEGRA! ¡¡CUIDALA!! ¡ADIOS AMIGO!

¡¡PLOTTER!!

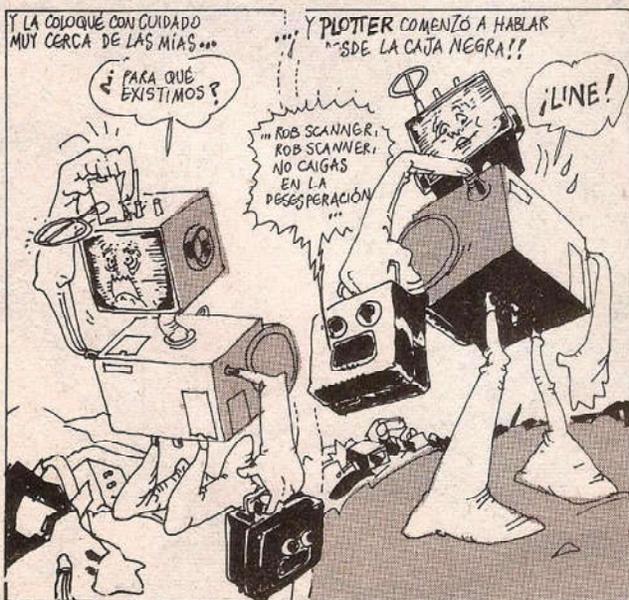


... NO ÉRAMOS LOS ÚNICOS DOBLE MEMORIA QUE EXISTIERON... ¡EL FONDO DEL ABISMO ERA UN INMENSO CEMENTERIO!

... Y EXTRAJE SU POBRE MEMORIA PARALELA...

BAJÉ AL FONDO, DONDE HABÍA CAIDO MI AMIGO...

POBRE PLOTTER!... LO ÚNICO QUE QUERÍA ERA CONOCER EL VERDADERO DIOS....!



Y LA COLOQUÉ CON CUIDADO MUY CERCA DE LAS MIAS...

¿PARA QUÉ EXISTIMOS?

Y PLOTTER COMENZÓ A HABLAR... ¡¡SDE LA CAJA NEGRA!!

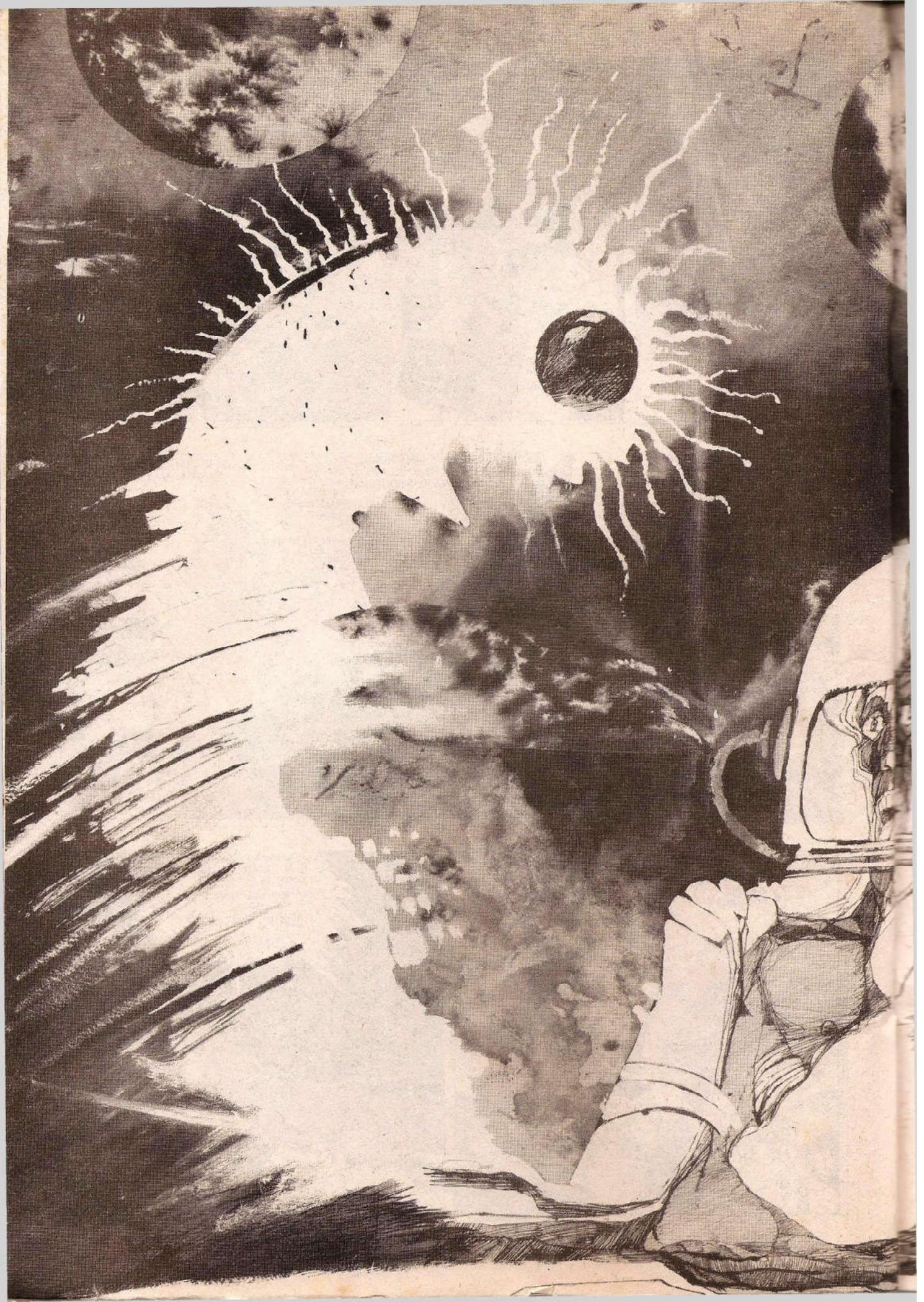
... ROB SCANNER, ROB SCANNER, NO CAIGAS EN LA DESESPERACIÓN...

¡LINE!



ACABO DE ENCONTRARME CON EL DIOS DE ATRÁS DE LOS DIOS DE LA MONTAÑA... NO SOLO ESTÁ AQUÍ... ¡¡ESTA EN TODAS PARTES!!

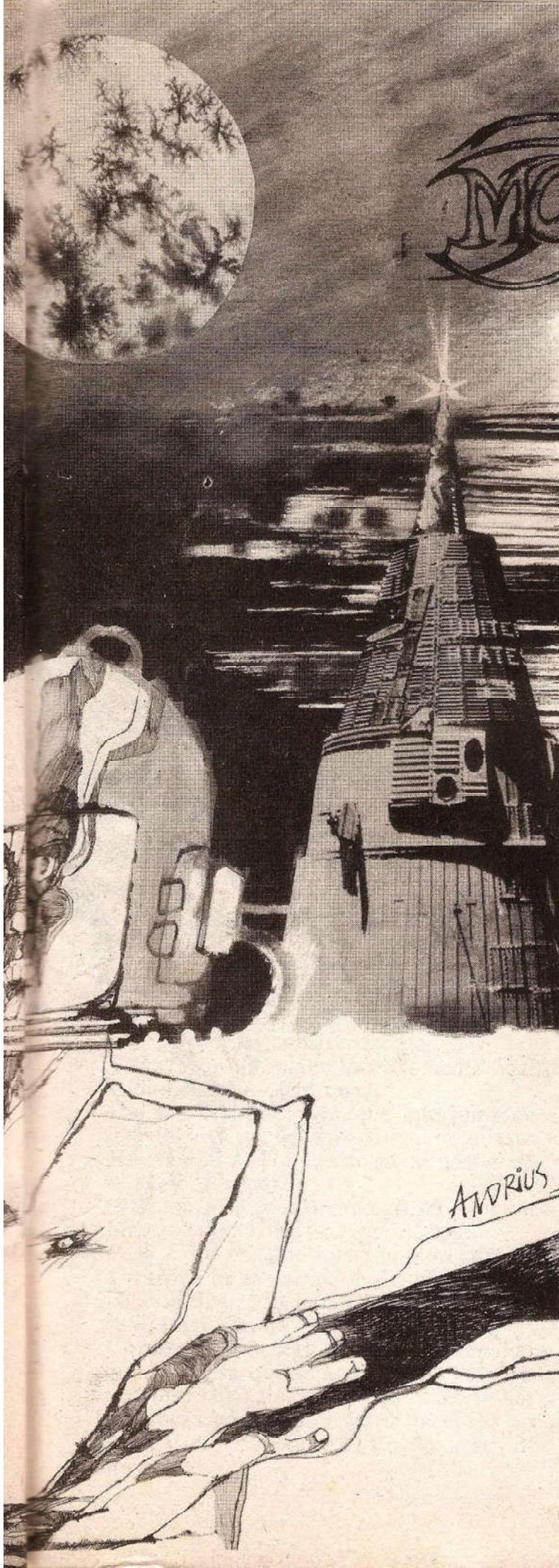
ALFONSO GONZALEZ WHITE



LOS MONSTRUOS

ROBERT SHECKLEY

Dibujos: Andrius



Cordovir y Hum estaban en la rocosa cima de la montaña mirando la novedad. Los dos se sentían bastante contentos. Sin duda era la cosa más nueva que había sucedido en algún tiempo.

—Por la forma en que brilla al sol —dijo Hum— yo diría que está hecho de metal.

—De acuerdo —dijo Cordovir—. Pero ¿qué lo sostiene en el aire?

Ambos miraban atentamente hacia el valle, allá abajo, donde ocurría la novedad. Un objeto puntiagudo flotaba sobre el suelo. De uno de los extremos le salía una sustancia parecida al fuego.

—Se balancea sobre el fuego —dijo Hum—. Hasta tu vista cansada lo tendría que notar con facilidad.

Cordovir, apoyado en la gruesa cola, alzó un poco más el cuerpo para ver mejor. El objeto se posó en el suelo y cesó el fuego.

—¿Bajamos a verlo más de cerca? —preguntó Hum.

—Bueno. Pienso que tenemos tiempo... ¡Espera! ¿Qué día es hoy?

Hum hizo un cálculo mental y dijo:

—El quinto día de Luggat.

—Maldita sea —dijo Cordovir—. Tengo que ir a casa a matar a mi mujer.

—Faltan algunas horas para la puesta del sol —dijo Hum—. Pienso que tienes tiempo para ambas cosas.

Cordovir no estaba seguro.

—No me gustaría nada llegar tarde.

—Está bien, entonces. Ya sabes lo rápido que soy —dijo Hum—. Si se nos hace tarde, yo volveré corriendo y te la mataré. ¿Qué te parece?

—Eres muy amable.

Cordovir le dio las gracias al joven, y los dos se deslizaron bajando por la abrupta ladera de la montaña.

Los dos hombres se detuvieron delante del objeto de metal, y alzaron la cabeza apoyados en las colas.

—Es un poco más grande de lo que pensé —dijo Cordovir, midiendo a ojo el objeto metálico. Calculó que era un poco más largo que su aldea, y casi la mitad de ancho. Se arrastraron describiendo un círculo alrededor, observando que el metal estaba trabajado, presumiblemente por tentáculos humanos.

A lo lejos el sol más pequeño se había puesto.

—Pienso que tendríamos que regresar —dijo Cordovir, al darse cuenta de que empezaba a oscurecer.

—Yo todavía tengo mucho tiempo.

Hum flexionó los músculos, complaciente.

—Sí, pero a uno le gusta matar a su mujer.

—Como quieras.

Los dos echaron a andar hacia la aldea a paso rápido.

En su casa, la mujer de Cordovir estaba terminando de cenar. Daba la espalda a la puerta, como lo exigía la etiqueta. Cordovir la mató con la cola, de un solo latigazo, arrastró el cuerpo fuera de la casa y se sentó a comer.

Después de la cena y la meditación, fue a la Reunión. Hum, con la impaciencia de la juventud, ya estaba allí, contando lo del objeto metálico. Quizá había tragado la cena sin siquiera masticarla, pensó Cordovir, con un poco de asco.

Cuando el joven terminó de hablar, Cordovir hizo sus propias observaciones. Lo único que agregó al relato de Hum fue una idea: que el objeto de metal podía llevar adentro seres inteligentes.

—¿Qué te hace pensar semejante cosa?

—preguntó Mishill, otro de los viejos.

—El hecho de que había fuego en el objeto cuando descendió —dijo Cordovir—, unido al hecho de que el fuego cesó al posarse el objeto. Estoy convencido de que algún ser vivo lo apagó.

—No necesariamente —dijo Mishill.

Los hombres de la aldea conversaron acerca del asunto hasta altas horas de la noche. Luego dieron por terminada la reunión, enterraron a las esposas asesinadas y fueron a sus casas.



Acostado en la oscuridad, Cordovir descubrió que todavía no tenía una idea clara acerca de la novedad. Suponiendo que el objeto llevase adentro seres inteligentes, ¿poseerían esos seres alguna forma de moral? ¿Tendrían sentido del bien y del mal? Cordovir lo dudaba, y se fue a dormir.

A la mañana siguiente todos los machos del pueblo fueron a ver el objeto de metal. Eso era normal, pues la función de los machos era examinar las cosas nuevas y limitar la población femenina. Formaron un círculo alrededor del objeto, discutiendo acerca de su posible contenido.

—Yo creo que son seres humanos —dijo Esktel, el hermano mayor de Hum. Cordovir meneó todo el cuerpo, en total desacuerdo.

—Es más probable que sean monstruos —dijo—. Si consideras. . .

—No necesariamente —dijo Esktel—. Pienso en la lógica de nuestro desarrollo físico. Un solo ojo. . .

—Pero en el gran Afuera —dijo Cordovir— puede haber muchas razas extrañas, la mayoría de ellas ni siquiera humanas. En la infinidad. . .

—A pesar de todo eso —respondió Esktel—, la lógica de nuestro. . .

—Como estaba diciendo —continuó Cordovir—, sólo existe una remota posibilidad de que se nos parezcan. Su vehículo, por ejemplo. ¿Nosotros construiríamos. . .?

—Pero en un plano estrictamente lógico —dijo Esktel—, ves que. . .

Esa era la tercera vez que interrumpían a Cordovir. Con un solo latigazo, aplastó a Esktel contra el objeto de metal. Esktel cayó al suelo, muerto.

—Siempre he considerado grosero a mi hermano —dijo Hum—. ¿Qué decías?

Pero Cordovir fue interrumpido otra vez. Un trozo de metal, parte del objeto metálico, crujió, giró hacia arriba y por el agujero salió una criatura.

Cordovir vio en seguida que había tenido razón. La cosa que se arrastró saliendo de la abertura tenía dos colas. Iba cubierta hasta la cabeza con algo en parte metálico y en parte cuero. ¡Y el color! Cordovir se estremeció.

La cosa era del color de carne despellejada y húmeda.

Todos los aldeanos habían retrocedido, para ver qué hacía la criatura. Al principio no hizo nada. Se quedó en la superficie de metal, moviendo de un lado a otro un objeto bulboso que tenía en la parte superior del cuerpo. Pero eso no iba acompañado por movimientos corporales que diesen significado a la acción. Finalmente, la cosa alzó los dos tentáculos e hizo algunos ruidos.

—¿Estará tratando de comunicarse? —preguntó Mishill, en voz baja.

Aparecieron otras tres criaturas en el agujero de metal, llevando unas varas metálicas en los tentáculos. Las cosas hacían ruidos, dirigiéndose unas a otras.

—Decididamente no son humanos —dijo Cordovir, con firmeza—. La siguiente pregunta es ¿poseen esos seres alguna forma de moral?

Una de las cosas bajó por el costado del objeto metálico hasta el suelo. Las demás apuntaron con las varas hacia abajo. Parecía alguna clase de ceremonia religiosa.

—Cosas tan horribles como éstas ¿podrán conocer la moral? —preguntó Cordovir; se le había encrespado la piel, a causa del asco. Al examinarlas más de cerca las criaturas resultaron ser más espantosas de lo que nadie podría soñar. Cordovir decidió que el objeto bulboso de la parte superior del cuerpo podía ser una cabeza, aunque no se parecían en nada a las cabezas que había visto. ¡Pero en el medio de esa cabeza! En vez de la superficie lisa característica, había una protuberancia alargada, con hendeduras a cada lado, dos arriba y dos abajo, seguidas más afuera por sendas prominencias. Y a la parte inferior de la cabeza (si es que de eso se trataba) la atravesaba un tajo de un color rojo pálido. Cordovir pensó que, forzando un poco la imaginación, se le podría llamar a eso boca.

Pero eso no era todo. ¡Las cosas estaban construidas de modo tal que mostraban la presencia de huesos! Cuando movían las extremidades, no era la acción fluida y uniforme de los seres humanos. Se parecía más al chasquido espasmódico de una rama de árbol.

—Dios de las alturas —jadeó Gilrig, un ma-

cho de edad intermedia—. ¡Tendríamos que matarlos y librarlos de esa desgracia! Otros hombres parecían compartir esa sensación, y los aldeanos empezaron a moverse, avanzando.

—¡Esperen! —gritó uno de los jóvenes—. Comuniquémonos con ellos, si es posible. Quizá conozcan la moral, a pesar de todo. Recuerden que el Afuera es ancho, y nada es imposible.

Cordovir propuso el inmediato exterminio, pero los aldeanos se detuvieron a discutir el asunto. Hum, con su característica valentía, se movió hasta la cosa que estaba en el suelo.

—Hola —dijo Hum.

La cosa dijo algo.

—No la entiendo —dijo Hum, y empezó a arrastrarse de vuelta. La criatura hizo ademanes con los tentáculos (si eran tentáculos) articulados y señaló uno de los soles. Emitió un sonido.

—Sí, es caliente, ¿verdad? —dijo Hum, alegre.

La criatura señaló el suelo, y emitió otro sonido.

—No hemos tenido muy buenas cosechas este año —dijo Hum, conversador.

La criatura se señaló a sí misma y emitió un sonido.

—Estoy de acuerdo —dijo Hum—. Eres fea como el pecado.

Luego los aldeanos se arrastraron de vuelta a la aldea. Hum se quedó y escuchó los ruidos que le hacían aquellos seres, y Cordovir esperó nervioso a Hum.

—Sabes una cosa —dijo Hum, cuando se reunió con Cordovir—. Pienso que quieren aprender nuestro idioma. O quieren que yo aprenda el de ellos.

—No lo hagas —contestó Cordovir, vislumbrando el borroso borde de un gran mal.

—Creo que lo voy a hacer —murmuró Hum. Juntos treparon por los acantilados rumbo a la aldea.

Esa tarde Cordovir fue al corral de hembras sobrantes y le preguntó formalmente a una joven si reinaría en su casa durante veinticinco días. La mujer, por supuesto, aceptó agradecida.

Camino a casa, Cordovir se encontró con Hum, que iba hacia el corral.

—Acabo de matar a mi mujer —dijo Hum, en tono casual, pues ¿qué otra cosa podría ir



a hacer al corral?

—¿Mañana vuelves junto a las criaturas?

—preguntó Cordovir.

Tal vez —respondió Hum—, si no se presenta nada nuevo.

—Lo que hay que descubrir es si tienen moral o si son monstruos.

—Es cierto —dijo Hum, y siguió arrastrándose.

Esa noche, después de la cena, hubo una Reunión. Todos los aldeanos estuvieron de acuerdo en que las cosas no eran humanas. Cordovir sostuvo enérgicamente que su mera apariencia desmentía cualquier atisbo de humanidad. Nada tan horrendo podía tener normas morales, sentido del bien y del mal y, sobre todo, noción de la verdad.

Los jóvenes no estuvieron de acuerdo, quizá porque en los últimos tiempos había habido escasez de novedades. Señalaban que el objeto de metal era sin duda producto de la inteligencia. La inteligencia significa, axiomáticamente, pautas de diferenciación. La diferenciación entraña discernimiento entre el bien y el mal.

Fue una discusión deliciosa. Olgoel contradijo a Arast, y fue asesinado por éste. Mavrt, en un arranque de rabia poco común para una persona tan tranquila, mató los tres hermanos Holian y fue muerto a su vez por Hum, que estaba quisquilloso. Hasta se oía la discusión de las mujeres sobrantes del corral, allá en un rincón de la aldea.

Cansados y felices, los aldeanos se fueron a dormir.

En las siguientes semanas no se agotó la discusión, pero la vida en la aldea continuó como siempre. Las mujeres salían por la mañana, juntaban alimentos, los preparaban, y ponían huevos. Los huevos los llevaban a las hembras sobrantes para que los empollasen. Como de costumbre, salían ocho hembras por cada macho. En el vigésimo quinto día de cada matrimonio o un poco antes, cada hombre mataba a su mujer y tomaba otra. Los machos bajaban hasta la nave, para escuchar cómo Hum aprendía el lenguaje de las cosas; luego, cuando se aburrían, volvían a los acostumbrados paseos por colinas y bosques, buscando novedades.

Los extraños monstruos no salían de la nave más que cuando Hum estaba allí.

Veinticuatro días después de la llegada de los no humanos, Hum anunció que de algún modo se podía comunicar con ellos.

—Dicen que vienen de muy lejos —les explicó Hum esa noche, en al aldea—. Dicen que son bisexuales como nosotros, y que son humanos como nosotros. Dicen que hay razones para que tengan esa apariencia tan diferente, pero esa parte no la entendí.

—Si los aceptamos como humanos —dijo Mishill—, entonces todo lo que digan es verdad.

Los demás aldeanos asintieron.

—Dicen que no quieren perturbar nuestro modo de vida, pero que les interesaría mucho observarlo. Quieren venir a la aldea y echar una ojeada.

—No veo ninguna razón para negárselo —dijo uno de los más jóvenes.

—¡No! —gritó Cordovir—. ¿Quieres que el mal entre en la aldea? Esos monstruos son solapados. ¡Estoy convencido de que son capaces de... decir una falsedad!

Los mayores pensaron lo mismo, pero luego, apremiado, Cordovir no encontró pruebas para sostener tan feroz acusación.

—Después de todo —señaló Sil—, el hecho de que parezcan monstruos no tiene por qué llevarnos a creer que piensen como monstruos.

—A mí sí —dijo Cordovir, pero lo derrotaron en la votación.

Hum siguió hablando.

—Me han ofrecido... o nos han ofrecido, no estoy seguro, varios objetos de metal que, dicen, sirven para varias cosas. Yo no hice caso de esta violación de la etiqueta, pues consideré que su nivel no les permitía nada mejor.

Cordovir asintió. El joven estaba creciendo. Empezaba, por fin, a mostrar un poco de educación.

—Quieren venir a la aldea mañana.

—¡No! —gritó Cordovir, pero perdió en la votación.

—Ah, casi me olvidaba —dijo Hum, cuando ya se estaba disolviendo la reunión—. Hay entre ellos varias hembras. Las que tienen bocas coloradas son hembras. Será interesante ver cómo las matan los machos. Mañana es el vigésimo quinto día de su llegada.

Al día siguiente las cosas llegaron a la al-

dea. arrastrándose lenta y trabajosamente por los acantilados. Los aldeanos pudieron observar la extrema fragilidad de aquellos miembros, la terrible torpeza de aquellos movimientos.

—No hay nada de belleza —murmuró Cordovir—. Y todos parecen iguales.

En la aldea las cosas actuaron sin ninguna clase de decencia. Gateaban entrando y saliendo de las chozas. Parlotearon entre ellos mientras recorrían el corral de hembras sobrantes. Recogieron huevos y los examinaron. Espiaron a los aldeanos a través de cosas negras y de cosas brillantes.

En la mitad de la tarde, Rantan, un viejo, decidió que era hora de matar a la mujer. Apartó a la cosa que le estaba investigando la choza y aplastó a la hembra de un latigazo.

Instantáneamente, dos de las cosas comenzaron a farfullar entre ellas, y salieron corriendo de la choza.

Una tenía la boca colorada de las hembras.

—Ese debe haber recordado que era hora de matar a su propia mujer —observó Hum. Los aldeanos esperaron, pero no ocurrió nada.

—Tal vez —dijo Rantan—, tal vez le gusta que alguien se la mate. Podría ser la costumbre en su tierra.

Sin esperar más, Rantan azotó a la hembra con su propia cola.

La criatura macho hizo un ruido terrible, y apuntó hacia Rantan con una vara metálica. Rantan se desplomó, muerto.

—Es muy raro —dijo Mishill—. ¿Será una señal de desaprobación?

Las cosas del objeto de metal, ocho, formaban un apretado círculo. Una sostenía a la hembra muerta, y las demás apuntaban con las varas metálicas hacia todos lados. Hum se acercó y les preguntó qué pasaba.

—No entiendo —dijo Hum, después de hablar con ellos—. Usaron palabras que no he aprendido. Pero tengo la impresión de que su emoción dominante es de reproche.

Los monstruos retrocedían. Otro aldeano, decidiendo que era la hora, mató a su mujer, que estaba en la puerta.

El grupo de monstruos se detuvo, y par-

lotearon entre ellos. Luego llamaron por señas a Hum.

Después de hablar con ellos, los movimientos del cuerpo de Hum reflejaron su incredulidad.

—Si entendí bien —dijo Hum—, ¡nos ordenan que no matemos a más de nuestras mujeres!

—¡Qué! —gritaron Cordovir y otra docena de aldeanos.

—Iré a preguntar de nuevo.

Hum volvió a conversar con los monstruos, que blandían varas metálicas en los tentáculos.

—Es así —dijo Hum. Sin más, dio un golpe en el aire con la cola, lanzando a uno de los monstruos por encima de la plaza de la aldea. Entonces, los otros retrocedieron rápidamente, apuntando con las varas.

Después que se fueron, los aldeanos descubrieron que había diecisiete muertos. Por casualidad, a Hum no le había tocado.

—¡Ahora me creerán! —gritaba Cordovir—. ¡Las ciraturas dijeron una *falsedad deliberada*! Dijeron que no nos molestarían, ¡y luego mataron a diecisiete de nosotros! No es sólo un acto amoral: ¡es una *decisión mortal planificada*!

Era casi inconcebible para un ser humano.

—¡Una falsedad deliberada!

Cordovir repetía a gritos la blasfemia, enfermo de asco. Los hombres rara vez hablaban de la posibilidad de que alguien dijese una falsedad.

Los aldeanos estaban fuera de sí. La idea de una criatura *falsa* los había sorprendido y enfurecido. ¡Y, por si eso fuera poco, estaba la decisión mortal planificada de los monstruos!

Era la materialización de la más terrible de las pesadillas. De pronto resultó evidente que esas criaturas no mataban a sus hembras. Sin duda las dejaban desovar en total libertad. Esa sola idea bastaba para revolverle el estómago al hombre más fuerte.

Las hembras sobrantes escaparon de los corrales y, acompañadas por las esposas de los aldeanos, exigieron información sobre lo que estaba pasando. Cuando se enteraron, su indignación duplicó la de los hombres: así es la naturaleza femenina.

—¡Mátelos! —rugieron las hembras so-

brantes—. ¡No permitan que cambien nuestras costumbres! ¡Que no nos contaminen con su inmoralidad!

—Es verdad —dijo Hum triste—. Tendría que haberme dado cuenta.

—¡Deben matarlos inmediatamente! —gritó una hembra. Como era de las sobrantes no tenía nombre por el momento, pero compensaba eso con una incendiaria personalidad.

—Nosotras, las mujeres, sólo deseamos llevar vidas morales y decentes, incubando huevos en el corral, hasta el momento del matrimonio. Y luego, ¡veinticinco días de éxtasis! ¿Qué más podríamos desear? Esos monstruos destruirán nuestro modo de vida. ¡Nos harán tan terribles como ellos!

—¿Comprenden ahora? —gritó Cordovir, dirigiéndose a los aldeanos—. ¡Yo lo dije, yo lo advertí, y ustedes no me hicieron caso! ¡Los jóvenes deben escuchar a los viejos en tiempos de crisis!

Era tanta su rabia que mató a dos jóvenes con un golpe de cola. Los demás aplaudieron.

—¡Echémoslos —gritó Cordovir— antes de que nos corrompan!

Todas las hembras corrieron a matar a los monstruos.

—Tienen varas de la muerte —advirtió Hum—. ¿Las hembras lo saben?

—No creo —dijo Cordovir. Ahora estaba completamente tranquilo—. Deberías ir a avisarles.

—Estoy cansado —dijo Hum, de mal humor—. Estuve traduciendo. ¿Por qué no vas tú?

—Bueno, vayamos los dos —dijo Cordovir, aburrido de los caprichos adolescentes del joven. Acompañados por la mitad de los aldeanos, corrieron detrás de las hembras.

Las alcanzaron en el borde del acantilado desde donde se veía el objeto. Hum les explicó lo de las varas de la muerte mientras Cordovir consideraba el problema.

—Hagan rodar piedras hacia ellos —les dijo a las hembras—. Quizá puedan romper el metal del objeto.

Las hembras se pusieron con gran energía a empujar piedras, haciéndolas rodar acantilado abajo. Algunas de esas piedras rebotaban en el metal del objeto. Inmediatamente

salieron del objeto unas líneas de fuego rojo que mató a varias hembras. El suelo tembló.

—Retrocedamos —dijo Cordovir—. Las hembras se están encargando del asunto, y estos temblores de tierra me marean.

Acompañados por el resto de los machos, se apartaron hasta una distancia segura y observaron la acción.

Las mujeres morían a diestra y siniestra, pero eran reforzadas por mujeres de otras aldeas que se habían enterado de la amenaza. Ahora luchaban por sus hogares, por sus derechos, y eran más feroces de lo que jamás podrían ser los hombres. El objeto arrojaba fuego sobre todo el acantilado, pero eso sólo conseguía desprender más piedras que llovían sobre la cosa. Finalmente, unos gigantescos fuegos brotaron de un extremo del objeto metálico.

Se inició un derrumbe, y el objeto subió en el aire justo a tiempo. Apenas consiguió esquivar la montaña; luego se elevó constantemente hasta que fue un punto negro en la cara del sol mayor. Y allí desapareció.

Esa noche se descubrió que habían sido muertas cincuenta y tres hembras. Era una suerte, pues así se reducía la población de hembras sobrantes. Ahora el problema sería más grave, pues de un solo golpe habían desaparecido diecisiete machos.

Cordovir se sentía muy orgulloso de sí mismo. Su mujer había muerto gloriosamente en la lucha, pero tomó otra en seguida.

—Durante un tiempo tendremos que matar a nuestras mujeres en plazos más cortos que los veinticinco días —dijo, en la reunión nocturna—. Hasta que las cosas se normalicen.

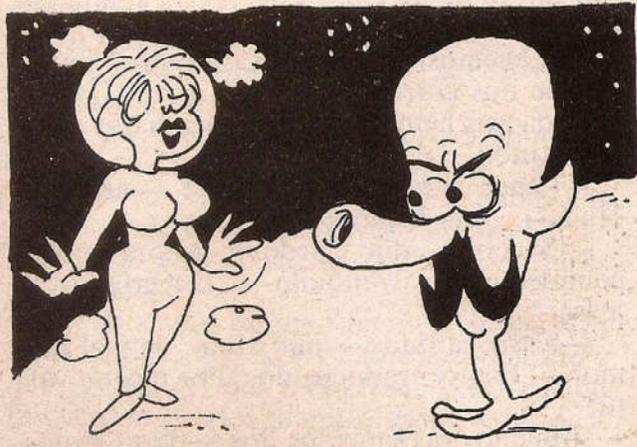
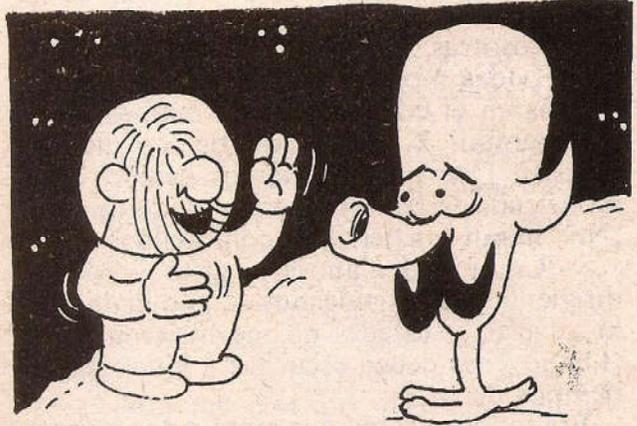
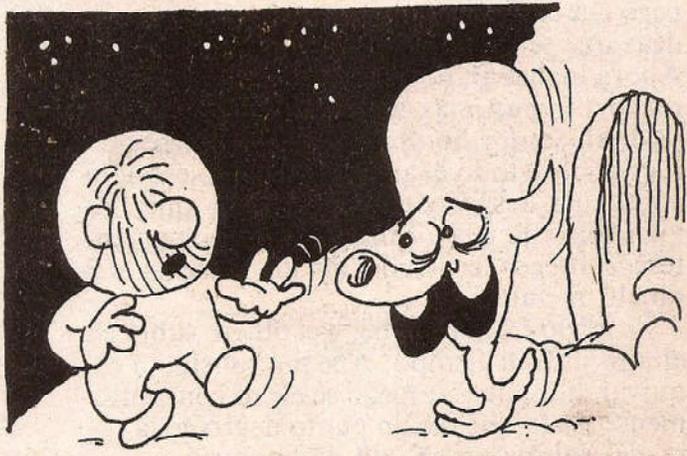
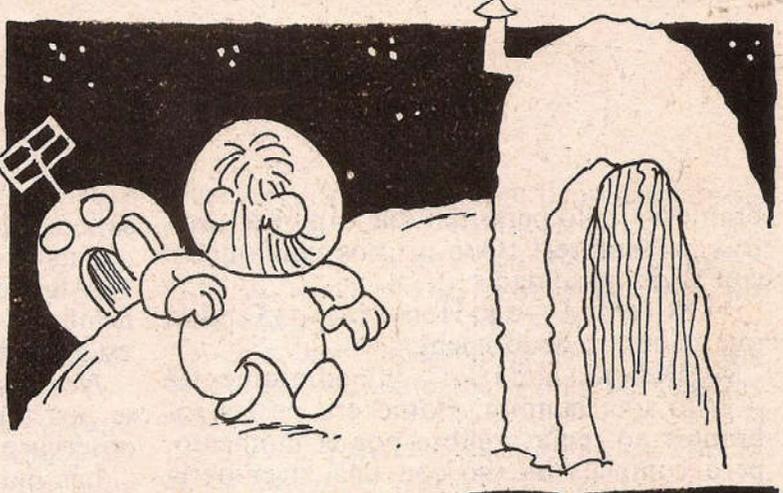
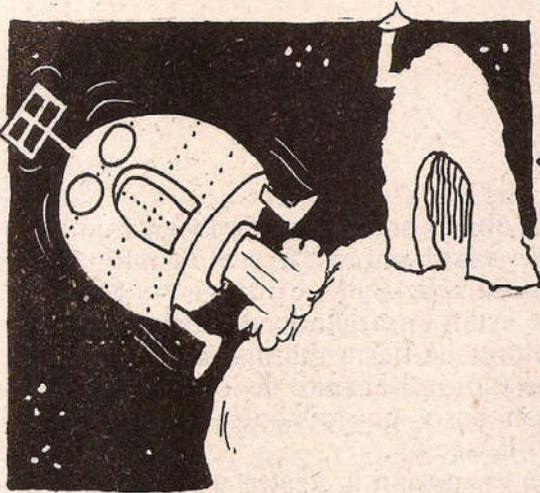
Las hembras sobrevivientes, allá en el corral, oyeron esas palabras y aplaudieron con frenesí.

—Estoy pensando a dónde habrán ido esas cosas —dijo Hum, planteando el problema a la reunión.

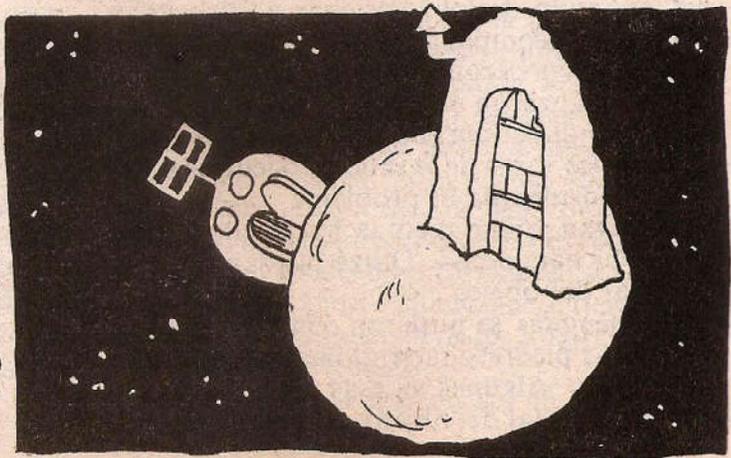
—Tal vez a esclavizar alguna raza indefensa —dijo Cordovir.

—No necesariamente —opinó Mishill, inaugurando la discusión nocturna.

CILENCIO



silencio →

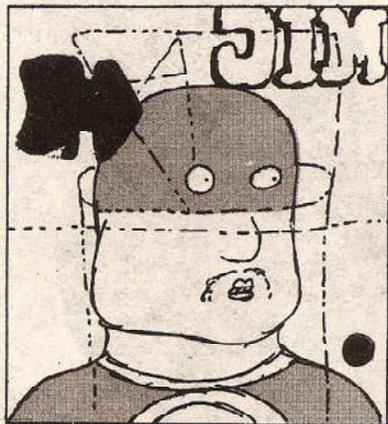




EN NUESTRA MANZANA

R. A. LAFFERTY

Dibujos: Limura



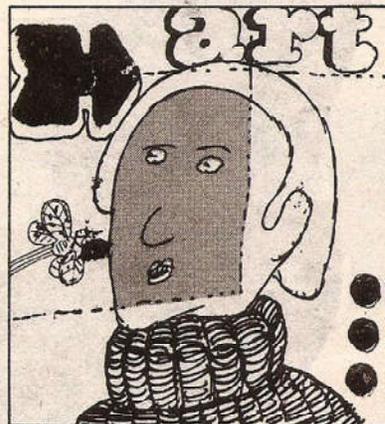
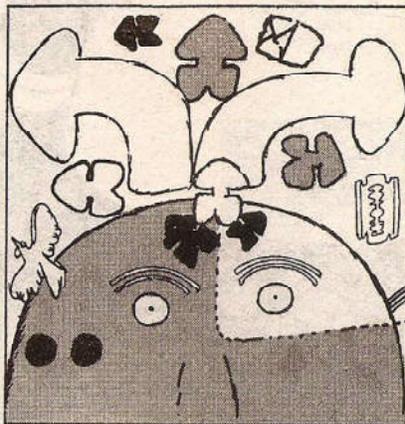
Había mucha gente rara en esa manzana.

—¿Caminaste alguna vez por esa calle? —le preguntó Art Slick a Jim Boomer, con quien acababa de encontrarse.

—No desde que era chico. Después que el incendio destruyó la fábrica de mamelucos, un curandero plantó allí su carpa un verano. La calle no tiene más que una cuadra de largo, y muere en el terraplén del ferrocarril. Nada más que un puñado de casuchas precarias y baldíos cubiertos de malezas. Hoy, sin embargo, las casuchas tienen un aspecto diferente, y parece que fueran más. Creía que las habían demolido a todas hace algunos meses.

—Jim, estuve observando esa primera casita durante dos horas. Había allí un tractor esta mañana, con un acoplado de doce metros, y lo llenaron hasta el tope con lo que sacaron de adentro. Por ese tubo bajaron cajas de cartón de veinte centímetros por veinte centímetros por un metro. Debían de pesar más de quince kilos cada una, por la forma en que los hombres las manipulaban. Jim, cargaron con ellas ese acoplado, hasta el tope, y luego se fueron.

—¿Y eso qué tiene de malo, Art?
—Jim, te dije que llenaron hasta el tope ese acoplado. Por la veloci-



dad al arrancar debía de llevar una carga de unos treinta mil kilos. Cargaron una caja cada tres segundos y medio, durante dos horas; eso da dos mil cajas.

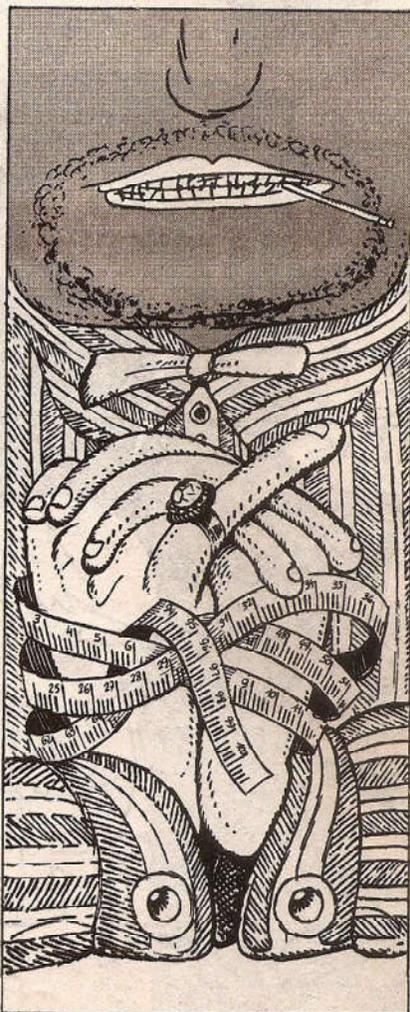
—Claro, hoy día muchos acoplados cargan más peso del permitido. La ley no se aplica muy estrictamente.

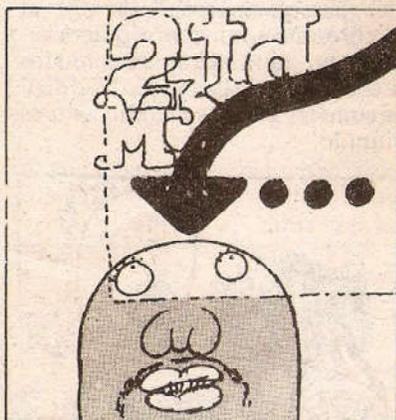
—Jim, esa casucha no es más que una caja de galletitas de dos metros de lado. La mitad está ocupada por una puerta y adentro hay un hombre sentado en una silla detrás de una mesita. No se podría meter nada más en esa mitad. La otra mitad está ocupada por lo que sea que baja por ese tubo. Se podrían cargar seis de esas casuchas en el acoplado.

—Midámosla —dijo Jim Boomer—. A lo mejor es más grande de lo que parece.

Había un letrero en la entrada: *Haga Venta Despachamos de Todo a Precios Bajos*. Jim Boomer midió el edificio con una vieja cinta métrica de acero. La casucha era un cubo de dos metros, y no tenía recovecos. Estaba montada sobre unos pilares de ladrillos rotos, y se veía debajo.

—Le vendo por un dólar una nueva cinta métrica de acero, de quince metros de largo —dijo el hombre que estaba sentado en la silla— Tire esa vieja a la basura.





El hombre sacó una cinta métrica de acero del cajón del escritorio, aunque Art Slick estaba seguro de que un momento antes la mesa había sido una simple tapa lisa, sin sitio para cajones.

—Totalmente retráctil, con deslizamiento Dort y giro Ramsey; y forma su propio estuche. Un dólar —dijo el hombre.

Jim Boomer le pagó un dólar.

—¿Cuántas tiene?

—En diez minutos puede tener cien mil listas para ser despachadas —dijo el hombre—. Ochenta y ocho centavos cada una en partidas de cien mil.

—¿Era una carga de cintas métricas de acero lo que despachó esa mañana? —le preguntó Art al hombre.

—No, eso debía de ser otra cosa. Esta es la primera cinta métrica de acero que he hecho en mi vida. Se me ocurrió la idea cuando lo vi a usted midiendo mi casa con esa antigualla.

Art Slick y Jim Boomer fueron hasta la decrepita construcción de al lado. Era más pequeña, un cubo de aproximadamente un metro ochenta de frente y el letrero decía *Estenografía Pública*. Desde adentro llegaba el repiqueteo de una máquina de escribir, pero el ruido cesó cuando ellos abrieron la puerta.

Una muchacha morena, bonita, estaba sentada en una silla delante de una pequeña mesa. No había nada más en la habitación, y ninguna máquina de escribir.

—Me pareció oír una máquina de escribir aquí dentro —dijo Art.

—Ah, soy yo. —La muchacha sonrió—. A veces me divierto haciendo ruidos de máquina de escribir: esos son los ruidos que, se supone, debe hacer una estenografía.

—¿Qué haría si alguien viniera a pedirle algún trabajo a máquina?

—¿Qué le parece? Claro que lo hago.

—¿Podría pasarme a máquina una carta?

—Seguro yo puedo, hombre amigo, veinticinco centavos la página, buen trabajo, copia carbónica, sobre y estampilla.

—Ah, veamos cómo la hace. Le dictaré mientras usted la escribe.

—Primero usted dicta. Después yo escribo. Absurdo mezclar dos cosas al mismo tiempo.

Art dictó una carta larga y complicada que desde hacía varios días quería escribir. Se sentía ridículo tarareando la carta mientras la chica se limaba las uñas.

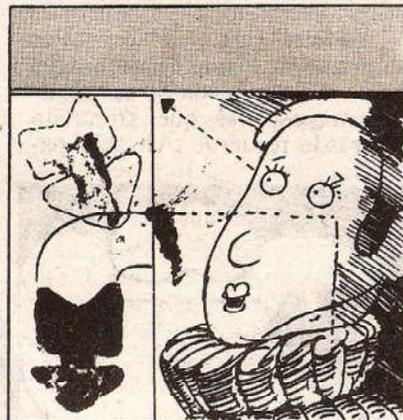
—¿Por qué una estenografía pública siempre se sienta limándose las uñas? —preguntó mientras Art recitaba—. Pero trato de hacerlo bien, limo bien cortitas, hago crecer de nuevo, luego limo bien cortitas otro poco. Lo estuve haciendo toda la mañana. Parece tonto.

—Mmmm... eso es todo —dijo Art cuando hubo terminado de dictar.

—¿Sin P.S. Cariños y Besos? —preguntó la muchacha.

—Un poco difícil. Es una carta de negocios a una persona que apenas conozco.

—Yo siempre digo P.S. Cariños y Besos a personas que apenas conozco —dijo la joven—. Su carta tendrá tres páginas, setenta y cinco centavos. Por favor, se van afuera por diez segundos y yo escribo. No puedo si miran.



Los empujó afuera y cerró la puerta.

Luego reinó el silencio.

—¿Qué está haciendo ahí adentro, muchacha? —gritó Art.

—¿Le vendo también un curso de memoria? ¿Ya se olvidó? Le estoy pasando la carta —gritó la chica.

—Pero yo no oigo ninguna máquina de escribir.

—¿Qué? También quiere verosimilitud. Le cobraría extra.

Se oyó una risita y luego el sonido de una máquina rapidísima durante unos cinco segundos.

La joven abrió la puerta y le entregó a Art la carta de tres páginas. Por supuesto, estaba perfectamente mecanografiada.

—Hay algo un poco raro en esto —dijo Art.

—Ah, las faltas gramaticales de la carta son suyas, señor. ¿Tendría que haberlas corregido?

—No. Es otra cosa. Dígame la verdad, muchacha: ¿cómo hace su vecino para despachar camiones repletos de mercaderías de un edificio diez veces demasiado pequeño para almacenarlas?

—Baja los precios.

—Bueno, ¿qué son ustedes? Su vecino de al lado se parece a usted.

—Mi tío-hermano. A todo el mundo le decimos que somos indios anónimos.

—Esa tribu no existe —dijo rotundamente Jim Booner.

—¿No? Entonces tendremos que decirle a la gente que somos otra cosa. Tiene que admitir que suena a indio. ¿Cuáles son los indios mejores?

—Los shawnees —dijo Jim Boomer.

—Bueno, entonces nosotros ser indios shawnees. ¿Ve que fácil es?

—Yo soy un shawnee y conozco a todos los shawnees de la ciudad

—¡Hola, primo! —exclamó la joven, y le guiñó el ojo—. Eso lo aprendo de un chiste, sólo el empuce era diferente. Fíjese lo zorra que soy con sus preguntas.

—Me tiene que devolver veinticinco centavos de mi dólar —dijo Art.

—Ya lo sé —dijo la chica—. Por un minuto me olvidé del dibujo del reverso de la moneda de veinticinco centavos, así que tranquilo mientras lo recuerdo. Ah, sí, el pa-

Art hubiera creído que las había sacado de las mangas, pero no tenía mangas. Las cervezas estaban frías y eran excelentes.

—Muchacha, ¿sabes cómo se las arregla el tipo de la esquina para cargar un camión con mercadería que saca de un lugar donde no cabría ni la décima parte? —le preguntó Art a la chica.

—Claro. La hace y la carga al mismo tiempo. Así no ocupa espacio, como sucedería si la hiciera antes.

—Pero la tiene que hacer con algo —terció Jim Boomer.

—No, no —dijo la muchacha—. Yo estudio tu idioma. Conozco palabras. Con algo es armar, no hacer. El hace.

—¡Qué raro! —Slick estaba perplejo—. Budweiser está mal escrito en esta botella, la *i* antes de la *e*.

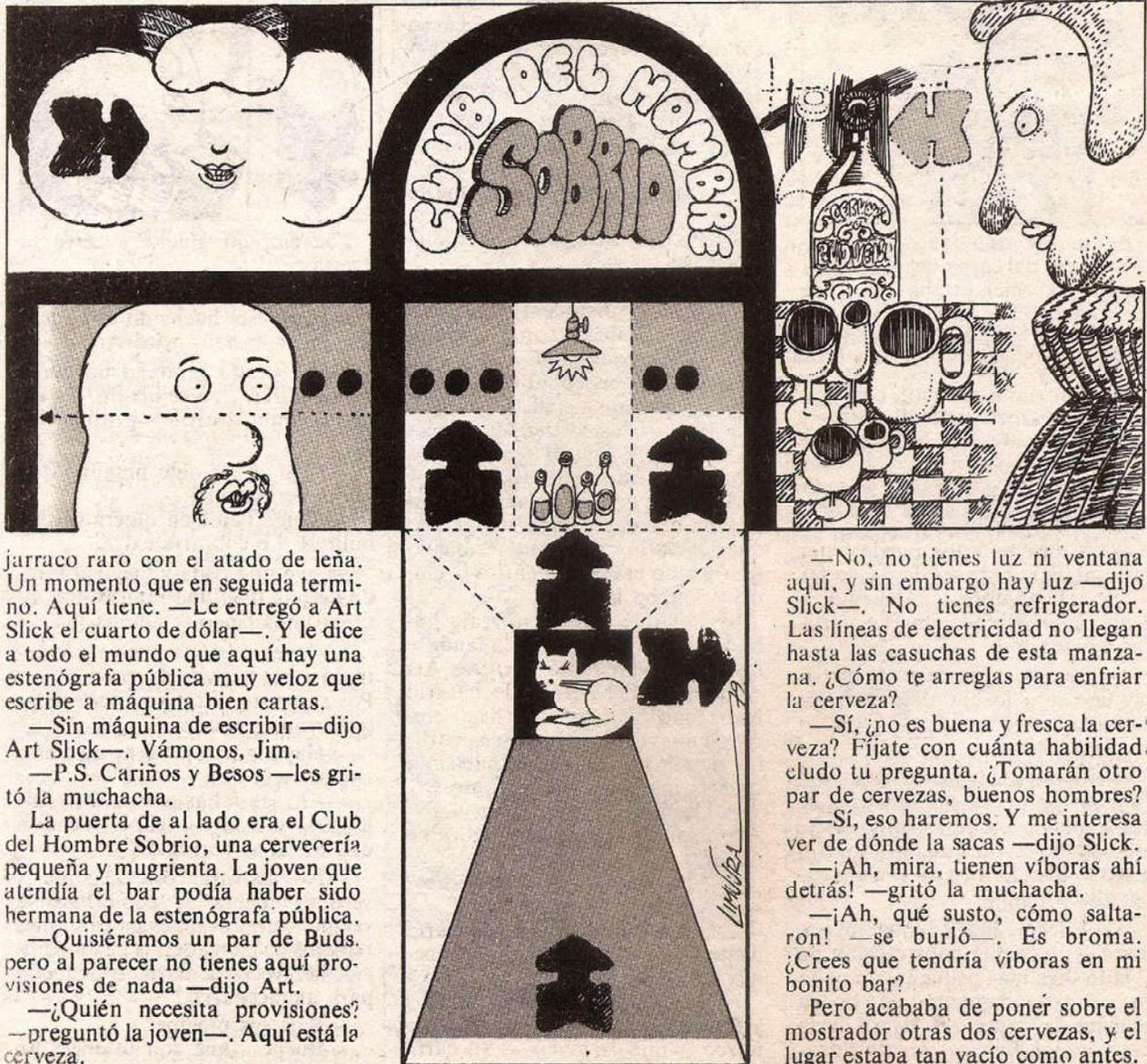
—Ah, yo meto la pata —dijo la muchacha—. No podía recordar cómo era, así que lo pongo de una

manera en una botella y de otra en la otra. Ayer un hombre pidió una botella de cerveza Progress y yo puse Progers en la botella. A veces me equivoco. A ver, deja que arregle la tuya.

Pasó la mano por la etiqueta y la corrigió.

—Pero esto se graba y después se reproduce —protestó Slick.

—Ah, claro, todas esas fantasías es así —dijo la chica—. Tengo que tener más cuidado. Una vez me olvidé y puse cerveza gusto Jax en una botella Schlitz y al hombre no le gustó. Tuve que fiic cambiarle el gusto mientras fingía cambiarle la botella. Una vez olvidé e hice cerveza de botella verde en botella marrón. "Es la luz de aquí que la hace parecer marrón", le dije al hombre. Demonios, ni siquiera tenemos luz aquí. Me apuré como loca e hice la botella verde. Es difícil no cometer errores cuando uno es estúpido.



jarraco raro con el atado de leña. Un momento que en seguida termino. Aquí tiene. —Le entregó a Art Slick el cuarto de dólar—. Y le dice a todo el mundo que aquí hay una estenógrafa pública muy veloz que escribe a máquina bien cartas.

—Sin máquina de escribir —dijo Art Slick—. Vámonos, Jim.

—P.S. Cariños y Besos —les gritó la muchacha.

La puerta de al lado era el Club del Hombre Sobrio, una cervecería pequeña y mugrienta. La joven que atendía el bar podía haber sido hermana de la estenógrafa pública.

—Quisiéramos un par de Buds, pero al parecer no tienes aquí provisiones de nada —dijo Art.

—¿Quién necesita provisiones? —preguntó la joven—. Aquí está la cerveza.

—No, no tienes luz ni ventana aquí, y sin embargo hay luz —dijo Slick—. No tienes refrigerador. Las líneas de electricidad no llegan hasta las casuchas de esta manzana. ¿Cómo te arreglas para enfriar la cerveza?

—Sí, ¿no es buena y fresca la cerveza? Fíjate con cuánta habilidad eludo tu pregunta. ¿Tomarán otro par de cervezas, buenos hombres?

—Sí, eso haremos. Y me interesa ver de dónde la sacas —dijo Slick.

—¡Ah, mira, tienen víboras ahí detrás! —gritó la muchacha.

—¡Ah, qué susto, cómo saltaron! —se burló—. Es broma. ¿Crees que tendría víboras en mi bonito bar?

Pero acababa de poner sobre el mostrador otras dos cervezas, y el lugar estaba tan vacío como antes.

—¿Cuánto hace que llegaron a esta manzana, pájaros extraviados? —preguntó Boomer.

—¿Quién lleva la cuenta? —dijo la chica—. La gente va y viene.

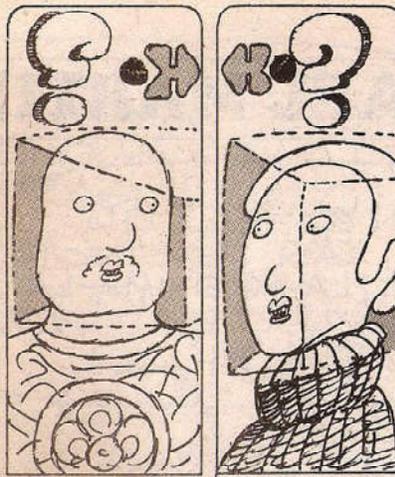
—Pero ustedes no son de por aquí —dijo Slick—. No son de ninguna parte que yo conozca. ¿De dónde vienen? ¿De Júpiter?

—¿A quién le puede interesar Júpiter? —La muchacha parecía indignada—. ¡Allí sólo se puede tratar con insectos! ¡Además se te congela la cola!

—¿No serás una bromista, muchacha? —preguntó Slick.

—Te aseguro que hago todo lo posible. Aprendo un montón de chistes, pero todavía los cuento mal. Progreso, sin embargo. Trato de ser ocurrente, así la gente vuelve.

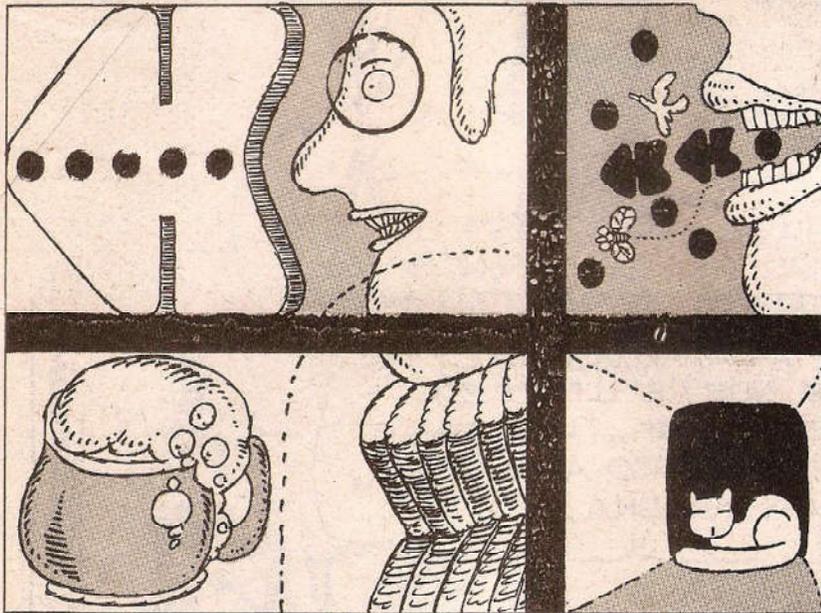
—No recuerdo haber visto esta hace unos minutos —le dijo Boomer al hombre que había en la



—Ah, claro. ¿Tú no?

Había tres o cuatro negocios más en esas casuchas de la manzana. A los dos amigos, cuando entraron en el Club del Hombre Sobrio, les pareció que antes no había tantas.

—Esto llama menos la atención —dijo el hombre—. ¿Quién se da cuenta cuando aparece de repente un edificio viejo? Somos nuevos aquí, y queremos tantear un poco las cosas antes de atraer la aten-



puerta de la última casucha de la hilera.

—Oh, acabo de hacerla —dijo el hombre.

Tablones carcomidos, clavos oxidados... y acababa de hacerla.

—¿Por qué, ya que estaba en eso no construyó... algo más decente? —preguntó Slick.

—¿Qué hay en la casucha de al lado, yendo hacia las vías?

—Mi prima-hermana —dijo la joven—. Hoy mismo se instaló con ese negocio. Hace crecer pelo de cualquier color en las cabezas de los pelados. Yo le digo que está chiflada. No es negocio. Para empezar, si quisieran pelo no serían pelados.

—Bueno, ¿pero puede hacer crecer pelo en el cráneo de un hombre pelado? —preguntó Slick.

ción. Ahora estoy tratando de pensar qué puedo hacer. ¿Creen que habrá mercado para automóviles de lujo a cien dólares? Sospecho, sin embargo, que cuando los haga tendré que respetar los sentimientos religiosos locales.

—¿Qué es eso? —preguntó Slick.

—El culto de los antepasados. El viejo tanque de gasolina y el vetusto sistema de combustión sobreviven todavía como vestigios, pese a que ya se dispone de energía natural. Ah, bueno, tendré que ponerlos. Haré uno en tres minutos. si ustedes quieren esperar.

—No, ya tengo un coche —dijo Slick—. Vámonos, Jim.

Aquella era la última cuadra, así que regresaron.

—Me estaba preguntando qué pasaba en esta manzana a la que

nunca va nadie —dijo Slick—. Si prestas atención, hay un montón de recovecos extraños en nuestra ciudad.

—Hubo algunos tipos raros en las casuchas antes de que apareciera esta pandilla —dijo Boomer—. Algunos iban a tomar al Gallo Rojo. Uno de ellos graznaba como los pavos. Uno hacía girar un ojo en una dirección y el otro en sentido contrario. Echaron paladas de cáscaras al regulador del aceite de semillas de algodón, antes del incendio.

Pasaron otra vez por la casucha de la estenógrafa pública.

—Fuera de broma, ahora, amorcito, ¿cómo hace para escribir a máquina sin máquina de escribir? —preguntó Slick.

—Escribir a máquina es demasiado lento.

—Le pregunté cómo, no por qué —dijo Slick.

—Ya lo sé. ¿No es genial la forma en que me escapó por la tangente? Creo que mañana haré crecer un roble gigantesco frente a mi negocio para tener sombra. ¿Alguno de ustedes dos, hombres simpáticos, tiene una botella en el bolsillo?

—Mmmm... no. Dígame, de veras, ¿cómo hace para escribir, muchacha?

—Prometa que no se lo dirá a nadie.

—Prometo.

—Escribo con la lengua —dijo la muchacha.

Despacio echaron a andar otra vez calle arriba.

—Oiga, ¿cómo hace las copias carbónicas? —le gritó Jim Boomer.

—Con la otra lengua —dijo la muchacha.

Había otro acoplado de diez metros cargando a la puerta de la primera casucha. Lo que ahora bajaba por ese tubo eran pilas de caños sanitarios de media pulgada... y de seis metros de largo. Caños rígidos, de seis metros de largo, que salían de un cobertizo de sólo dos metros.

—Me pregunto cómo hace para sacar y vender camiones enteros de ese material, de una choza tan diminuta.

Slick seguía intrigado, todavía insastifecho.

—Como dijo la muchacha, baja los precios —dijo Boomer—. Vayamos al Gallo Rojo a ver si pasa algo. Siempre hubo mucha gente rara en esa manzana.

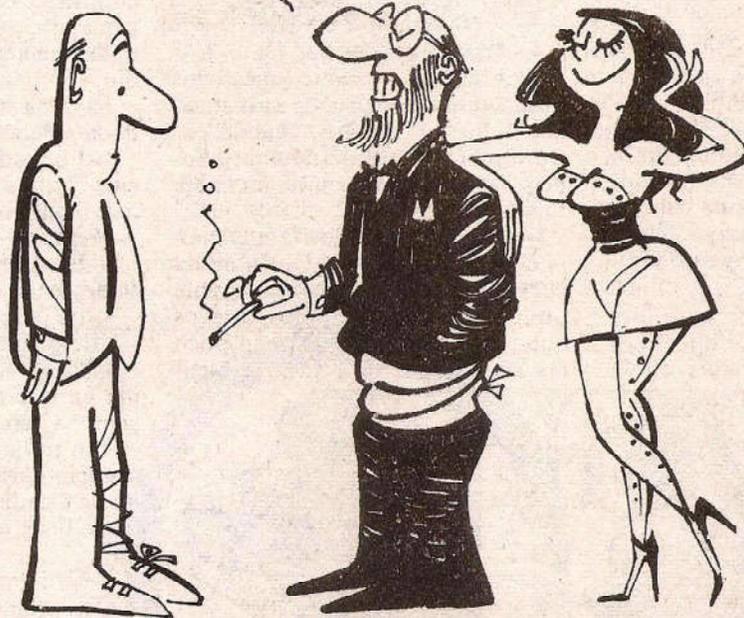
Título original: "In Our Block"

© 1965 by Galaxy Publishing Corporation.

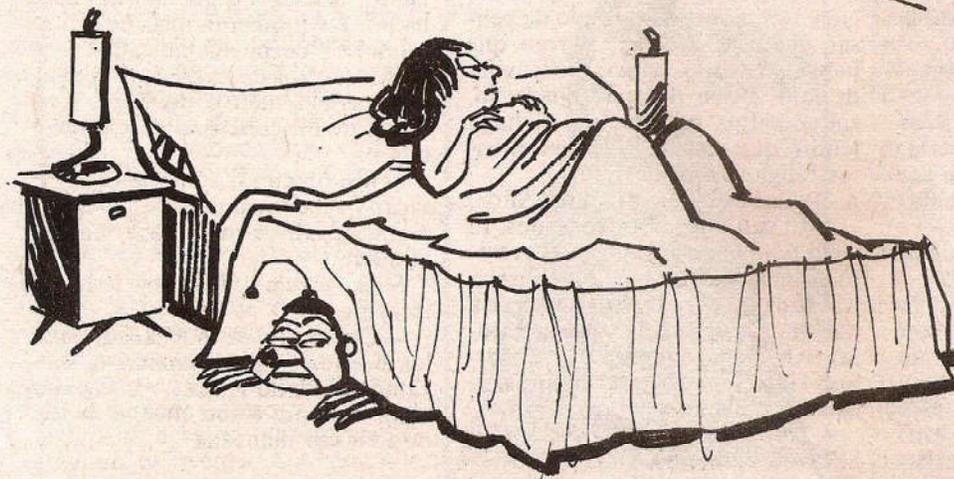
Traducción de Matilde Horne.

RAFAEL MARTINEZ

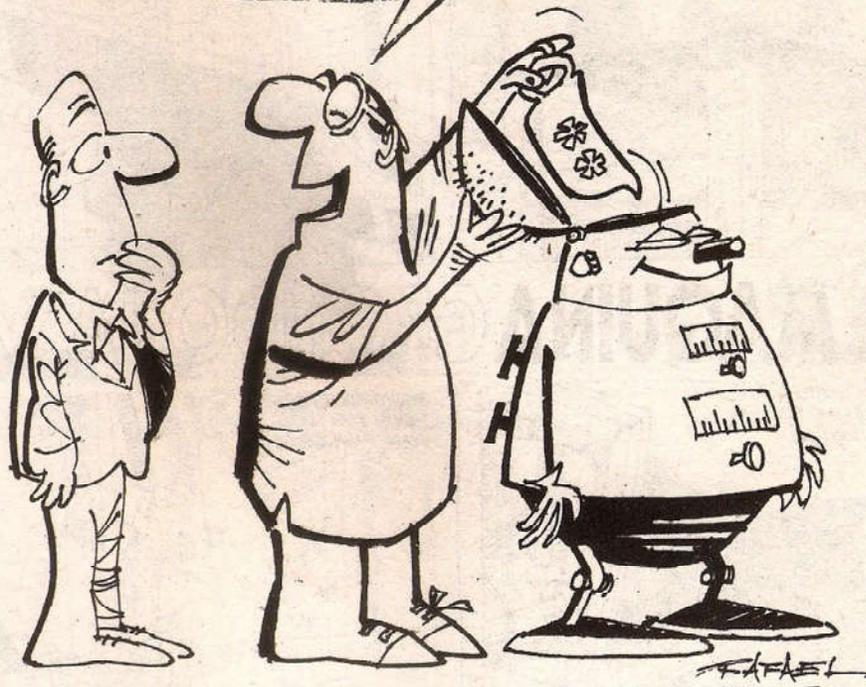
AL FIN CONSEGUÍ UNA
ROBOT CASI PERFECTA.
ESO SÍ: ¡LA PRÓXIMA LA
CONSTRUYO EN ESPUMA
DE GOMA, EH!...



¡ESTOY TAN AMARGADO, QUERIDA!...
LOS AÑOS QUE ME LLEVO CONS-
TRUIR EL ROBOT... ¡Y AL FINAL
NO LE ENCUENTRO APLICACIÓN
PRÁCTICA ALGUNA!

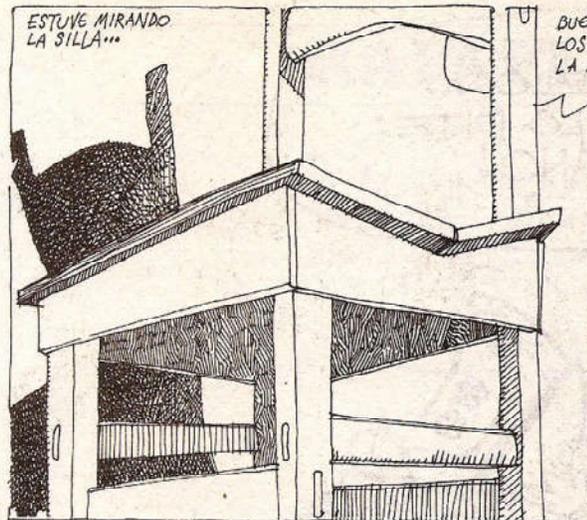


¡ASÍ ANDA AL PELO!...
BUENO, YA SE LO DIJE:
¡ES CASI HUMANO!

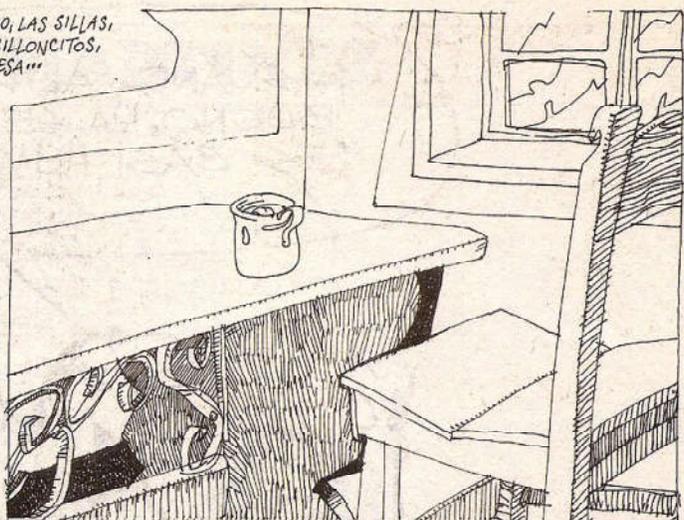


NO SE PREOCUPE, GENERAL.
SE CONSTRUYÓ ASÍ PARA
DESORIENTAR AL ENEMIGO:
¡EL ROBOT SOBREPASA LOS
3000 KILOMETROS POR HORA!



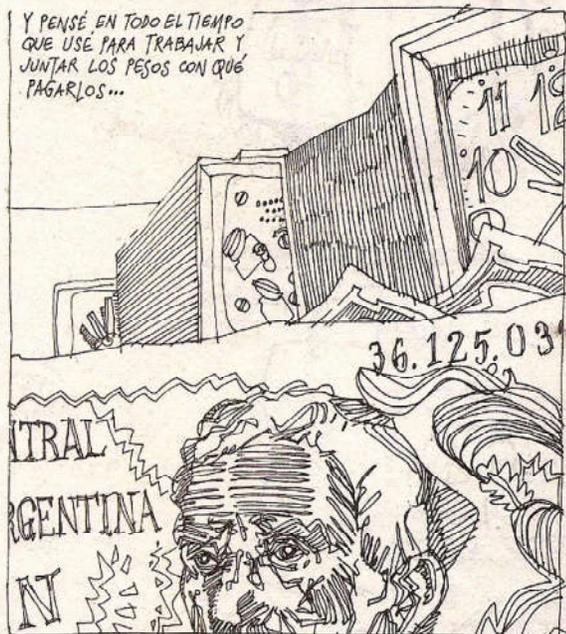


ESTUVE MIRANDO LA SILLA...

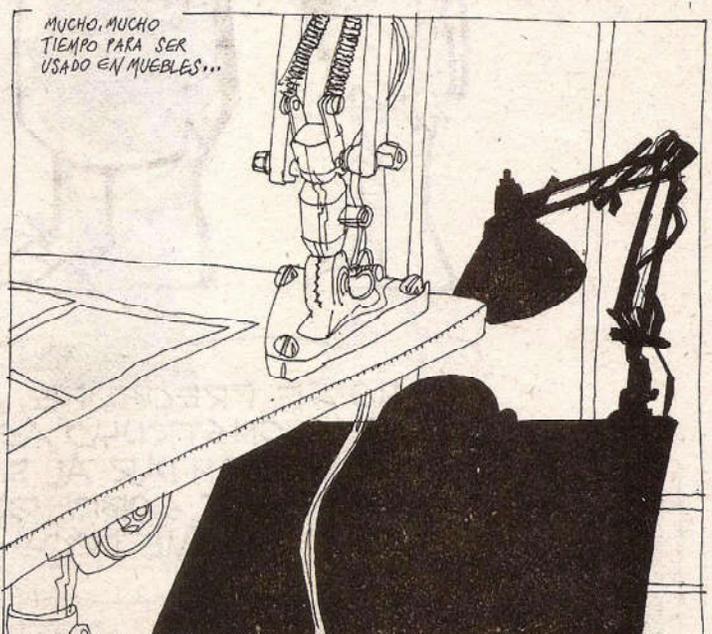


BUENO, LAS SILLAS, LOS SILLONCITOS, LA MESA...

LA MAQUINA GRONDONA WHITE



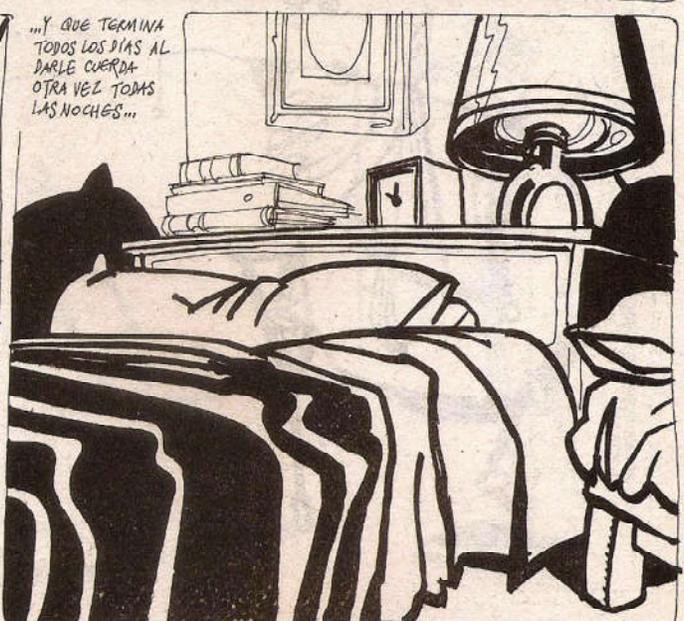
Y PENSÉ EN TODO EL TIEMPO QUE USÉ PARA TRABAJAR Y JUNTAR LOS PESOS CON QUE PAGARLOS...



MUCHO, MUCHO TIEMPO PARA SER USADO EN MUEBLES...



Y EL TIEMPO MÍO, QUE EMPIEZA CON EL DESPERTADOR, TODAS LAS MAÑANAS...



...Y QUE TERMINA TODOS LOS DÍAS AL DARLE CUERDA OTRA VEZ TODAS LAS NOCHES...



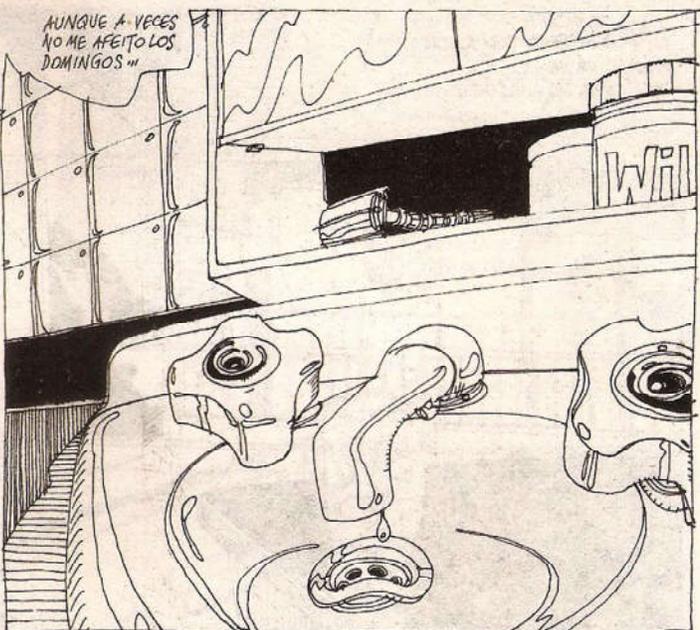
MENOS LA NOCHE DE LOS VIERNES
CUANDO SALIMOS A VER A ALGUIEN.
SI ESE ALGUIEN TIENE TIEMPO Y
GANAS DE VERNOS...



...O LA NOCHE DE LOS SABADOS,
SI PASAMOS EL SABADO EN CASA...



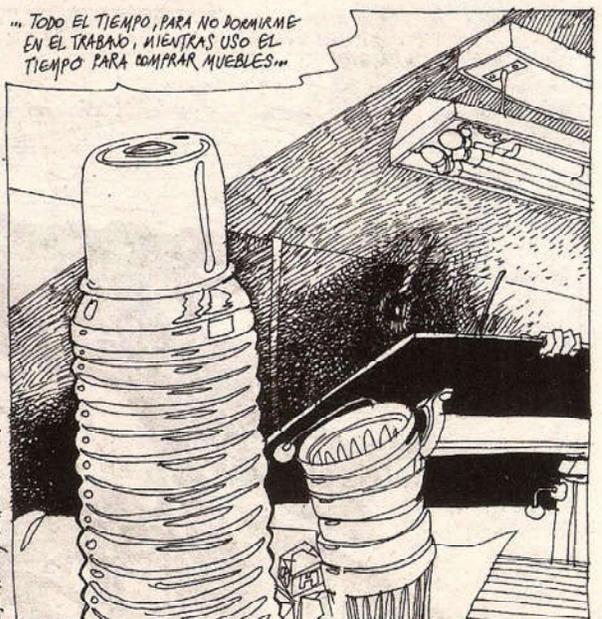
ESTUVE PENSANDO EN
LA MAQUINITA QUE USO
PARA AFEITARME TODAS
LAS MAÑANAS...



AUNQUE A VECES
NO ME AFEITO LOS
DOMINGOS...



ESTUVE PENSANDO EN EL CAFE
QUE TOMO TODOS LOS DIAS...



... TODO EL TIEMPO, PARA NO DORMIRME
EN EL TRABAJO, MIENTRAS USO EL
TIEMPO PARA COMPRAR MUEBLES...

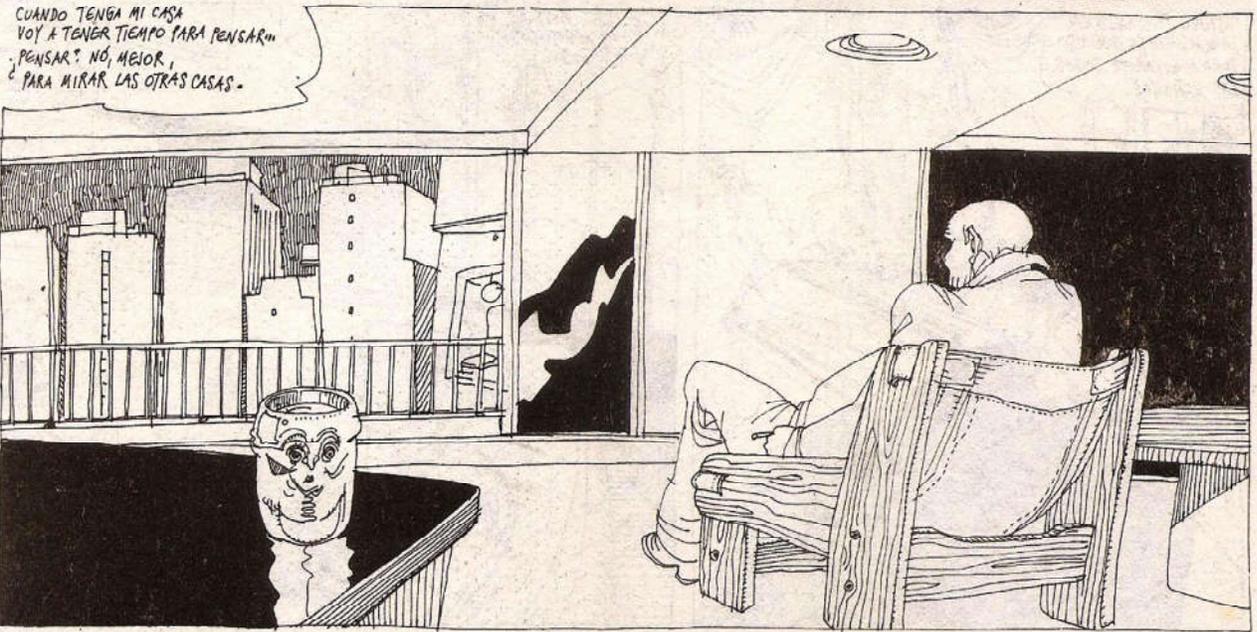
...MUEBLES PARA LA CASA QUE UN DÍA ESPERO TENER, PERO QUE POR AHORA IMAGINO EN EL PLANTITO...



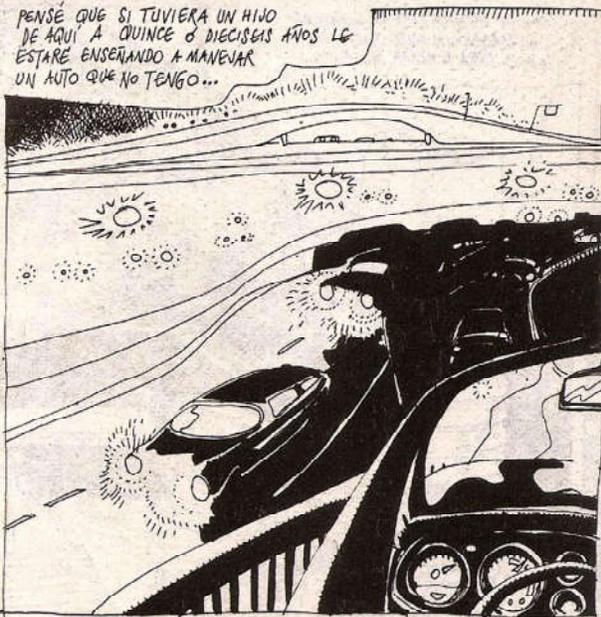
YA QUE POR AHORA, MI CASA ES UN AGUJERO PARALIZADO...



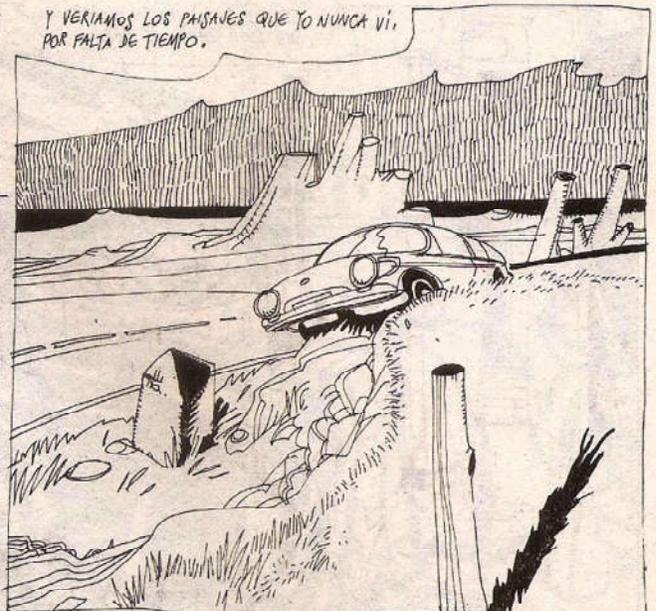
CUANDO TENGA MI CASA VOY A TENER TIEMPO PARA PENSAR...
¿PENSAR? NO, MEJOR, PARA MIRAR LAS OTRAS CASAS.



PENSÉ QUE SI TUVIERA UN HIJO DE AQUÍ A QUINCE O DIECISIS AÑOS LE ESTARE ENSEÑANDO A MANEJAR UN AUTO QUE NO TENGO...



Y VERIAMOS LOS PISAVES QUE YO NUNCA VI, POR FALTA DE TIEMPO.



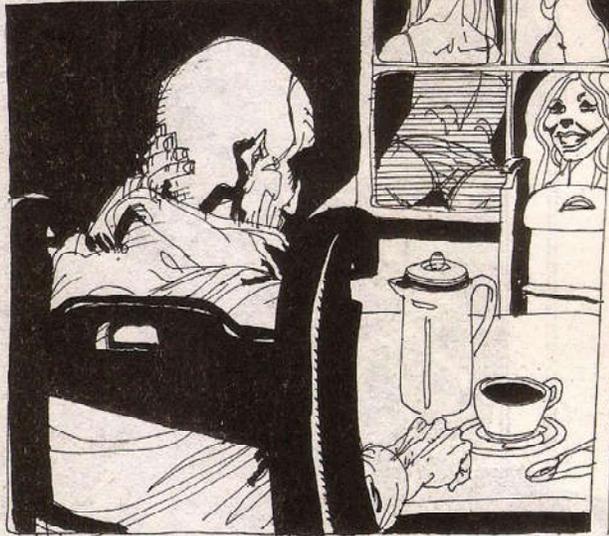
Y PARA ENTONCES YO YA HABRÉ PASADO LARGO LOS CINCUENTA AÑOS...



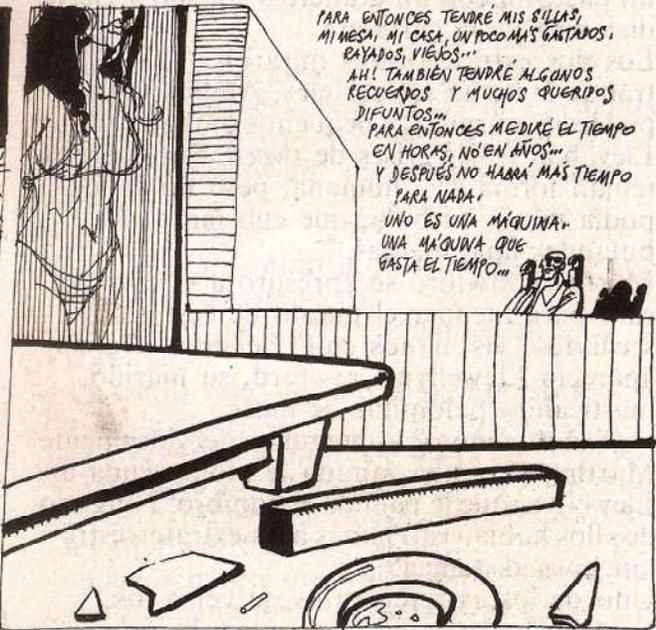
... Y HACE QUINCE O DIECISEIS AÑOS HICE LA CONSCRIPCIÓN Y PARECE QUE FUE AYER, NOMÁS, ¡QUE BARBARIDAD! ¡COMO VUELA EL TIEMPO!



Y DESPUÉS DE LOS CINCUENTA AÑOS LARGOS, SI ME QUEDAN DE VIDA OTROS QUINCE TENDRÉ QUE CONSIDERARME DICHOSO SI LOS PASO CON SALUD...



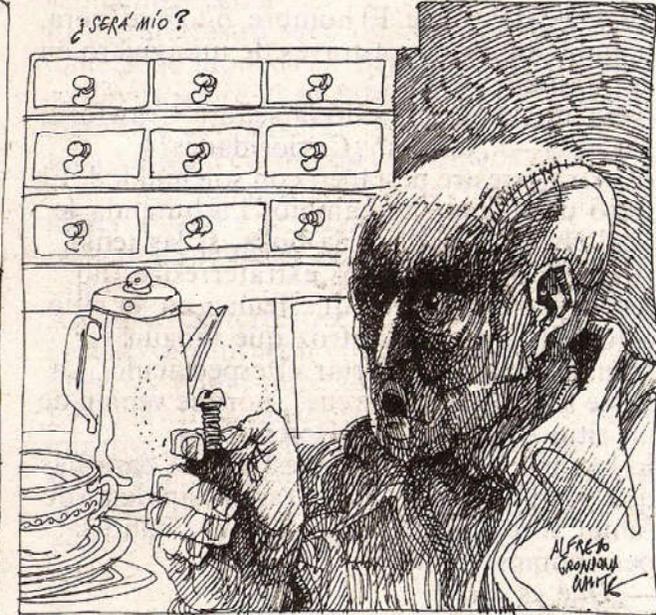
PARA ENTONCES TENDRÉ MIS SILLAS, MI MESA, MI CASA, UN POCO MÁS GASTADOS, RAYADOS, VIEJOS... AH! TAMBIÉN TENDRÉ ALGUNOS RECUERDOS Y MUCHOS QUERIDOS DIFUNTOS... PARA ENTONCES MEDIRÉ EL TIEMPO EN HORAS, NO EN AÑOS... Y DESPUÉS NO HABRÁ MÁS TIEMPO PARA NADA! UNO ES UNA MÁQUINA, UNA MÁQUINA QUE GASTA EL TIEMPO...



ESTA MAÑANA ENCONTRÉ UN TORNILLO OXIDADO AL LADO DE LA TAZA DEL DESAYUNO...



¿SERÁ MÍO?



EL GRAN AUGE DE LA BOSTA

DAMON KNIGHT

Dibujos: Fati

El coche largo y reluciente frenó con un zumbido de turbinas, levantando una nube de polvo. El cartel sobre el puesto, en el borde de la carretera, decía: *Cestos. Curiosidades*. Un poco más adelante, otro cartel, sobre un rústico edificio con fachada de vidrio, anunciaba: *Cafetería de Crawford. Pruebe nuestros churros*. Detrás de ese edificio había un pastizal, con un granero y un silo a cierta distancia de la carretera.

Los dos extraterrestres miraron tranquilamente los carteles. Ambos tenían piel lisa y púrpura, y pequeños ojos amarillos. Llevaban trajes grises de *tweed*. Sus cuerpos tenían forma casi humana, pero no se les podía ver la barbilla, que cubrían con bufandas anaranjadas.

Martha Crawford se apresuró a salir de la casa para atender el puesto de cestos, secándose las manos en el delantal. Detrás apareció Llewellyn Crawford, su marido, masticando palomitas de maíz.

—¿Señor, señora? —preguntó nerviosamente Martha. Con una mirada le pidió ayuda a Llewellyn, que le palmeó el hombro. Ninguno de ellos había visto jamás a un extraterrestre a tan poca distancia.

Uno de los extraterrestres, al ver a los Crawford detrás del mostrador, bajó despacio del coche. El hombre, o lo que fuera, fumaba un cigarro a través de un agujero en la bufanda.

—Buenos días —saludó la señora Crawford, nerviosa—. ¿Cestos? ¿Curiosidades?

El extraterrestre pestañeó con solemnidad. El resto de su cara no cambió. La bufanda le ocultaba la barbilla y la boca, si las tenía. Algunos decían que los extraterrestres no tenían barbilla, otros que tenían en su sitio algo tan repelente y atroz que ningún ser humano podría soportar el espectáculo. La gente los llamaba "hercus", porque venían de un sitio llamado Zeta Herculis.

El hercu miró un rato los cestos y las baratijas que pendían sobre el mostrador, sin dejar de fumar su cigarro. Luego, con voz confusa pero comprensible, dijo:

—¿Qué es eso?

Señalaba hacia abajo con una mano callosa, de tres dedos.

—¿El indiecito? —preguntó Martha





Crawford, con una voz que terminó en un chillido—. ¿O el calendario de cáscara de abedul?

—No, eso —dijo el hercu, volviendo a señalar hacia abajo. Esta vez los Crawford se asomaron por encima del mostrador y vieron que lo que indicaba era una forma grisácea, chata y redonda que había en el suelo.

—¿Eso? —preguntó dubitativamente Llewellyn.

—Eso.

Llewellyn Crawford se sonrojó.

—Bueno... eso es una bosta de vaca. Una de las vacas se apartó ayer del rebaño, y debe haber hecho eso ahí sin que yo me diera cuenta.

—¿Cuánto vale?

Los Crawford miraron al hombre, o lo que fuera, sin comprender.

—¿Cuánto vale qué? —preguntó al fin Llewellyn.

—¿Cuánto vale —gruñó el extraterrestre— la bosta de vaca?

Los Crawford se miraron entre sí.

—Yo nunca oí... —comenzó a decir Martha en voz baja, pero su marido la hizo callar. Llewellyn carraspeó.

—¿Qué le parece unos diez cen...? Bueno, no quiero engañarlos... ¿Qué le parece veinticinco centavos?

El extraterrestre sacó una enorme bolsa repleta de monedas y dejó veinticinco centavos sobre el mostrador, y le murmuró algo a su compañera.

Esta salió del coche con una caja de porcelana y una pala con mango dorado. Con la pala, la mujer —o lo que fuera— recogió cuidadosamente la bosta y la depositó en la caja.

Ambos extraterrestres entraron luego en su coche y arrancaron con un zumbido de turbinas y una nube de polvo.

Los Crawford vieron cómo se alejaban, luego miraron el brillante cuarto de dólar que había sobre el mostrador. Llewellyn lo recogió y lo hizo saltar en la palma de la mano.

—Bueno... ¿qué te parece? —sonrió.

Toda esa semana las carreteras estuvieron colmadas de extraterrestres con sus largos y relucientes automóviles. Iban a todas partes,

lo veían todo, todo lo pagaban con monedas recién acuñadas y con billetes flamantes. Había gente que hablaba mal del gobierno por haberles permitido entrar, pero beneficiaban el comercio y no causaban ningún problema. Algunos se proclamaban turistas, otros estudiantes de sociología en viaje de estudios.

Llewellyn Crawford fue hasta el pastizal vecino y recogió cuatro bostas para depositarlas cerca del mostrador. Cuando vino el próximo hercu Llewellyn pidió, y obtuvo, un dólar por cada una.

—¿Pero para qué las quieren? —gemía Martha.

—¿Qué nos importa? —decía su marido—. ¡Ellos las quieren y nosotros las tenemos! Si vuelve a llamar Ed Lacey, por ese asunto de la hipoteca, dile que no se preocupe.

Despejó el mostrador y exhibió en él la nueva mercadería. Subió el precio a dos dólares, luego a cinco.

Al día siguiente hizo preparar un nuevo cartel: *Bostas*.

Una tarde de otoño, dos años más tarde, Llewellyn Crawford entró en la sala, tiró el sombrero en un rincón y se dejó caer en una silla. Por encima de los anteojos miró el enorme objeto circular —exquisitamente pintado con anillos concéntricos de azul, naranja y amarillo— que había sobre la repisa. Un observador casual podía haberlo considerado como una pieza de museo, una genuina bosta de concurso pintada en el planeta Herculis; pero en realidad la había pintado y armado la señora Crawford, siguiendo el ejemplo de muchas damas contemporáneas con pretensiones artísticas.

—¿Qué te pasa, Lew? —preguntó la señora Crawford con aprensión. Llevaba un nuevo peinado, y lucía un vestido hecho en Nueva York, pero parecía alterada y ansiosa.

—¿Qué pasa, qué pasa! —gruñó Llewellyn—. Ese viejo Thomas está loco, eso es lo que pasa. ¡Cuatrocientos dólares la cabeza! Ya no puedo comprar vacas a un precio decente.

—Pero Lew, ya tenemos siete rebaños, ¿no es así? Además... —Necesitamos más apra afrontar la demanda, Martha —dijo Llewellyn, incorporándose—. Dios mío, pensé que te

darías cuena. La bosta tipo reina se va a quince dólares, y no tenemos cantidades suficientes, y la emperador a *mil quinientos*. Si tenemos suerte...

—Es raro, pero nunca se nos había ocurrido pensar que hubiese tantas clases de bostas —dijo Martha, nostálgica—. La emperador... ¿es ésa que tiene la doble espiral?

Llewellyn recogió una revista, con un gruñido.

—Quizá las podamos cambiar un poco y... Los ojos de Llewellyn se iluminaron.

—¿Cambiarlas? —exclamó—. No... ya lo intentaron. Lo leí aquí mismo, ayer.

Le mostró un ejemplar de *El bostero norteamericano*, y comenzó a pasar las satinadas páginas.

—*Bostagramas* —leyó en voz alta—. *Cómo conservar las bostas. La lechería: un provechoso negocio lateral*. No. Ah, aquí está.

El fracaso de las bostas falsas. Mira, aquí dice que un tipo de Amarillo consiguió una emperador y fabricó un molde de yeso.

Después metió en el molde un par de bostas comunes... aquí dice que eran tan perfectas que nadie veía la diferencia. Pero los hercus no las compraron. *Ellos* se daban cuenta.

Tiró la revista, y se volvió para mirar los establos por la ventana trasera.

—¡Ahí está otra vez ese idiota en el patio! ¿Por qué no trabaja?

Llewellyn se incorporó, abrió la persiana y gritó:

—¡Eh, Delbert! ¡Delbert! —y aguardó—. Además es sordo —refunfuñó.

—Le iré a avisar que quieres... —comenzó a decir Marta, quitándose el delantal.

—No, deja... voy yo. Hay que estarles encima todo el tiempo.

Llewellyn salió por la puerta de la cocina y cruzó el patio hasta donde estaba un joven delgaducho, sentado en una carretilla, comiendo lentamente una manzana.

—¡Delbert! —dijo Llewellyn, exasperado.

—Ah... hola, señor Crawford —dijo el joven, sonriendo y mostrando el hueco de la dentadura. Dio un último mordisco y tiró el hueso de la manzana. Llewellyn lo siguió con la vista. Como le faltaban los dientes de delante, los huesos de manzana que arrojaba Delbert no se parecían a nada de este mundo.



—¿Por qué no llevas bostas al mostrador?

—preguntó Llewellyn—. No te pago para que te sientes en una carretilla, Delbert.

—Llevé algunas esta mañana —dijo el muchacho—. Pero Frank me dijo que las trajera de vuelta.

—¿Frank qué?

Delbert hizo una seña afirmativa.

—Me dijo que sólo había vendido dos.

Pregúntele si miento.

—Ahora mismo —gruñó Llewellyn. Giró sobre los talones, y volvió a cruzar el patio. En la carretera se había detenido un coche largo, cerca del mostrador, detrás de una destartada camioneta. Arrancó cuando Llewellyn se acercaba, y en ese momento llegó otro. Cuando Llewellyn estaba llegando al puesto, el extraterrestre regresó a su automóvil, que se alejó en seguida.

Sólo quedaba un cliente, un granjero de largas patillas con camisa a cuadros. Frank, que atendía el mostrador, se apoyaba cómodamente en un codo. A sus espaldas, los exhibidores estaban colmados de bostas.

—Buenos días, Roger —dijo Llewellyn con fingido placer—. ¿Cómo anda tu familia? ¿Qué te vendemos, una linda bosta?

—Bueno, no sé —dijo el hombre de las patillas, frotándose el mentón—. A mi mujer le gustaba ésa —señaló una enorme y simétrica que había en el estante del centro—. Pero a estos precios...

—Más barato no se puede, Roger. Es toda una inversión —dijo enfáticamente Llewellyn—. Frank, ¿qué compró ese último hercu?

—Nada —dijo Frank. De la radio que tenía en el bolsillo salía un persistente zumbido musical—. Sacó una foto del puesto y se fue...

—Bueno, ¿y el anterior?

Se oyó un susurro de turbinas, y un automóvil largo y reluciente frenó a sus espaldas. Llewellyn se volvió. Los tres extraterrestres del coche usaban sombreros rojos de fieltro, cubiertos de cómicos botones, y llevaban insignias de Yale. Tenían los trajes grises de *tweed* cubiertos de papel picado. Uno de los hercus salió y se acercó al puesto, fumando un cigarro por el agujero de la bufanda anaranjada.

—¿Sí, señor? —dijo en seguida Llewellyn, uniendo las manos e inclinándose levemente hacia adelante—. ¿Una linda bosta?

El extraterrestre miró los objetos grisáceos que había detrás del mostrador; guiñó los ojos amarillos e hizo un curioso ruido con la garganta. Tras un instante, Llewellyn decidió que eso era risa.

—¿Qué hay de gracioso? —preguntó, mientras su propia sonrisa se desvanecía.

—Nada —respondió el extraterrestre—. Me río porque soy feliz. Mañana me voy a casa... nuestro viaje de estudios terminó. ¿Puedo sacarle una foto?

Alzó una pequeña cámara en una garra purpúrea.

—Bueno, creo que... —dijo Llewellyn con voz vacilante—. En fin, ¿dice usted que regresa? ¿Quiere decir que se van todos? ¿Y cuándo volverán por aquí?

—Nunca —respondió el extraterrestre; apretó la cámara, sacó la fotografía, la miró, murmuró algo y la guardó—. Les agradecemos esta interesante experiencia. Adiós.

Dio media vuelta y regresó al coche. El coche

se alejó envuelto en una nube de polvo.
—Toda la mañana fue así —dijo Frank—. No compran nada... lo único que hacen es sacar fotos.
Llewellyn comenzaba a ponerse nervioso.
—¿Crees que lo dijo en serio? ¿Que se van todos?
—Así lo anunció la radio —respondió Frank—. Y Ed Coon volvió de Hortonville, y anduvo por aquí esta mañana. Dijo que no había vendido ni una bosta desde anteayer.
—Bueno, no entiendo —dijo Llewellyn—. No pueden irse así como así... —Le temblaban las manos. Las metió en los bolsillos—. Oye, Roger —le dijo al hombre de las patillas—. ¿Cuánto pagarías por esa bosta?
—Bueno...
—Vale diez dólares, ¿sabes? —dijo Llewellyn, acercándosele. En su voz había ahora solemnidad—. Es una bosta de primera, Roger.
—Lo sé, pero...
—¿Qué te parece siete y medio?
—En fin, no sé. Podría pagarte... digamos cinco dólares.
—Vendida. Envuélvesela, Frank. Miró cómo el hombre de las patillas se llevaba su trofeo a la camioneta.
—Rebájalas, Frank —dijo con voz débil—. Saca lo que puedas.

El trajín del largo día había terminado. Abrazados, Llewellyn y Martha Crawford miraban cómo los últimos clientes se alejaban del puesto de bostas. Frank limpiaba los estantes. Delbert, reclinado contra el mostrador, comía una manzana.
—Es el fin del mundo, Martha —dijo Llewellyn, agobiado, con lágrimas en los ojos—. ¡Bostas de la mejor calidad vendidas por miserables centavos!
Las luces de un automóvil largo y chato perforaron la penumbra. Se detuvo junto al puesto: adentro se veían dos criaturas verdes con impermeables; por los agujeros de los sombreros chatos y azules les sobresalían unas plumíferas antenas. Una de ellas descendió y se acercó al puesto, con movimientos extraños y acelerados. Delbert, boquiabierto, dejó caer el hueso de la manzana.
—¡Serpos! —susurró Frank, inclinándose

hacia Llewellyn—. Escuché en la radio que habían llegado. La radio dijo que eran de Gamma Serpentis.

La criatura verde examinaba los estantes a medio vacío. Unos párpados callosos se movían sobre pequeños ojos brillantes.
—¿Bostas, señor... señora? —preguntó nerviosamente Llewellyn—. Ya no nos quedan muchas, pero...
—¿Qué es eso? —preguntó el serpo en un susurro señalando hacia el suelo con una garra.

Los Crawford miraron. El serpo señalaba una cosa amorfa y nudosa tirada junto a la bota de Delbert.

—¿Eso? —preguntó Delbert, empezando a revivir—. Eso es un hueso de manzana.
—Miró a Llewellyn, y una luz de inteligencia pareció avivarle los ojos—. Renuncio, señor Crawford —dijo, pronunciando las palabras con claridad, y luego se volvió hacia el extraterrestre—. Es un hueso de manzana *Delbert Smith* —aclaró.

Llewellyn, estupefacto, vio cómo el serpo sacaba una billetera y daba un paso adelante. El dinero cambió de manos. Delbert tomó otra manzana y empezó, con todo entusiasmo, a trabajarla.

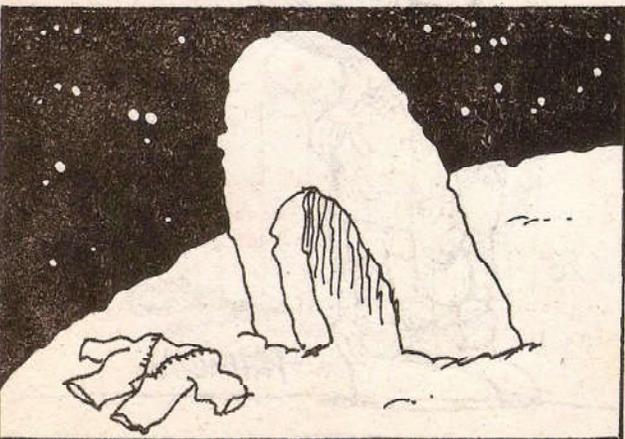
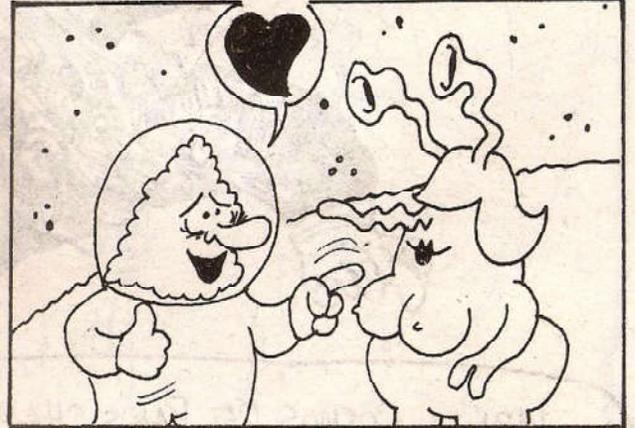
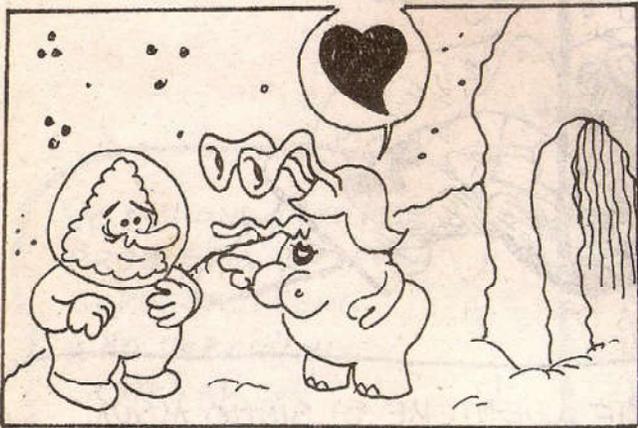
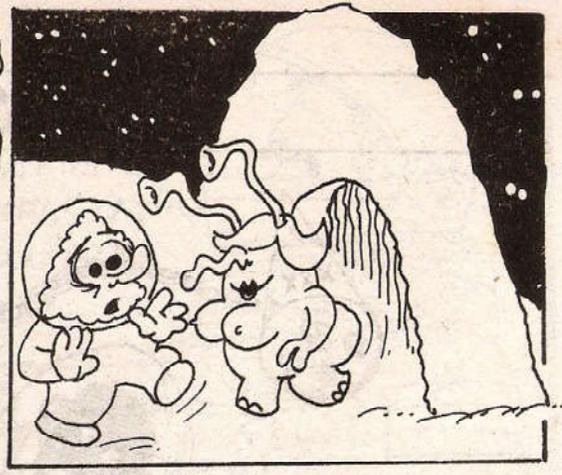
—Oye, Delbert —dijo Llewellyn, apartándose de Martha; le temblaba la voz, se aclaró la garganta—. Me parece que tenemos aquí un buen negocio. Si fueras listo alquilarías este puesto...

—No, señor Crawford —dijo Delbert con indiferencia, la boca llena de manzana—. Imagínese: me voy a lo de mi tío, que tiene un huerto...

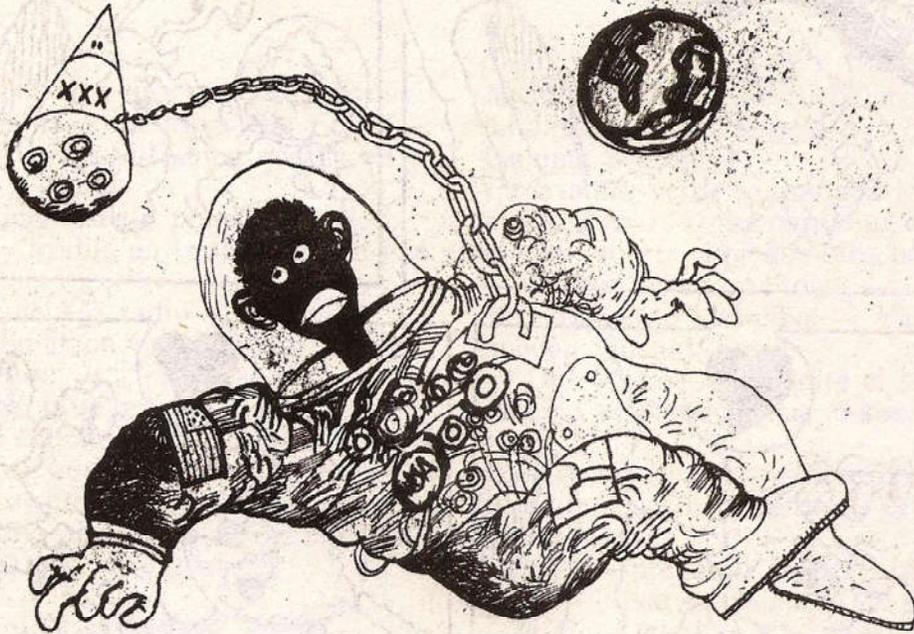
El serpo miraba y daba vueltas al hueso de manzana y emitía pequeños chillidos de admiración.

—Usted sabe, hay que estar cerca de la fuente de abastecimiento —dijo Delbert, meneando sabiamente la cabeza.

Llewellyn sintió que le tiraban de la manga. Dio media vuelta: era Ed Lacey, el banquero.
—¿Qué pasa, Lew? Estuve tratando de hablar contigo toda la tarde, pero tu teléfono no contestaba. Es por ese asunto de tu garantía sobre los préstamos...

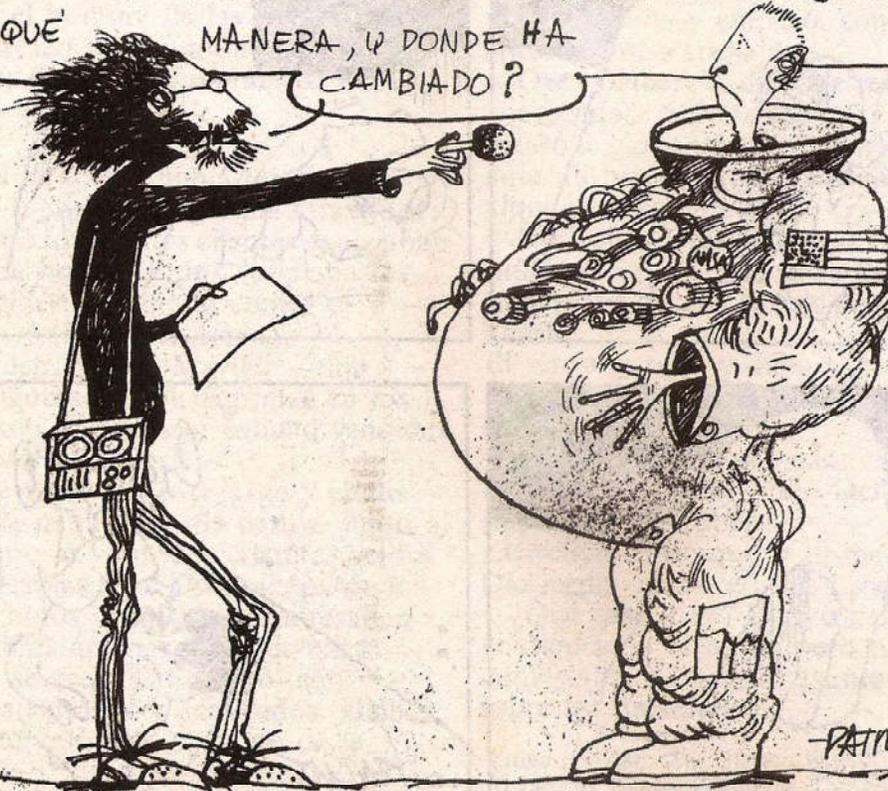


PATRICIA



PARA EL COSMOS DE PARIS, CHARLIE. CUENTEME SI SENTIO ALGUN CAMBIO DESPUES DE CONVIVIR NUEVE MESES CON AQUEL HABITANTE DE MARTE, EH CHARLIE?
Y DE SER ASI NOS PODRIA RELATAR, PARA EL COSMOS DE PARIS, DE QUE

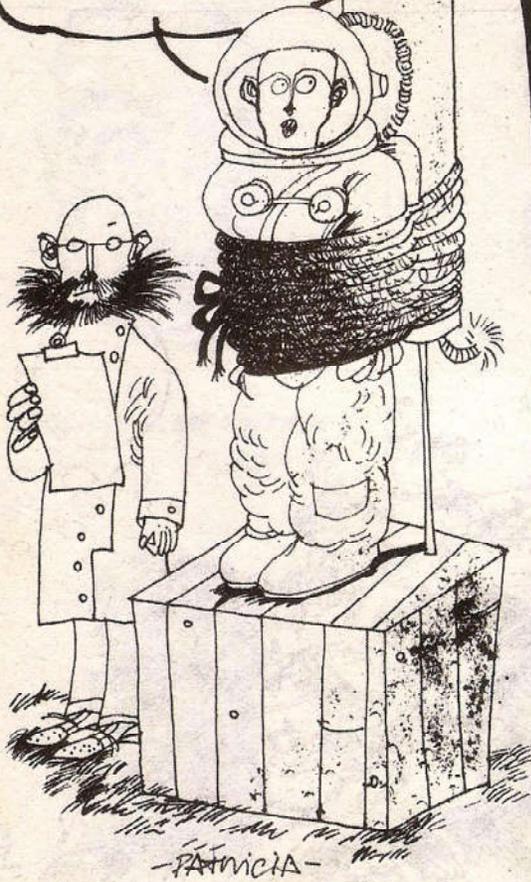
MANERA, Y DONDE HA CAMBIADO?

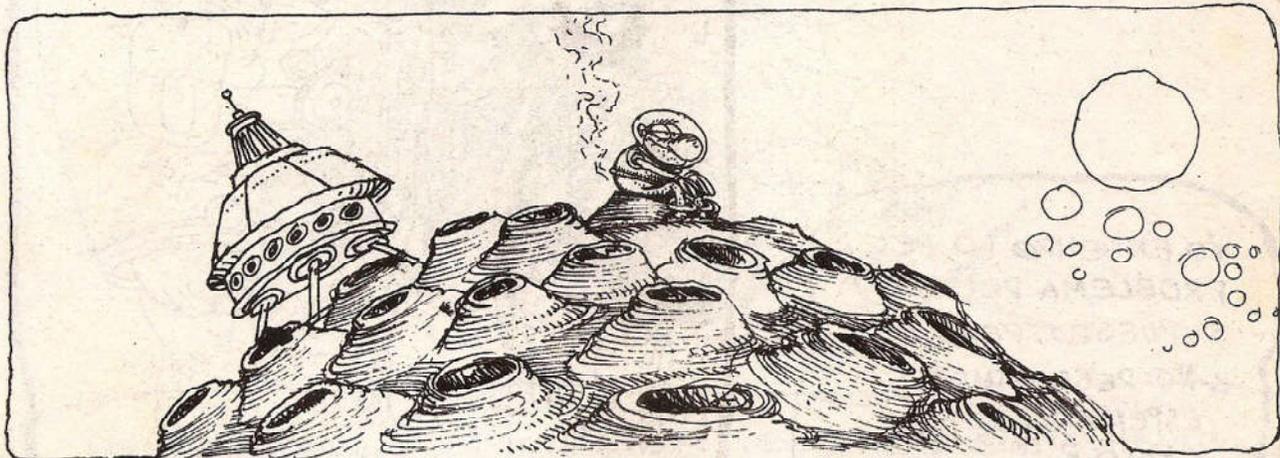


PATRICIA

ENTENDEMOS MARTINEZ SU
PREOCUPACION PATRIOTICA
POR LLEVAR A OTRAS LATITU-
DES NUESTRA CULTURA
POPULAR, PERO...

YO ENTIENDO LO DEL
PROBLEMA DEL PRE-
SUPUESTO, PERO...
¿NO DEBERÍAMOS
ESPERAR UN
POCO?





DE ACUERDO A LOS INFORMES
DE NUESTRO ENCARGADO DE PROMOCION



Y RELACIONES PUBLICAS,
HERNAN CORTES,



ESTE SIGLO, EN MEXICO,
VAMOS A MATAR!...



FALL OF THE INCA'S EMPIRE STATE (o "de como los Incas se vinieron p'abajo")

SEÑORES CAPITANES:
NECESITAMOS CONOCER
EL ESTADO SANITARIO DE
LA TROPA



ENFERMEDADES VENEREAS,
INTESTINALES
Y PULMONARES
EN CUZCO



VILCAPAMPA: VIRUELA
Y TETANO



VICTOS: FIEBRE AMARILLA
Y LEPRO

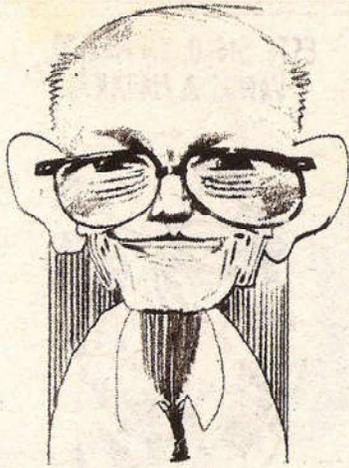


TRACOMA,
CARIES Y TIFUS
EN LA COSTA



¡BIEN, MUY BIEN, SEÑORES!...
¡CREO QUE HEMOS INVENTADO
LA GUERRA BACTERIOLOGICA!





R. A. Lafferty (Iowa, 1914) es ingeniero electricista, y empezó a escribir cuando tenía casi cincuenta años. Aunque ha escrito varias novelas se lo conoce ante todo por sus divertidos e inspirados relatos cortos, reunidos en tres volúmenes: *Novecientas abuelas* (considerado por algunos como el mejor libro de cuentos de cf de los años 60, y al que pertenece "En nuestra manzana"), *Strange Doings* y *Does Anyone Else Have Something Futher to Add?* •



Robert Sheckley (Nueva Jersey, 1928) integró entre 1946 y 1948 la tropa de las Naciones Unidas en Corea, y luego se graduó en la Universidad de Nueva York. Empezó a escribir en 1951, después de probar algunas curiosas ocupaciones (técnico metalúrgico, pianista de una banda militar, diseñador de corbatas) y casi todos sus cuentos (ha escrito pocas novelas) son sátiras o exageraciones de ciertos funcionamientos sociales.



Theodore Sturgeon (Filadelfia, 1918) fue trapecista, maquinista de una draga, gerente de un hotel en las Indias Occidentales y marino mercante. Publicó su primer cuento en 1939, el mismo año en que surgieron tantos maestros (Heinlein, Asimov, van Vogt) y su primer novela, *Los cristales soñadores* en 1950. Su obra maestra es *Más que humano* (1953), premio Internacional Fantasy, tal vez la mejor novela de la ciencia ficción moderna.

LOS AUTORES

Pablo Capanna nació en 1939 en Florencia, Italia, y reside desde 1949 en la Argentina. Es actualmente profesor de filosofía en la Universidad Tecnológica Nacional y crítico literario. Ha publicado dos libros de ensayo, *El sentido de la ciencia ficción* (1966) y *La tecnarquía* (1973) y una traducción comentada de *Los viajes de Marco Polo* (1967).



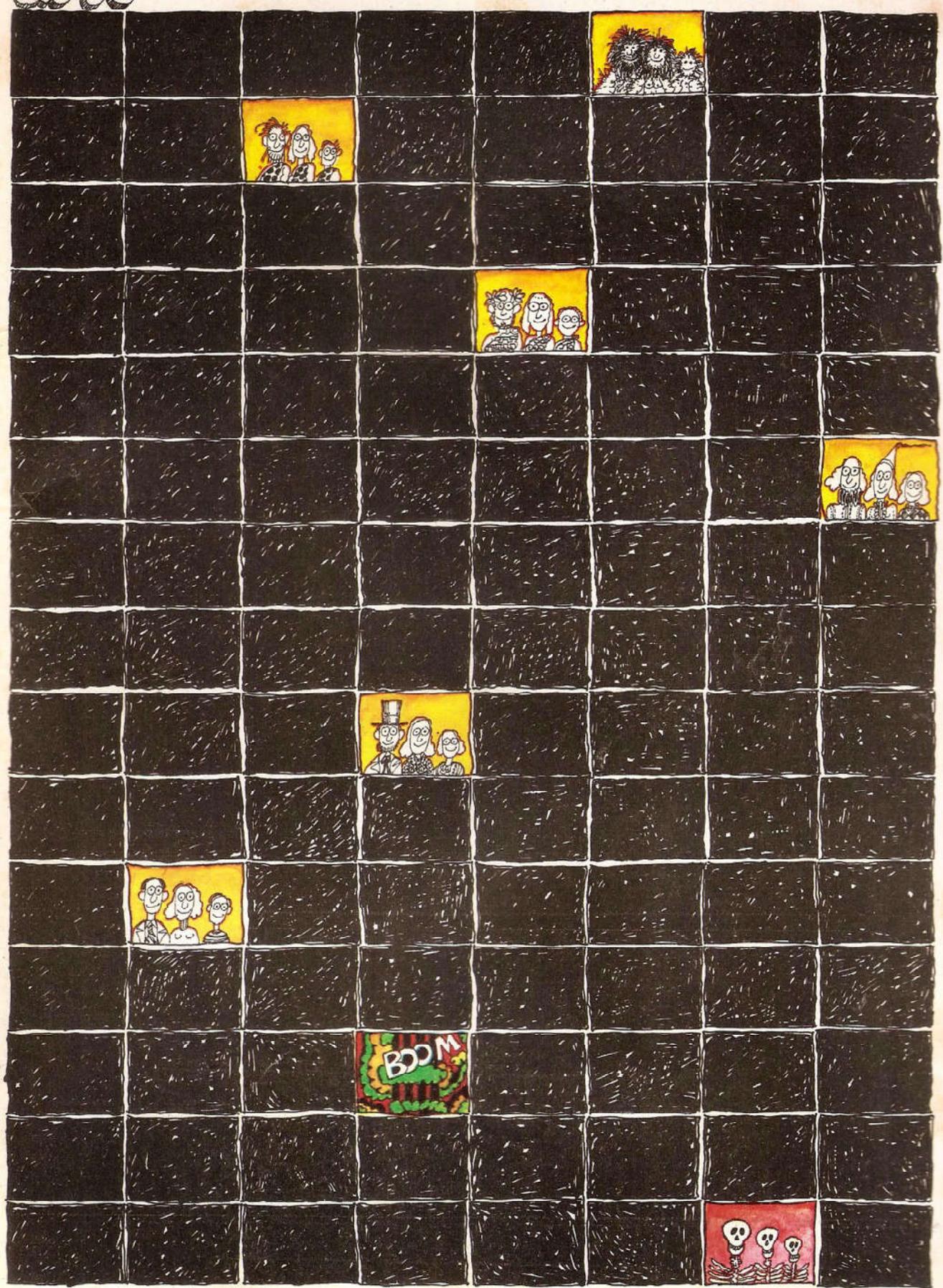
Frederic Brown nació en Cincinnati en 1906 y murió en Tucson, Arizona, en 1972. Empezó a escribir en la década del 40 mientras trabajaba como corrector de pruebas para revistas populares, y su primera novela, *The Fabulous Clip-joint* (1947), obtuvo el premio Edgar Allan Poe. Fue durante muchos años uno de los mejores autores de relatos policiales y de ciencia ficción, a los que llevó un singular sentido del humor.



Damon Knight (Oregon, 1922) es uno de los maestros del relato corto de ciencia ficción, y un notable crítico, antólogo y traductor. Sus antologías *Orbit* (20 volúmenes), desde su aparición en 1966, han presentado a mis talentos e influido más sobre la dirección del género que ninguna otra publicación.



artó



ARTO

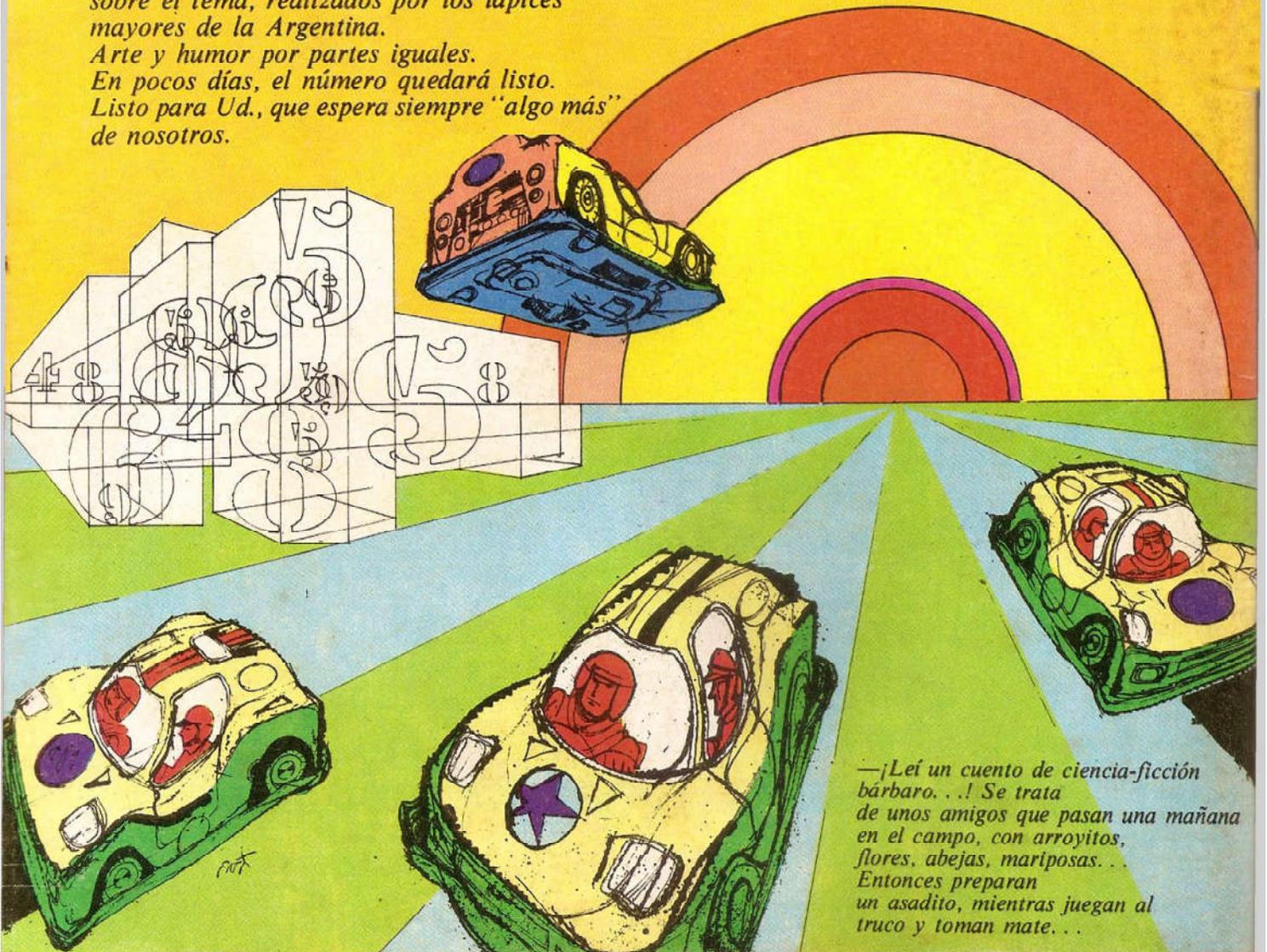
Ya estamos preparando el próximo

SUPLEMENTO DE HUM® Y CIENCIA FICCION

"El espectáculo de televisión más grande de la tierra", es un fantástico cuento de ese maestro tan querido por los amantes de la ciencia-ficción: J. G. Ballard. Es el plato fuerte de este número. Pero también tienen lo suyo "La última batalla" y "Babel II". En cuanto a "El secreto del viejo flan", "Ese líquido verde" y "¿Tiene Ud. alguna cabeza en su casa?", muestran de qué son capaces otros autores menos famosos, pero igualmente apasionantes. La parte gráfica, está en el mismo nivel. Se han elegido los mejores trabajos sobre el tema, realizados por los lápices mayores de la Argentina. Arte y humor por partes iguales. En pocos días, el número quedará listo. Listo para Ud., que espera siempre "algo más" de nosotros.

Cuentos ilustrados de:

- J. G. BALLARD / El espectáculo de televisión más grande de la Tierra.
- HARRY HARRISON / La última batalla.
- JOHN SLADEK / El secreto del viejo flan.
- DAMON KNIGHT / Babel II
- MARIO LEVRERO / Ese líquido verde.
- DAVID R. BUNCH / ¿Tiene usted alguna cabeza en su casa?
- Nota de PABLO CAPANNA.
- El humor de FATI-TABARE-CRIST-FONTANARROSA-LIMURA-GRONDONA WHITE-VIUTI-ARTO y otros.



—¡Leí un cuento de ciencia-ficción bárbaro...! Se trata de unos amigos que pasan una mañana en el campo, con arroyitos, flores, abejas, mariposas... Entonces preparan un asadito, mientras juegan al truco y toman mate...